

¿Qué gracia tiene ser un vampiro si todos quieren verte «muerto»?

HEATHER BREWER



LA CRÓNICA: EL CAZAVAMPIROS

se

Lectulandia

Si el primer año de instituto fue un asco, el segundo es un verdadero suplicio. Vlad no solo tiene que soportar que los abusones se metan con él y seguir sufriendo por Meredith, la chica de sus sueños, sino que además hay un fotógrafo del periódico del colegio que lo sigue a todas partes. Ni qué decir tiene que practicar sus habilidades de vampiro no ha sido una de sus prioridades... hasta ahora. Un alucinante viaje a Siberia con su tío Otis se convertirá en su bautizo de fuego como estudiante vampiro. Entrenar con uno de los chupasangres más dotados del mundo es justo lo que Vlad necesita para mejorar esos poderes especiales de los que antes renegaba.

Lectulandia

Heather Brewer

Segunda crónica: El cazavampiros

Las crónicas de Vladimir Tod - 2

ePub r1.0

Titivillus 27.08.18

Título original: *The Chronicles of Vladimir Tod: Ninth Grade Slays*

Heather Brewer, 2008

Traducción: Rebeca Rueda Salaices

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este es para Jacob, porque el instituto es un asco.

Cazador a sueldo

Cogió la fotografía y estudió el rostro del chaval. Salvo por la pálida tez y los ojos inteligentes, nadie sospecharía que fuera otra cosa que un adolescente normal. Pero Jasik sabía que las cosas no eran tan sencillas.

—¿Entonces es este? —Alzó la vista hacia el hombre que había detrás del escritorio, que asintió una sola vez.

—Vladimir Tod. —La voz del hombre era grave y ronca.

Jasik guardó la foto en el bolsillo de la camisa, se llevó la mano a la boca y carraspeó.

—Necesitaré material, por supuesto.

—Tendrás todo lo que quieras. —El rostro del hombre se retorció en una expresión de amargura.

Jasik atravesó la habitación y miró por la ventana. Las calles de la ciudad estaban oscuras a pesar de las farolas. En las aceras, los transeúntes se movían como hormigas, evitando los pequeños charcos de luz. Era difícil diferenciar a los humanos de los vampiros. *Si el sol saliera de repente y los bañara con su luz, ¿se escabullirían y buscarían la oscuridad en otro lugar?*, se preguntó.

—¿Puedo preguntar cómo supo de mí?

El hombre detrás del escritorio tosió sobre un pañuelo antes de contestar. Cuando lo apartó de sus labios, estaba manchado de un rojo brillante.

—No estoy para juegucitos, Jasik. Sé hace muchos años que vendes tus... servicios. ¿Cazarás al chico o no?

Jasik se volvió hacia el hombre y sonrió con afectación.

—Mis servicios son caros.

—Te garantizo que estoy dispuesto a pagar lo que sea.

El hombre sentado tras la mesa se inclinó hacia delante y abrió un talonario. Tras garabatear algo durante un momento, se detuvo y miró al cazador.

—Lo único que tienes que hacer es decirme cuántos ceros.

Jasik se acercó al escritorio y contempló el talón. La tinta aún no se había secado cuando dijo:

—Tres más y trato hecho.

El hambre

Vlad cerró los ojos con fuerza. Estaba despierto y eso no le hacía ninguna gracia. Los fines de semana, incluso los de verano, estaban hechos para quedarse en la cama... sobre todo cuando uno se pasaba las noches en vela bajo la luz de la luna llena, porque sus genes de vampiro no le permitían acostarse sin disfrutar antes de su dosis diaria de oscuridad. Eso sin contar con que la despreocupación del verano acabaría en unos días para dar paso al horror del instituto.

Un leve zumbido le sobrevoló la cara, se detuvo y luego se acercó a su oreja izquierda. Abrió un ojo y miró con rabia a la mosca que volaba por la habitación. Eso era lo que lo había despertado.

La mosca se acercó de nuevo y acabó posándose sobre su nariz. La apartó de un manotazo y cuando el insecto se refugió en la almohada intentó aplastarla con la mano, pero falló. Vlad la maldijo entre dientes. ¿Es que aquella mosca se había empeñado en no dejarlo dormir, o qué?

El insecto agitó las alas, cruzó el cuarto y aterrizó directamente en la frente de Henry.

Después de un momento de duda, Vlad se colocó sobre el saco de dormir de su amigo y alzó una mano en silencio, dándole a la mosca una última oportunidad para huir.

—No creas que no soy capaz —le susurró.

Aquello no pareció impresionar al bicho, que se limpiaba su fea cara de mosca con las patitas. Si pudiese hablar, Vlad estaba casi seguro de que estaría riéndose de él.

Entonces le dio un rápido y fuerte manotazo. El sonido que hizo su mano al golpear la frente de Henry reverberó por toda la habitación, pero pronto se vio ahogado por el grito de su amigo que se incorporó inmediatamente con la mano en la frente.

—¡Tío!

Vlad echó los hombros hacia atrás, orgulloso por su victoria.

—Tenías una mosca.

Henry se frotó la frente y gruñó molesto.

—Bueno, por lo menos la habrás matado, ¿no?

—Sí, creo que sí.

La mosca pasó junto a su oreja y salió por la puerta.

Vlad la maldijo de nuevo, pero Henry lo interrumpió.

—Huele a beicon.

Sin embargo no era el aroma a beicon lo que despertó el apetito de Vlad, si no la promesa de una taza caliente de cero positivo y un jugoso bollo de canela, la especialidad de la tía Nelly. Una de las ventajas de vivir con Nelly, que en realidad no era su tía sino la mejor amiga de su madre desde mucho antes de que sus padres murieran, era que hacía unos bollos de canela tan dulces y deliciosos que, si se lo propusiera y contara con la financiación necesaria, podría hacerse con el mercado de bollos de canela de todo el país. Ahora, mejor no acercarse a su carne asada.

Salieron en tromba por la puerta y corrieron escaleras abajo. Cuando llegaron a la cocina, estaban jadeando y muertos de hambre. Henry descubrió el plato con la beicon frita y murmuró:

—Comida...

Vlad abrió la nevera y sacó una bolsa de sangre. Cogió una taza del armario y esquivó a Henry en su camino hacia el microondas.

—Comida...

La tía Nelly dio la espalda a los fogones y rio entre dientes.

—Parece que tenéis hambre.

Pero ni Vlad ni Henry contestaron con ningún sonido que se pudiera identificar como un sí o un no. Henry estaba demasiado ocupado masticando varias tiras de beicon al mismo tiempo y Vlad tenía la cabeza inclinada hacia atrás para dar buena cuenta de su taza de cero positivo. La sangre pasó con suavidad por su garganta, siempre estaba mejor caliente, y cuando hubo saciado la sed, chasqueó los labios satisfecho y se lanzó a por el bollo de canela.

Sangre y azúcar, la respuesta vampírica al café con donuts.

—Deb me ha dicho que hay un contenedor en el hospital a punto de caducar. Con el hambre que tienes últimamente, Vladimir, voy sacar todas las bolsas que pueda. — Nelly dejó más beicon en la fuente, puso un par de huevos delante de Henry y le dedicó a Vlad una mirada de reproche—. Ya te has manchado.

Vlad contempló los dos lamparones rojos que decoraban su camiseta y sonrió con expresión inocente.

—Perdona. Es que tenía mucha hambre.

Nelly pareció perdonarlo.

—Pero ten más cuidado la próxima vez. Al contrario de lo que todo el mundo cree, hacer la colada no es una de mis aficiones favoritas.

Henry tragó y cogió la jarra de zumo de naranja.

—¿Tienes ya el horario?

Vlad asintió y suspiró con aire triste y abatido.

—Tengo a la señora Bell en lengua a primera hora.

Henry dedicó a Vlad una mirada de compasión.

—Pues no eres el único. Yo también y, por lo que mi madre me dijo ayer, a Joss también le ha tocado.

—¿Y cuándo se supone que llega tu primo?

Vlad se metió casi todo el bollo de canela en la boca y masticó. La verdad es que estaba un poco nervioso por la llegada del primo de Henry. Siempre existía la posibilidad de que no pudiera pasar tanto tiempo con su amigo, o peor aún, que él y Joss no se llevaran bien.

—El domingo. Oh, y ya te aviso, no nos vamos a ver mucho ese día. A mi madre le ha entrado de repente la vena familiar... —Henry puso los ojos en blanco.

Vlad le siguió la corriente.

—Qué petardo.

Nelly lo miró incrédula.

—¡Vladimir!

Vlad bebió un sorbo de sangre y alzó una ceja, luego se volvió hacia Henry.

—O sea, que me alegro mucho de que tu progenitora insista en que compartáis vuestro tiempo. Deberías estar agradecido.

Los dos chavales rompieron a reír, histéricos. Nelly sonrió y negó con la cabeza.

—Muy bien, listillo. Voy a por el correo. Henry, vigila a Vlad mientras estoy fuera. No me fío de él.

Vlad se quedó con la boca abierta fingiendo estar ofendido.

—¡Nelly!

Su tía le sonrió con dulzura.

—Quería decir que es un chaval maravilloso que me alegra la existencia y hace que merezca la pena vivir.

Después salió por la puerta. Vlad detectó un brillo socarrón en los ojos de su amigo.

—¿Qué?

Henry sonrió sin disimulos.

—¿Has llamado ya a Meredith?

Vlad echó los hombros hacia atrás con orgullo.

—Sí, dos veces.

Henry lo observó durante un momento mientras la sorpresa inicial daba paso a la sospecha.

—¿Y hablaste con ella?

¿Hablar con ella? Vlad aún no había encontrado la forma de deshacer el nudo que se le formó en la garganta el día que Meredith se inclinó para besarlo en la fiesta de la Libertad y él se apartó, balbuceando como un pobre lunático. Pero hablar con ella era el menor de sus problemas. Primero tenía que descubrir cómo respirar cuando se le acercaba.

Estiró lentamente el brazo y cogió la taza, luego dio un largo trago antes de volver a dejarla sobre la mesa. Cuando hubo terminado, miró a Henry a los ojos y suspiró.

—No. Colgué las dos veces. Aunque creo que me oyó respirar.

—Vas progresando. —Henry suspiró—. ¿Sabes que puede ver quién la llama en la pantalla del teléfono, no?

Vlad abrió los ojos como platos. Ahí estaba otra vez, el nudo en la garganta.

—¿Ah, sí?

Henry contestó con tono indiferente.

—Sí. Pero tío, ¿sabes qué? —Sonrió con malicia y adoptó un tono de voz conspiratorio—. Anoche, Greg me contó una cosa muy interesante sobre las chicas mayores.

Vlad se inclinó sobre la encimera e intentó fingir que no sentía ninguna curiosidad.

—¿Interesante? ¿Como qué?

Henry se acercó más.

—Dice que si consigues que te inviten a una de sus fiestas, algunas chicas sienten pena de ti y te...

La tía Nelly entró en la cocina. En una mano llevaba un montón de sobres y en la otra una pequeña bolsa marrón. De repente se había hecho el silencio. Nelly contempló la expresión sorprendida de los chavales y alzó una ceja.

—¿De qué estabais hablando?

Los dos contestaron al unísono:

—De nada.

Vlad miró los sobres, esperanzado.

—¿Alguna noticia de Otis?

Nelly suspiró y negó con la cabeza mientras ojeaba el correo.

—Sinceramente, Vladimir, tu tío te ha escrito una vez por semana desde el día que se marchó de Bathory. ¿De verdad crees que te iba a olvidar ahora? —Sacó un grueso sobre de la pila y se lo ofreció con una sonrisa.

Vlad suspiró aliviado. Había conocido a su tío el año pasado, tras un terrible malentendido. Al principio no tenía ni idea de que Otis era su tío. De hecho, creyó que solo era un profesor suplente psicópata, dispuesto a desvelar su secreto y posiblemente a matarlo. Fue un error comprensible, le podría haber pasado a cualquiera. En realidad, Otis lo había estado protegiendo de D'Ablo, el presidente del Consejo de Elysia, empeñado en encontrar a Vlad y castigarlo por cometer el delito de existir.

Según parecía, no estaba bien visto que humanos y vampiros tuvieran hijos.

Desde que Otis se marchó del pueblo en un intento por eludir a Elysia y a sus congéneres vampiros, Vlad y su tío se escribían regularmente. En sus cartas, le enseñaba a leer el lenguaje vampírico, también conocido como el código elysiano, y le urgía a que practicara a diario su telepatía. Vlad le agradecía mucho aquel interés.

Por supuesto, últimamente también le animaba a que trabajara en sus dotes de control mental sobre los demás. A Vlad todo eso le interesaba, desde luego, pero había un aspecto en el que su tío no había reparado. ¿Y si lo pillaban? El poder de

controlar los pensamientos y las acciones de los demás no era algo que se pudiera achacar al desbarajuste hormonal del típico adolescente.

Aun así... podría ayudarle a aprobar las mates.

Sin embargo, en lugar de exponerle este miedo a ser descubierto, Vlad le dijo en una carta que era incapaz de controlar las mentes de las personas. Con esto esperaba que su tío lo dejara por imposible y pasara a hablarle de otros dones más chulos de los no-muertos como la transformación animal o... la conquista de las mujeres con la mirada.

Abrió el sobre y tras forzar los ojos durante unos segundos ante la retorcida letra de Otis, siempre tardaba un poco en ajustar la mirada, comenzó a leer.

Querido Vladimir:

Espero que cuando recibas esta carta te encuentres bien.

Con relación a tus últimas preguntas:

1) No, no he recibido noticias de Elysia con respecto a ti o tu padre. Sin embargo, debes tener en cuenta que ya no tengo acceso a datos concernientes a los procedimientos legales del Consejo de Stokerton. Solo sé lo que se dice por ahí, y no me parece una información fiable.

2) Tu tía tiene razón en mostrarse tan «protectora» e insistir en que no vayas a ningún sitio solo. Puede que seas una temible criatura de la noche, Vladimir, pero también eres un adolescente y estás a su cargo. Además, quizá Elysia decida vengar la muerte de su presidente... a pesar de que lo mataste en defensa propia.

3) Lo siento, Vladimir, pero el rumor de que los vampiros pueden conquistar a las mujeres con una mirada es totalmente ridículo y completamente falso. ¿Has probado a preguntarle directamente a Meredith si le gustas? Según mi experiencia, lo mejor es ir al grano. Eso de llamar y colgar no te va a llevar a ninguna parte. Pero, decidas lo que decidas, compórtate siempre como un caballero.

Como te prometí, con esta carta te envío más instrucciones sobre cómo desarrollar mejor tus dotes telepáticas. Me sorprende que hayas tenido tan poco éxito en ese aspecto, porque ya deberías ser capaz de leer la mente de cualquiera. De todas formas tampoco debemos olvidar que eres el primero de tu especie, Vladimir, y que quizá en tu caso algunas cosas sean diferentes. Cuando alguien se convierte en vampiro, los poderes se desarrollan siguiendo un orden natural, pero tú eres diferente... Nacistes así, de modo que no hay forma de saber qué poderes heredaste de tu padre vampiro y qué poderes quedaron bloqueados por el ADN de tu madre. Así que actuaremos según vayan apareciendo.

Sigue las instrucciones que te envío y ¡practica, practica, practica! Como te conozco porque he sido tu profesor, insisto en que no utilices tus poderes telepáticos para subir nota. Como lo hagas, lo sabré. Te lo aseguro.

Con respecto a los problemas que has estado teniendo con el control mental, dame tiempo para reunir algunos trucos muy útiles. Juntos lo conseguiremos. Tu padre era muy bueno en esa disciplina y confieso que me sorprende mucho que se te resista. Pero por favor, no creas que estoy decepcionado, todo lo contrario.

Pienso siempre en ti, Vlad. Por favor, cuídate. Estate atento a todo lo que te rodea y sigue estudiando el código elysiano. Sé que el lenguaje vampírico es difícil de leer, pero es importante que memorices el *Compendium de Conscientia*. Según la frase acuñada por el gran filósofo humano George Santayana: «Aquellos que olvidan el pasado, están condenados a repetirlo».

La semana que viene estaré en Londres. Te envío la dirección donde podrás encontrarme. Te escribiré tan a menudo como me sea posible. Por favor, dale recuerdos a Nelly.

Tuyo por toda la eternidad.

Otis.

Vlad pasó los dedos por la despedida de Otis. «Tuyo por toda la eternidad». Era la misma que su padre escribía en todas las notas, en todos los libros y en todas las tarjetas de cumpleaños que le había dedicado. Entonces, sintió que sobre él se cernía una sombra de tristeza. La muerte de un ser querido es algo raro. No importa cuánto

tiempo haya pasado, cualquier recuerdo de la persona que murió, un olor, un objeto, una palabra, puede hacerte revivir el día que la perdiste, y antes de darte cuenta, te ves envuelto en la dolorosa tristeza que tanto te esfuerzas por dejar atrás.

Fue muy descorazonador enterarse de que el duelo a muerte del año pasado contra D'Ablo podía haber puesto a toda la comunidad vampírica tras su pista, a pesar de que fue el tal D'Ablo quien lo empezó todo y de que Vlad lo atravesó con el Lucis para que el vampiro no le hiciera lo mismo solo que con sus propias manos. Pero eso no era tan preocupante. Después de todo, gracias a Otis, Elysia pensaba que Vlad era un chaval más, no un vampiro. Claro que con el Lucis en su poder, el arma más letal para los vampiros, resultaba más tranquilizador considerarlo humano porque así rechazaban la posibilidad de que pudiera hacerles daño y no tenían mayores motivos para perseguirlo.

Le resultaba bastante frustrante que su tío no pudiera darle ningún consejo razonable con respecto a la chica que le gustaba. Pensó en preguntarle a Nelly, pero lo último que necesitaba era que le contara una batallita de dos horas de cuando ella era adolescente.

Suspiró. No había nada que hacer. ¿Cómo podía explicarle a Meredith que no sabía por qué no la había besado en la fiesta de la Libertad del año pasado, y qué la única razón por la que no le había devuelto las llamadas aquel verano era que ella se lo preguntaría y él no sabría qué decir? ¿Cómo iba a explicarle algo que ni siquiera él comprendía?

—¿Qué dice? —preguntó Henry mirando la carta por encima de su hombro.

Vlad la dobló y la metió de nuevo en el sobre, luego sacó las instrucciones.

—Dice que de recuerdos a Nelly y que me manda algunos trucos sobre telepatía.

Nelly sonrió con dulzura, algo sonrojada, luego consultó su reloj y suspiró. Negó con la cabeza y cogió su bolso. De camino hacia la puerta, se volvió y dijo:

—Voy fatal de tiempo. Haré el turno de Deb esta tarde. ¿Os las podéis arreglar para cenar solos?

La puerta se cerró antes de que pudieran contestar.

Henry señaló con la cabeza las instrucciones de Otis.

—¿Quieres probar? Me muero por saber si le gusto a Melissa Hart.

Vlad dobló las notas y se las metió en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Quiero estudiar primero durante unos días. Podríamos hacer alguna prueba el fin de semana que viene.

Henry gruñó.

—¡Oh, venga! Este fin de semana estaré ocupado. Joss, ¿recuerdas?

—Antes quiero leer las notas.

—Pues léelas y luego vamos al centro comercial. Melissa va a salir en ese desfile de finales de verano que hacen todos los años, y tú...

—Henry, he dicho que no. —Miró a su amigo fijamente. Su tono no admitía réplica.

Henry asintió despacio y cogió el zumo de naranja.

Lacayo o no, a Vlad no le gustaba nada darle órdenes directas, y solo lo hacía cuando se ponía muy pesado con respecto a algo que no quería hacer o no podía explicar... o como cuando le apetecía mucho una Pepsi, pero no quería ir hasta la cocina a cogerla. Aparte de eso, su relación vampiro-lacayo funcionaba a las mil maravillas. Era alucinante lo bien que Henry había asumido que, tras aquel primer mordisco, se había convertido en su lacayo.

Pero quizá la razón de que lo llevara tan bien era porque él se lo había ordenado.

La idea lo hizo estremecer. No le parecía bien controlar las acciones de Henry. La verdad es que le ponía los pelos de punta, pero a veces su amigo se ponía muy plasta.

Vlad dio la vuelta a una caja que llevaba su nombre escrito y comenzó a abrirla. Sonrió y miró a Henry.

—¿Hace una partida a *Race to Armageddon 2*?

Henry ahogó un grito al ver lo que su amigo sostenía.

—¡Anda ya!

Vlad giró la caja y contempló las imágenes que la decoraban.

—Dicen que tiene el doble de acción y tres veces más casquería.

Intercambiaron risillas histéricas y salieron corriendo hacia el cuarto de estar.

Dos horas, una bolsa de Doritos, siete Pepsis y cuatro bolsas de sangre después, Vlad y Henry dejaron los mandos y se estiraron. Henry tenía los ojos desorbitados por la fascinación y la repugnancia.

—Es asqueroso. ¡Me encanta!

—Ya te digo. Mola que ahora los androides vuelen.

Vlad remató la Pepsi y dejó la lata vacía sobre la mesita de café. Le rugieron las tripas.

Henry frunció el ceño.

—¿Y por qué el rey alienígena tiene seis cabezas? Eso es nuevo. Va a ser más difícil vencerlo.

—Han añadido mucha más sangre. Lo que me recuerda...

Vlad cogió otra bolsa de la nevera. Mientras volvía al cuarto de estar, notó que el hambre pulsaba en sus encías y dejó que sus colmillos salieran. Mordió el plástico, absorbió el contenido, eructó y se limpió la sangre sobrante de las comisuras de los labios.

Henry rio.

—¡Qué cerdo!

—Perdone usted.

Su amigo se mordió el labio, pensativo durante un momento. Su tono de voz se hizo serio y comedido.

—¿Crees que algún día te alimentarás de personas?

Vlad negó con la cabeza.

—Ni hablar. Ni en un millón de años. —Miró a su amigo de reojo durante unos

segundos antes de hacerlo directamente—. ¿Me crees capaz de algo así?

—Bueno, cuando tenías ocho años me mordiste.

Miró a Henry con incredulidad.

—Tío, teníamos ocho años. Además, tú me lo pediste.

Henry hizo como que no lo había oído.

—Y justo ahora, antes de morder la bolsa, he visto que se te ponían los ojos de ese color violeta iridiscente tan raro, como cuando tocas un glifo. —Henry señaló con la cabeza el extraño símbolo en la portada de la *Enciclopedia Vampírica* y se encogió de hombros—. Solo digo que es posible. O sea, ¿qué pasa si un día las bolsas de sangre y los aperitivos que tomas ya no son suficiente?

Vlad negó con la cabeza y apretó los labios con fuerza mientras seguía el trazo del tatuaje en el interior de su muñeca izquierda. Se produjo un largo silencio.

—Si mi padre pudo vivir así, yo también lo conseguiré. Además, el día que empiece a alimentarme de personas será el día que empiece a ganarte a los videojuegos.

Henry soltó una carcajada y cogió de nuevo el mando.

—O sea, nunca.

Instituto Bathory

Vlad metió dos bolis en el bolsillo delantero de su mochila y cerró la cremallera. Henry había intentado convencerlo durante todo el verano de que cambiara de mochila, sobre todo porque había visto una muy chula con forma de ataúd en el centro comercial de Stokerton, pero él prefería la vieja. No es que no le hiciera gracia aquel guiño, de hecho, le parecía desternillante que Henry y él pudieran declarar tan abiertamente que era un vampiro y que nadie en Bathory los tomara en serio. Todos pensaban que era solo otro gótico más. Sin embargo, él y su mochila habían pasado por mucho durante los últimos dos años. De hecho, estuvo colgada del mástil de la bandera casi tantas veces como Vlad acabó incrustado contra su taquilla. En cierto sentido, era su colega. Como Henry.

Si pudiera echarse a su amigo a la espalda y obligarlo a que le llevara los libros, claro.

Vlad le puso un nuevo pin y se la echó al hombro. Respecto al pin, cuando lo vio en la tienda le entró un ataque de risa, así que sabía que a Henry le iba a encantar. El pin decía: «Cuidado, muerdo».

La voz de la tía Nelly llegó desde la planta baja.

—¡Será mejor que te des prisa o vas a llegar tarde el primer día!

Vlad se estaba guardando el Lucis en el bolsillo trasero, cuando de repente cambió de idea y lo dejó de nuevo en el armario. Sabía que Otis y Nelly fliparían si se enteraban de que no lo llevaba encima, pero no estaba muy seguro de qué efecto tendría sobre los humanos, y la idea de llevar aquello a clase lo ponía un poco nervioso. Las armas, incluso las de los vampiros, no tienen sitio en el cole.

Bajó las escaleras de dos en dos y sonrió a su tía al llegar al final.

Nelly le devolvió la sonrisa y le ofreció una bolsa con comida, de la que Vlad dio buena cuenta. La sangre estaba calentita y gelatinosa, y pasó con facilidad por el gaznate. El desayuno de los campeones.

Le devolvió el plástico a su tía y tenía ya la mano en el pomo de la puerta cuando Nelly le preguntó:

—¿Te has puesto la crema protectora?

Vlad sonrió e intentó no poner los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? ¿Es que me ves demasiado moreno?

Nelly negó con la cabeza, sonriente y contempló cómo salía de casa.

Henry lo esperaba en la acera, al otro lado de la calle. Un chaval de piel bronceada y muy buen aspecto estaba a su lado. Por los rasgos similares, dedujo que

eran familia. Saludó a Henry con una inclinación de cabeza.

—Hola.

Henry sonrió y señaló al recién llegado.

—Hola, este es mi primo Joss.

Joss sonrió, pero no dijo nada. *Oh, guay, es de los silenciosos.*

Caminaron juntos hacia el instituto siguiendo los senderos que serpenteaban entre las casas, mientras charlaban de lo que más les preocupaba de aquel primer día de clase. El corazón de Vlad expresaba sus objeciones golpeando con fuerza las costillas, y justo cuando había respirado hondo varias veces para calmar sus latidos, dobló una esquina y se encontró de frente con las escaleras del instituto Bathory.

El edificio en sí era objeto de muchos comentarios en el pueblo. En principio se construyó como una iglesia católica, pero fue abandonada a mediados del siglo XIX debido a un asunto terrible del que nadie hablaba, ni siquiera el bibliotecario, que conocía toda la historia del pueblo y siempre estaba dispuesto a compartirla con quien le preguntara. Casi un siglo después, un adinerado hombre de negocios compró la propiedad y transformó la iglesia en lo que llamó la Academia Preparatoria Bathory. Veinte años después, el colegio pasó a ser un centro público y finalmente se convirtió en lo que Vlad miraba ahora con desagrado mientras se acercaba con la mochila colgada de un hombro.

—¡Henry! —Carrie Anderson agitó un brazo con entusiasmo.

Henry sonrió un tanto avergonzado.

—Ahora vuelvo, tíos. —En un momento, se vio envuelto en una ola de popularidad que Vlad solo podía ver desde la distancia.

Suspiró y se volvió hacia Joss.

—Henry me ha contado que antes vivías en California.

Joss asintió.

—Y a mí que eres malísimo con los videojuegos.

Después de un momento, los dos rompieron a reír. Vlad sonrió.

—Es un tío divertido.

—Y según parece, muy popular. —La expresión en el rostro de Joss era de fastidio.

Vlad lo miró sorprendido.

—Creía que todos los McMillan erais populares.

—Yo no, tío. No es lo mío. —Negó con la cabeza y miró con desconfianza a sus futuros compañeros—. Yo prefiero tener un selecto grupo de amigos, generalmente gente a la que no le importa qué hace mi familia o cuánto dinero tiene.

Vlad sonrió. Joss y él se iban a llevar bien.

Henry hizo señas a su primo y este, antes de acabar engullido por la marabunta, se ajustó la cartera al hombro, sonrió a Vlad y dijo:

—Bueno... pues ya nos veremos, supongo.

—Hasta luego. —Observó a Joss desaparecer entre la multitud y después se

volvió de nuevo al edificio con los ojos entornados.

Pero por poco tiempo.

De repente notó que unas manos lo agarraban por la camisa y lo empujaban hacia un lado. Los ojos de Vlad ahora estaban desorbitados por el miedo.

Bill Jensen y Tom Gaiber. Qué mala suerte.

Lo odiaban desde el primer año de colegio sin que supiera muy bien por qué.

Juntos, Bill y Tom lo lanzaron contra la pared de piedra del colegio mientras sonreían con crueldad.

—Bienvenido al primer día de instituto, gótico —gruñó Tom.

Vlad gimió cuando su cabeza rebotó contra la pared. Intentó mantener una expresión indiferente, pero sus ojos lo traicionaron cuando miraron con desesperación hacia la acera, en busca de ayuda. Le iban a dejar la cara hecha un mapa. ¿Dónde estaba Henry cuando lo necesitaba?

Bill se inclinó hacia él. Su aliento olía a atún y mayonesa rancia.

—¿Qué te pasa, gótico? ¿Te ha comido la lengua el gato?

Le vinieron a la mente varias respuestas bastante ingeniosas, pero pensó que le convenía más no decir nada.

A veces la mejor defensa contra los matones del instituto es el silencio.

Pero por otra parte, si dejas que uno de esos abusones se meta contigo, es que eres un cagón. Así que enderezó la espalda y se abrió paso ante Bill empujándolo con el hombro. Pero Tom lo cogió por el cuello de la camisa y lo lanzó de nuevo contra la pared.

—Dejadlo en paz.

Vlad volvió la cabeza hacia la acera. Joss se había escaqueado de los admiradores de Henry y miraba a Bill y Tom con expresión indiferente. Tenía la cabeza ligeramente ladeada y una ceja arqueada, como si estuviera acostumbrado a que la gente lo obedeciera.

Al parecer, el primo de Henry era raro, pero no muy listo. Vlad quería decirle que se marchara, pero justo entonces Tom puso los ojos en blanco y lo empujó de nuevo. La columna vertebral de Vlad chocó contra una piedra que sobresalía de la pared. El dolor hizo que se estremeciera y pensó en salir corriendo, pero Tom lo tenía bien agarrado.

—Este año te vas a enterar, gótico. Tenemos planes para ti.

—He dicho que ya está bien. —Joss había dejado su cartera en la acera y miraba a Tom sin un atisbo de miedo en los ojos.

Tom y Bill soltaron a Vlad y se volvieron hacia el nuevo.

Corre, pensó Vlad. Sal de aquí pitando, Joss. Vamos.

Tom y Bill se miraron desconcertados, no estaban seguros de si Joss era una presa fácil. Al final, Tom dio un último empujón a Vlad y los dos colegas se marcharon hacia la entrada del colegio sin decir ni una palabra más.

Vlad se preguntó qué verían en Joss que los ahuyentó tan rápidamente. Fuera lo

que fuera, estaba claro que él no lo tenía.

Cogió su mochila del suelo y se frotó el chichón que le estaba saliendo en la parte posterior de la cabeza. No estaba muy seguro de cómo se sentía al ser rescatado, pero suponía que era preferible a que le dieran una paliza.

—Gracias.

Joss sonrió.

—De nada. Esos tíos son idiotas. Unos tarugos neandertales.

—¿Ya los conocías?

—No hace falta. No hay más que mirar esas frentes hundidas y esa única ceja. — Joss sonrió satisfecho—. ¿Quieres que les rompa los brazos?

Vlad rio.

—No estaría mal. A ver cómo me zurraban entonces. Tendrían que darme barrigazos o algo así.

Cruzando la calle, detrás de Joss, estaba Meredith Brookstone con un vestido rosa que le golpeaba las rodillas al caminar. Se sonrojó ligeramente cuando sonrió a Vlad. Joss siguió la mirada de su nuevo amigo y, cuando reparó en Meredith, él también sonrió.

Oh oh.

Henry se reunió de nuevo con ellos y alzó la vista hacia el edificio.

—Da un poco de miedo, ¿verdad?

Vlad asintió y contempló de nuevo la construcción que tenían ante sí. Había estado allí cientos de veces, pero lo que le parecía acogedor bajo la luz de la luna, se volvía totalmente espeluznante en la claridad del día.

Subió las escaleras tras la estela de Henry y Joss. Era raro acercarse al colegio de frente. Mantuvo la cabeza agachada e intentó no alzar la mirada hacia el campanario.

Un cartel sobre la puerta dirigía a los novatos hacia el gimnasio. Vlad se ajustó la mochila en una posición más cómoda sobre el hombro, respiró hondo y entró.

A ambos lados del vestíbulo había trece grandes pilares de piedra unidos con arcos en la parte superior. Por encima, en la segunda planta, había otro juego de arcos más pequeños, rematados con hierro forjado. Vlad alzó la vista hacia el techo. Parecía evidente que en otro tiempo estuvo decorado con pinturas, quizá con imágenes de hombres con túnicas y aros dorados sobre sus cabezas. Pero ahora solo quedaban manchas descoloridas, figuras apenas reconocibles. Sobre la cabeza de Vlad, varias piedras oscuras formaban cruces.

Henry le dio un codazo y bajó la voz para que nadie más pudiera oírlo.

—¿Es cierto eso que dicen de que los vampiros odian las cruces?

Vlad rio. Nunca había pensado en la posibilidad de verse envuelto en llamas ante la visión de una simple cruz. La verdad es que tampoco pensaba nunca en asuntos religiosos, de la creencia que fuera.

—Supongo que no.

Un hombre alto y musculoso, que le recordaba a un duende gigante, alzó los

brazos y comenzó a gritar con voz ronca y monótona:

—Los de primer año, acercaos al tercer arco, a mi derecha, en el pasillo que va hacia el gimnasio. Vamos, venga. Todos los demás, a clase. Stevenson, ¡lo digo por ti!

Vlad sintió que alguien le daba con fuerza en la espalda y se volvió para ver cómo Greg, el hermano mayor de Henry, le sonreía.

—No te preocupes por el señor Hunjo, siempre habla así. ¿Sabes adónde tienes que ir?

Vlad asintió y miró alrededor en busca de Henry y Joss, que parecían haber desaparecido.

—Eh, ¿dónde están tu hermano y tu primo?

—Supongo que en el gimnasio. Búscame a la hora de comer, ¿vale? Os explicaré un poco cómo va esto y me aseguraré de que los mayores os dejen en paz. —Greg volvió a darle una palmada en la espalda y se sumergió en la multitud. Vlad lo observó hasta que perdió de vista su chaqueta de béisbol de lana negra y cuero rojo. Había sido el *pitcher* estrella de los Murciélagos de Bathory durante los dos últimos años y estaba seguro de que, en cuanto llegara la primavera, volvería a ocupar esa posición.

Greg era posiblemente el tío más guay sobre la faz de la tierra y la única persona, además de Henry, que le hacía desear que sus padres le hubieran dado un hermano. Al igual que sucedía con Henry, todo el mundo quería ser amigo de Greg. A cualquier otro aquello se le habría subido a la cabeza, pero a él no. Greg era la personificación de todo lo guay en el instituto Bathory.

Avanzó bajo el arco y siguió a los demás novatos hacia el gimnasio. La sala se parecía mucho al gimnasio de los pequeños, salvo por las enormes vigas de madera que atravesaban el techo. Habían colocado tres mesas junto a una pared. Vlad se dejó llevar por la multitud y pasó por las tres. Cuando salió del gimnasio, sostenía un mapa, una guía escolar y el número de taquilla que le habían asignado, la 131. Encontró su taquilla justo al final del pasillo y a Henry junto a ella.

Su amigo le sonrió y, con su mejor imitación del señor Rogers, dijo:

—Hola, vecino. ¿A que mola que nuestras taquillas estén tan cerca?

—Ya te digo. —Vlad sacó un candado rojo de la mochila y lo enganchó en el cierre de la suya. Cogió un cuaderno y un boli de su mochila y luego la arrojó al interior. Estaba cerrando la puerta cuando un destello rosa le llamó la atención y volvió la cabeza.

Meredith estaba frente a él. Intentaba prender un mechón de su cabello color chocolate detrás de la oreja, mientras guardaba su mochila rosa. Vlad sintió que el corazón se le hinchaba hasta alcanzar el tamaño de una pelota de fútbol. De hecho, se había hecho tan grande que tuvo miedo de que el pecho le estallara justo en ese momento.

—¿Vas a decirle hola o piensas quedarte ahí mirando y babeando las zapatillas?

—le preguntó Henry.

Vlad lo miró, pero no dijo nada. El asunto es que no estaba seguro de que un simple «hola» fuera suficiente. Pensó que un «lo siento» quizá sería más apropiado, aunque no sabía muy bien por qué. ¿Por no besar a la chica más guapa del cole cuando lo acompañó al último baile del año? Seguramente. Pero por alguna razón no creía que pedirle perdón por no haberse enrollado con ella sirviera para que fuera a otro baile con él.

Se escondió detrás de la puerta de su taquilla, y aprovechó para mirarla a hurtadillas a través de las rendijas de metal gris. Después respiró hondo un par de veces y cerró la puerta.

—Hola, Meredith.

Meredith apretó su carpeta contra el pecho y se volvió hacia Vlad.

—Hola.

—¿Tienes clase ahora? —Dios, ¿qué estaba diciendo? ¿Se podía ser más torpe?

—. O sea, de mates, ¿no? ¿Tienes mates?

Meredith alzó una ceja algo extrañada.

—Tengo lengua, ¿por qué?

Vlad notó que se le secaba la boca al caer en la cuenta de que iban a compartir clase. Intentó tragar saliva, pero según parecía se le había evaporado toda.

—Pues porque...

Vlad pensó en arrastrarse hasta su taquilla y esconderse allí, pero no estaba seguro de haberlo conseguido. Meredith abrió sus bonitos labios rosas, pero antes de prolongar su extraña conversación, la taquilla que estaba junto a la suya se cerró, revelando a una Melissa Hart muy rubia y mucho más mayor que el año anterior. Meredith y Melissa comenzaron a charlar y pasaron por delante de Vlad y Henry sin mirarlos... ni siquiera cuando Henry le dijo hola a Melissa, conteniendo casi la respiración.

Su amigo parecía que fuera a desmayarse de la felicidad. Cuando las chicas avanzaban ya por el pasillo le dio un codazo y alzó las cejas.

—Vaya, menudo cambiazo ha pegado Melissa.

Joss puso los ojos en blanco.

Vlad observó a Meredith mientras se preguntaba qué le había dicho exactamente, y qué tenían las chicas guapas que los hacían balbucear como si fueran idiotas. Después de morderse el labio inferior durante un momento de meditación, cerró su taquilla.

—Oye, Joss, Henry me deja colgado esta tarde, tiene que ir a una reunión del consejo de estudiantes. ¿Te vienes a mi casa?

Joss sonrió.

—Cualquier cosa con tal de escapar del club de bordado de la tía Matilda.

Mientras el trío avanzaba hacia su clase, sonó la campana. La señora Bell alzó la vista del libro que leía. Vlad había esperado ver unos dientes torcidos, el pelo azul y las cejas pintadas. En su lugar le dieron la bienvenida unos dientes perfectos, un pelo

castaño claro y unas cejas pintadas. Algunas cosas no cambian nunca.

—Sentaos.

Vlad avanzó hacia el final del aula y se sentó. Henry eligió un pupitre junto al suyo. Joss se sentó delante de su primo.

La señora Bell se puso en pie y cerró el libro de golpe.

—El timbre que indica que la clase y la jornada han comenzado suena exactamente a las ocho en punto y espero que os pille a todos sentados. Ni uno, ni tres minutos después. A las ocho en punto. Hoy solo os doy un aviso, pero la próxima vez que lleguéis tarde —dijo mirando a Vlad, Henry y Joss—, tomaré medidas.

Vlad miró a Henry y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no soltar una carcajada. Su amigo estaba sentado absurdamente derecho, con las manos unidas, descansando sobre el pupitre, mientras pestañeaba con fuerza sin apartar los ojos de la señora Bell. Joss se volvió hacia Henry y sonrió.

La señora Bell no pareció darse cuenta. Avanzó hacia la pizarra y comenzó a escribir algo. Pero Vlad no le prestaba atención, porque solo tenía ojos para Meredith, que acababa de entrar en clase sin que la profesora se diera cuenta. Meredith contempló el aula, saludó con una inclinación de cabeza a Vlad, y se sentó cerca de la pizarra.

A pesar de sentirse enormemente feliz por verla, Vlad se encogió en su silla.

No estaba seguro de por qué la evitaba. No es que se hubieran declarado amor eterno ni nada de eso. Solo tuvieron una cita. Una cita donde casi se besan, pero desde entonces sentía un gran peso sobre sus hombros. Culpa. Estaba casi seguro de que era eso.

Henry escribía algo en su cuaderno. Al principio pensó que era una nota, quizá algún comentario ácido sobre la señora Bell, o puede que un dato crucial sobre Meredith, pero entonces se dio cuenta de que todo el mundo estaba tomando notas... todos menos él.

La señora Bell torció el gesto. Bueno, quizá no fuera eso exactamente, pero con la cara que tenía era difícil de saber. Quizá fuera una sonrisa, aunque Vlad lo dudaba mucho. La gente como la señora Bell no sonreía nunca. Solo rechinaban los dientes a inocentes viandantes.

—Vladimir Tod, le sugiero que preste atención y comience a apuntar los deberes de esta semana.

Afortunadamente, el resto de la clase de lengua pasó volada, pero cuando volvió a sonar el timbre, Vlad se había convencido de que aquel sería un año horrible.

Él, Henry y Joss pasaron la segunda y tercera horas en diferentes clases, con pequeños encuentros en las taquillas que aprovecharon para intercambiar breves comentarios sobre el tostón que era biología, lo mucho que molaba la clase de arte, lo guay que era el señor Kareb para ser profesor de historia y lo largo que se les iba a hacer aquel año gracias a la señora Bell.

Después de la tercera hora, corrieron al comedor y buscaron a Greg. Lo

encontraron sentado al fondo, con un grupo de compañeros. Vlad esperó a que Henry y Joss cogieran sus bandejas y los siguió hasta la mesa de Greg con su almuerzo en una bolsa. Una vez allí, el hermano mayor de su amigo les presentó a sus colegas.

—Eh, tíos, estos son mi hermano Henry y mi primo Joss. Y este es Vlad. No os metáis con ellos. El único que puede empotrarlos contra las taquillas soy yo. —Greg dio un pellizco a su hermano en el brazo y sonrió a Vlad—. ¿Qué tal el primer día?

Vlad se encogió de hombros.

—Pues bien, supongo.

Siempre había envidiado a Henry por tener una familia tan guay. Los padres de su amigo eran amables y generosos, aunque Henry se quejara de ellos de vez en cuando. Matilda, la madre, hacía galletas y otros dulces siempre que Vlad iba a su casa. Su padre, Peter, había establecido la costumbre de darle algo de dinero siempre que repartía las pagas entre sus dos hijos. Y Greg era un tío superdivertido. De hecho, no entendía por qué Henry se empeñaba en pasar tanto tiempo en su casa cuando estaba rodeado de gente tan guay. Sin embargo, Vlad solo iba a casa de Henry muy de vez en cuando porque verlos a todos juntos le recordaba cuánto echaba de menos a sus padres.

Uno de los chicos de la mesa cogió una magdalena de la bolsa de Vlad y, antes de que pudiera detenerlo, le dio un bocado. Al masticar, las ampollas de sangre estallaron en su boca y el chaval se puso verde. Vlad miró rápidamente a Henry, que tenía la boca tan abierta que parecía que se le fuera a desencajar. Solamente su amigo y Nelly conocían su secreto, y ahora este chaval había descubierto en qué consistía la comida que solía traer al cole. Vlad miró al chaval, que tenía los ojos como platos y parecía que estuviera a punto de chillar.

Sin embargo, en lugar de eso, escupió la comida.

Vlad y Henry se miraron de nuevo y entonces Greg dijo:

—Un consejo, tíos. No os comáis lo que trae Vlad, su tía cocina fatal.

Todos en la mesa rompieron a reír.

Vlad respiró aliviado y, cuando el grupo se trasladó a otra mesa, pudo terminar su sándwich de sangre y mermelada de fresa con tranquilidad.

Después del almuerzo y tres horas más de clase, de gente nueva, de perderse, de darse cuenta de que Meredith solo iba a una de sus clases, pero que con Henry coincidía en tres y con Joss en cinco, Vlad llegó a su taquilla al final del día con aire triunfante pero exhausto. Había sobrevivido al primer día de instituto prácticamente indemne.

Sacó su mochila y buscó a Henry en el pasillo. Desgraciadamente, una espalda cubierta de cuero le ocultó la visión.

Bill se volvió y, a pesar de los esfuerzos de Vlad por encogerse y ocultarse tras la taquilla, lo vio. Le dio unos golpecitos en el hombro a Tom y los dos lo contemplaron con ojos amenazadores. Ambos llevaban chupas de cuero, probablemente en un intento por parecer tíos duros ante otros matones mayores que ellos que pudieran

parecer interesados en meterse con dos chuletas novatos. Vlad advirtió con desesperación que se acercaban. Bill le cerró la taquilla de un golpetazo, dejando la correa de su mochila atrapada en la puerta, como una serpiente que se hubiera abierto paso a través de un espacio increíblemente pequeño y se hubiera quedado atorada.

—Eh, gótico, no pudimos terminar nuestra charla de antes.

Estaba muerto. Después de la suerte que tuvo aquella mañana y tras sobrevivir casi todo el primer día de clase sin incidentes, Vlad iba a morir. Ya veía la lápida de su tumba: «Aquí yace Vladimir Tod, golpeado hasta la muerte por dos eslabones perdidos».

—Eh, Vlad, ¿qué pasa? —Joss se apoyó en la taquilla de al lado y alzó las cejas.

Vlad lo miró. ¿Quién era ese tío? ¿Su guardaespaldas particular? ¿Una especie de héroe adolescente? No es que le molestara que el chaval apareciera para defenderlo, pero... resultaba un poco vergonzante saber que tenían que rescatarlo como si fuera un pringado incapaz de defenderse solo.

Quería decirle a Joss que saliera corriendo, que se marchara de allí ahora que aún podía, porque estaba a punto de recibir la paliza de su vida, y cualquiera que estuviera relacionado con él podría sufrir el mismo castigo. Pero en lugar de eso, apartó a Bill de un codazo y abrió de nuevo su taquilla.

—Déjame en paz, cavernícola.

Para su desesperación, Joss empujó a Bill sin mucha fuerza, casi como si fueran parte del mismo grupito de matones de colegio.

—¿No os estaréis metiendo con Vlad, verdad? No después de lo que hablamos esta mañana...

—Novato, este tío está a punto de entrar en el programa de donación de riñones. Si no quieres acompañarlo, te sugiero que no te metas.

Vlad frunció el ceño. ¿Cómo iba a funcionar aquello, exactamente? Si la idea era sacarle un riñón a puñetazos, estaba casi seguro de que el órgano quedaría inservible. ¿Y qué era eso de llamar a Joss «novato»? Tom y él estaban en el mismo curso.

Bill se volvió hasta encontrarse de nuevo cara a cara con él y alzó un puño. Vlad estaba preparado para esquivar el golpe, pero en un abrir y cerrar de ojos Joss cogió a Bill de la muñeca, le dio media vuelta y le retorció el brazo a la espalda. Lo empujó contra la taquilla y le aplastó una mejilla contra el metal.

—Bien, quiero que escuches con atención lo que voy a decir. Deja a Vlad en paz o la próxima vez te romperé el brazo, ¿entendido?

Soltó a Bill justo cuando la señora Bell doblaba la esquina. La profesora les dedicó un gruñido de desaprobación, pero no parecía que hubiera visto los rápidos reflejos de kárate de Joss.

Tom agarró a Bill por la manga y se alejaron corriendo por el pasillo hasta que salieron del edificio sin decir ni una palabra más.

Otra vez. Lo mismo que aquella mañana. Una vez más, Vlad había representado el papel del pringado en apuros, y eso a pesar de haberle devuelto el empujón a Bill.

Una vez más, alguien había tenido que acudir en su ayuda ante su aparente incapacidad para defenderse.

Durante unos segundos pensó en la carta de Otis y en el control mental.

Cogió la mochila y cerró la puerta de la taquilla.

—Gracias. Te debo una.

Joss se encogió de hombros como si aquello no fuera nada.

—Antes me invitaste a ir a tu casa. Me acaban de regalar *Race to Armageddon* para la PS2 y...

Vlad alzó una mano, sus reparos iniciales casi totalmente olvidados.

—Tío, yo tengo *Race to Armageddon 2*.

—¿Cuál es la diferencia?

Vlad negó con la cabeza.

—¿Pero tú de dónde ha salido, colega? —Avanzó por el pasillo hacia la salida, mientras le indicaba a Joss con un gesto que lo siguiera.

Tres horas después estaban despatarrados delante del sofá en el cuarto de Vlad, rodeados por bolsas de patatas y latas vacías de Pepsi. Joss tenía los ojos desorbitados por la impresión.

—Es lo más asqueroso que he visto.

Vlad sonrió. Resultaba agradable quedar con alguien diferente. Henry, por supuesto, era su mejor amigo. Pero Joss también molaba. Además, era un tío normal, probablemente tan imperfecto como Vlad. Henry era guay, pero en ocasiones se le hacía difícil permanecer siempre a su sombra.

Además, le gustaba ganar alguna partida de vez en cuando.

Nelly asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Vladimir, ¿se va a quedar tu amigo a cenar?

Vlad miró a Joss, que se sonrojó y asintió.

—Llamaré a la tía Matilda, pero sí... me gustaría.

Nelly le pasó el teléfono y salió de la habitación.

En cuanto Vlad le oyó hablar con su tía, se volvió hacia Nelly.

—A ver si lo adivino, ¿otra vez espagueti?

Nelly sonrió.

Los espagueti eran el plato donde más fácil resultaba ocultar la sangre cuando tenían invitados a comer. Invitados que no fueran Henry, claro. A Vlad no le gustaban mucho, pero la sangre mezclada con salsa de tomate y un toque de orégano resultaba bastante sabrosa, así que no le importaba demasiado.

Joss volvió al cuarto de estar con aspecto feliz y aliviado.

—Dice que me puedo quedar, pero luego tengo que volver a casa.

Como sabía que la cena tardaría todavía un rato en estar lista, Vlad se llevó a Joss arriba. Se detuvo en las escaleras para acariciar a Amenti, y al pasar por delante de la biblioteca, Joss ahogó un grito.

—Hala, ¡menuda colección de libros tienes!

Vlad arqueó una ceja, intrigado. No conocía a muchos chicos de su edad a los que les gustara leer. Con una sonrisa, señaló la estantería más cercana a la puerta de su cuarto.

—Ahí están mis favoritos.

Joss pasó los dedos por el lomo de los libros. *Teoría y práctica de la telepatía; Vlad Tepes: una historia, mitos y leyendas de nuestro mundo moderno; Vampiros: ¿realidad o fantasía?* Se detuvo delante del libro sobre vampiros y miró de reojo a Vlad.

—Bueno, ¿y tú qué piensas? ¿Los vampiros existen o son solo una pesadilla sobre la que escriben algunos?

Al principio Vlad no dijo nada, y como Joss siguió contemplando su colección en silencio, pareció obvio que no esperaba una contestación. Pero después de tantos años fingiendo ser humano, la respuesta le vino con total naturalidad.

—Nadie cree en los vampiros, pero ese libro ofrece algunas teorías bastante aceptables.

Su tono se volvió serio al mirar a Joss a los ojos.

—Personalmente creo que cualquier cosa es posible.

Joss asintió.

Vlad abrió la puerta de su cuarto y echó un rápido vistazo antes de invitar a Joss a que pasara. La habitación estaba salpicada de ropa sucia, pero la ocultó detrás de la puerta y se sentó sobre la cama.

—Bueno, ¿y de dónde vienes?

Joss estudió el cuarto y pareció aprobar lo que vio con una inclinación de cabeza.

—De Santa Carla. Antes de eso, vivía en Rumanía, y antes en Nueva Orleans, París y San Francisco.

—Te has movido mucho.

Vlad detectó un brillo de tristeza en sus ojos.

—Es por el trabajo de mi padre. Es un asco. Ojalá pudiera quedarme en un sitio.

Luego negó con la cabeza y sonrió.

—Eh, ¿alguna vez has visto lo que pasa cuando echas un Mentos en un refresco sin azúcar?

Vlad sonrió. Al menos las cosas serían más interesantes con Joss allí.

Asesino psicópata del infierno con sierra mecánica

—¿Y esa qué?

Vlad suspiró. Jamás irían al cine si Henry se empeñaba en saber lo que pensaban todas las chicas que pasaban por su lado. Normalmente eso no le molestaría, él también sentía curiosidad y durante las últimas dos horas había estado dispuesto a entrar en las mentes de todas las chicas guapas que veía, pero el hecho de que quizá se perdiera el horror y las matanzas de *Asesino psicópata del infierno con sierra mecánica* comenzaba a ponerlo nervioso. Llevaba seis semanas esperando para ver la peli, desde el primer día de clase. Si tenía que esperar solo un minuto más le iba a explotar la cabeza.

Se volvió a mirar a la rubia de piernas largas que estaba de pie junto a la puerta del cine. Llevaba zapatos de tacón y un trapito de algodón que pasaba por ser una minúscula falda y dejaba ver sus largas y musculosas piernas. Respiró hondo y se concentró en ella. Con mucho cuidado, intentó alcanzarla con la mente.

La chica frunció el ceño.

Estos zapatos me están matando, pero resignación. Lo que sea con tal de gustarle a Brad. Y más vale que la repipi de Brenda Carlton no se vuelva a sentar a su lado, porque entonces vamos a tener más que palabras. Pero ¿dónde está este tío? Oh, ahí está ese chico tan mono. Henry no sé qué. ¿Cómo se apellidaba? Va al instituto Bathory y tiene un hermano mayor. ¡McMillan! Vaya, está bueno. ¿Y quién es ese otro flacucho y pálido que está a su lado? Uf, pobre, necesita un bronceado ya... y apuntarse a un gimnasio.

Vlad salió de su mente con un resoplido. Miró a Henry, que lo observaba con expresión expectante.

—¿Y? ¿En qué piensa?

Vlad miró a la chica y asintió.

—Piensa que estoy muy bueno.

Henry siguió su mirada.

—Guay.

Vlad consultó el reloj de la pared.

—La peli comienza dentro de diez minutos. Será mejor que nos pongamos a la cola.

Henry no apartaba la vista de una morena curvilínea que salía de una tienda de lencería.

—Una más.

Vlad gruñó.

—Vale, pero es la última. Después de esto necesitaré ver sangre.

Henry soltó una risilla.

—Te dará hambre. Siempre que ves pelis sangrientas te pasa lo mismo. Y mi madre no nos recogerá hasta dentro de dos horas. ¿Habías pensado en eso?

—Me da igual. Hace semanas que quiero ver esta peli. Así que venga.

—Una más y nos vamos. Te lo juro. —Henry señaló con la cabeza a la morena que se había detenido para buscar algo en su bolso—. Además, Otis te dijo que practicaras la telepatía. Esto lo hacemos por ti.

Con un suspiro de impaciencia, Vlad miró a la joven e intentó llegar a ella telepáticamente mientras sentía como si una mareante ola de sangre le inundara la cabeza.

¿Dónde narices habré metido las llaves? Como no me dé prisa, voy a llegar tarde a la cita con la depiladora al otro lado del pueblo. Vamos a ver, tengo la blusa nueva, los zapatos, el sujetador... Ahora solo me queda comprar los tampo...

Salió de su mente lo más rápidamente que pudo. Bajó la mirada al suelo y empujó a Henry hacia el cine de Stokerton.

Henry miró a Vlad, a la chica y de nuevo a su amigo.

—¿Qué pasa? ¿En qué estaba pensando?

Vlad se estremeció e intentó bloquear el último pensamiento de la joven.

—Confía en mí, es mejor que no lo sepas.

—¡Henry! —Un chillido familiar reverberó en el vestíbulo, cerca de la zona de los restaurantes. Stephanie Brawn, su hermana (Vlad no recordaba cómo se llamaba, de hecho, empezaba a sospechar que su nombre era «la hermana de Stephanie»), Carrie Anderson, y unos cuantos chicos moderadamente populares habían formado un grupo. Las chicas hacían señales a Henry para que se acercara y a Vlad se le revolvió el estómago. Varios de los chicos lo saludaron con la cabeza. Vlad cambió el peso de un pie a otro. ¿Qué esperaban que hiciera Henry? Su mejor amigo no iba a dejarlo tirado así como así. No después del tiempo que llevaban esperando para ver la película más sangrienta de la historia, y después de pasar todo el día leyendo la mente de las chicas que...

Henry le dio una palmadita en el hombro.

—Ahora vuelvo, colega.

Y antes de que Vlad pudiera gritarle «¡Tío!», Henry se dispuso a darse un baño de popularidad mientras él se quedaba allí de pie y con la boca abierta, como un pasmarote. La cerró casi inmediatamente y se metió los pulgares en los bolsillos de los vaqueros, mientras miraba a su alrededor en un esfuerzo por parecer guay y despreocupado. No estaba seguro de si lo estaba consiguiendo, pero una cosa sí sabía: su colega iba a tener que invitarlo a las chuches... si es que conseguían entrar en el cine, claro.

Al otro lado del vestíbulo, vio a un chaval flaco que le entregaba un folleto a un

chico gótico que pasaba por allí, y al que Vlad reconoció como uno de los que quedaban en las escaleras del instituto Bathory. Estuvo a punto de saludarlo con la mano, pero entonces cayó en la cuenta de que sería una tontería. En realidad no lo conocía; solo lo había observado desde su santuario secreto en la torre del campanario. Los dos chicos charlaron sobre la apertura de una nueva discoteca y luego el gótico al que Vlad no conocía siguió su camino hacia la sala número cinco.

Al menos alguien va a ver la peli Asesino psicópata del infierno con sierra mecánica, pensó.

Se volvió para mirar a Henry, que parecía compartir un secreto con la hermana de Stephanie. Los demás chavales del grupo lo contemplaban con ojos alegres y miradas de aprobación; un rollo, vamos. Pero así era Henry. Guapo, listo, con buenas notas, el alma de la fiesta, bronceado, y perfecto en todos los aspectos. Se mordió el labio inferior, pensativo, y volvió a consultar el reloj con un gruñido. Iban a perdersela, la mejor peli de todos los tiempos. Y todo porque Henry tenía que pararse a charlar con unos que ni siquiera eran amigos suyos.

Observó a su colega hablar con una chica y relajó la mente. No mucho, solo un poco. De repente, sintió cómo flotaba silenciosamente entre los pensamientos de su amigo.

—Me encantó probar tu brillo de labios sabor fresa el otro día después de clase — susurró Henry a su oído.

Luego se apartó y le guiñó un ojo a Stephanie, que se había puesto roja de celos al ver cómo tonteaba con su hermana pequeña... No tenía ni idea de cómo se llamaba... solo sabía que se dejaba besar y que no hablaba mucho, algo que, bien pensado, resultaba bastante complicado mientras estás labio con labio.

Vlad puso los ojos en blanco. ¿Es que su amigo solo pensaba en chicas? Respiró hondo y se concentró tal como Otis le había enseñado.

Henry se metió un dedo en la nariz y lanzó un moco al otro lado del pasillo.

Las chicas dieron un respingo del asco. Los chicos rieron, pero le dijeron que se tenían que marchar, y dejaron a Henry allí de pie, con la frente perlada de sudor, preguntándose por qué narices se había metido el dedo en la nariz delante de sus amigos.

Entonces miró a Vlad. Su sorpresa se mezcló con horror al comprender lo que había pasado.

La sonrisa de Vlad desapareció de inmediato.

—Henry...

Su amigo pasó a su lado en dirección al cine.

—No, ni me hables.

Apesadumbrado por la culpa, Vlad lo siguió, arrastrando los pies.

Entonces volvió a sonreír. Puede que la próxima vez le hiciera bailar *La Macarena*.

Tras gastar el dinero que les quedaba en dos entradas, un cubo extragrande de

palomitas, chocolate, chuches, pasas cubiertas de chocolate, gusanos de gominola y dos refrescos gigantes, Vlad y Henry se encaminaron hacia la sala nueve, donde estaba a punto de comenzar la película más repugnante de la historia. El cine estaba totalmente a oscuras y Vlad perdió de vista a su amigo mientras subía las escaleras. Pero al escuchar el crujido de las palomitas bajo sus pies, decidió seguir el ejemplo de Hansel y Gretel. Después de unos segundos, sus ojos se adaptaron a la oscuridad y descubrió una minifalda y unas piernas largas, bien torneadas, que subían las escaleras justo delante. En la parte posterior de las rodillas de la mujer, Vlad pudo distinguir una gruesa vena de color azul. Al mover la pierna, la vena parecía pulsar ligeramente. Los colmillos de Vlad se desplegaron al instante. Cerró la boca y se esforzó por apartar la vista de las apetitosas venas de aquella mujer. Miró al suelo, a otras personas, a cualquier cosa que no le recordara el hambre que tenía. Cuando llegó a su butaca junto a Henry, había logrado calmarse bastante.

Los tráileres ya habían comenzado. Vlad cogió su chocolatina y sonrió a Henry, cuya cara estaba a solo unos centímetros de las palomitas. No apartaba la mirada de la pantalla, mientras se metía montones de palomitas en la boca hasta que sus mejillas se hinchaban como las de una ardilla preparándose para el invierno.

En la pantalla, un joven con el pelo largo corría por un bosque entre gritos de pánico. Hubo un momento de silencio y luego un chillido, seguido por una enorme cantidad de sangre que salpicaba la cámara. Henry ahogó un grito. A Vlad le sonaron las tripas.

Dos horas después, los dos amigos salían del cine con la boca abierta. Henry tiró el cartón de las palomitas a la papelera.

—¡Qué flipe, tío! Esta vez los anuncios sí decían la verdad, es la peli más sangrienta de la historia.

Vlad dio un último sorbo a su refresco y dejó el envase en una papelera llena de latas.

—Pero acuérdate, si Nelly pregunta, hemos visto *Espía 009: Muere otra vez mañana y siempre*.

Greg, el hermano de Henry, los esperaba a la salida del cine con una sonrisa en los labios.

—Ya era hora. *Espía 009* ha terminado hace ya un buen rato.

Vlad sonrió.

—Sí, pero hemos visto *Asesino psicópata del infierno con sierra mecánica*.

Greg asintió.

—Yo la vi el viernes pasado. La escena con las tijeras de podar es brutal.

—Creía que nos vendría a buscar mamá.

Greg se encogió de hombros.

—Pues creías mal.

Los tres dieron un amplio rodeo para evitar los setos que crecían junto a la pared y caminaron hacia el coche de Greg. Vlad miró de reojo las plantas, recordando la

escena de la película donde salían las tijeras de podar, y tembló.

No podía ni imaginar lo que se sentiría al ser perseguido y cazado como un animal. Bueno, cazado, sí. Pero ¿y destripado? La idea lo hizo estremecer.

Asesino al por mayor

El cazador de vampiros abrió los cerrojos de la vieja caja de madera y deslizó los dedos sobre el suave terciopelo de su interior. Una a una, sacó las herramientas y las fue dejando con cuidado sobre un paño de algodón que había extendido sobre el suelo. Ya casi había llegado el momento de comenzar la caza. Tenía que asegurarse de que estaba preparado.

Sopesó el crucifijo de plata con una mano antes de depositarlo sobre la tela. Después cogió tres botellas de suero, un rosario, el hacha pequeña (regalo de su abuelo), y la estaca de madera... un bonito instrumento grabado con fuego y con la punta cubierta por plata pura. Se preguntó una vez más cuántos no-muertos habría abatido el tío de su abuelo con aquella misma estaca. El cazador siempre se acordaba de él cuando abría la caja. Después de todo, el «kit» de matar vampiros lo inventó aquel pariente lejano suyo, el profesor Ernst Blomberg, y llevaba en su familia desde mediados del siglo XIX. Era una antigua tradición, al igual que mantener en secreto el oficio ante todos los miembros de la familia que no hubieran matado antes o fueran a matar después. Había más de un centenar de familias cazavampiros, por supuesto, pero solo un cazador en cada generación se unía a la Sociedad de Cazadores. Y solo un cazador podía reconocer al próximo en la línea familiar.

El día que supo que él iba a ser el siguiente, no se sintió especialmente contento por formar parte de una antigua y honorable tradición. Y ni el honor, ni la fama dentro del cerrado círculo de la Sociedad fueron lo que lo convencieron para asumir su destino, sino Cecile. La preciosa y querida Cecile, con sus rizos dorados enmarcando una carita pecosa y sus grandes ojos verdes, que brillaban como esmeraldas.

Fue una noche especialmente oscura y tranquila, de hecho, lo despertó la ausencia de ruidos en la casa. Escuchó un leve sollozo proveniente del final del pasillo. Era Cecile, probablemente tenía una pesadilla. Como cualquier buen hermano, se acercó a su cuarto para ver cómo estaba, pero lo que descubrió allí aún lo atormentaba. Fue lo que le llevó a aceptar el puesto como cazavampiros. Era lo que le daba fuerzas, todos los días, para acechar a aquellas bestias y quitarles la vida.

Giró el pomo suavemente y la puerta se abrió. Sobre la pálida e inconsciente Cecile flotaba un vampiro de cuyos colmillos goteaba la sangre de su hermana. Después de aquello, todo se vuelve confuso. Pero lo que sí recuerda con claridad es que, al día siguiente de su funeral, hizo el juramento del cazador. Y justo antes de dar el golpe de gracia en todos sus duelos con vampiros, repite las mismas palabras: «Por

ti, Cecile».

Contempló sus herramientas. Todas estaban colocadas en perfecto orden. Le quedaba ya poca agua bendita, pero por lo demás estaba preparado. Hizo girar la estaca en sus manos y sonrió al recordar una vieja película en la que aparecía un cazador totalmente idiota con una bolsa llena de madera astillada. Qué ridículo. Un verdadero cazador solo necesitaba una estaca para matar a un vampiro. Una estaca y buena puntería. El corazón es un órgano pequeño y además está escondido detrás de la caja torácica. Si no aciertas a la primera, te las tienes que ver con un vampiro muy cabreado. Y eso es algo que conviene evitar.

Con un suspiro, recordó una de sus primeras cacerías. Fue bien. Mató al vampiro sin mayores problemas. Pero cuando se volvió para recoger sus herramientas, escuchó un ruido. Un silbido. Se giró hacia el monstruo no-muerto. El silbido se hizo más potente. Algo iba mal.

El vampiro estaba sentado.

Al parecer, había fallado y en lugar del corazón, le había atravesado un pulmón. Fue un error de novato, la primera y única vez que no acertó de lleno en el corazón. Pero aprendió la lección. Un pulmón perforado podía ralentizar a un vampiro viejo, pero no matarlo. Cuánto más se esforzaba por ponerse en pie, más fuerte era el silbido. Fue como enfrentarse a un motor que quiere chuparte la sangre. Volvió a clavarle la estaca y luego quemó el cuerpo, para asegurarse.

Dejó de nuevo la estaca en su sitio, dentro de la caja de madera de nogal, y siguió con las otras herramientas, limpiándolas con el extremo del trapo antes de colocarlas en su lugar. Aquellos utensilios eran sus compañeros, sus socios. Llevaba aquella caja con él desde que tenía diez años y algún día pasaría a otro miembro de la familia, quizá a un sobrino, una sobrina o alguno de sus propios hijos. No había forma de saberlo. Solo un cazador podía identificar a otro cazador, y aún no había reconocido a ninguno más joven que él dentro de su propia familia.

Se pellizcó el puente de la nariz y cerró los ojos con fuerza, intentando ahogar un bostezo. Fuera, el sol salía por el horizonte. Tenía tiempo para descansar, y luego, tras dar una vuelta por Bathory, comenzaría la caza del vampiro al que le pagaban por matar.

Halloween

Vlad se puso la capucha negra y contempló su imagen en el espejo. La única forma de superar el disfraz del año anterior era ir como aquella a la que todos, humanos y vampiros, temen.

La muerte.

Consultó el reloj y relejó durante un momento la última carta de su tío Otis.

Querido Vladimir:

Te pido disculpas. Esta carta será breve porque la escribo mientras espero el avión que me llevará a París. Te enviaré una más larga pronto, pero ahora mismo no tengo mucho tiempo. Siento que hayas tenido tan poco éxito con tus ejercicios de control mental, y no puedo evitar preguntarme si de verdad te estás esforzando, Vlad. Comprendo las dificultades que conlleva intentar controlar la mente de aquellos que están cerca de ti, pero con los desconocidos debería ser más fácil. Por favor, continúa practicando y veré qué puedo hacer para ayudarte en este tema.

Por favor, dile a Nelly que me gustó mucho recibir su última carta y siento no tener tiempo para responderle, pero que lo haré pronto. Lo prometo.

Cuídate.

Tuyo por toda la eternidad.

Otis

Vlad cogió su guadaña de plástico y bajó las escaleras. Nelly estaba llenando un gran caldero con ojos de caramelo y colmillos de diferentes sabores. Vlad se asomó al caldero y gruñó.

—¿Tenías que meter todos los colmillos? ¿No ha quedado ninguno para mí?

Nelly rio y echó otro puñado de caramelos al caldero.

—Tú ya tienes bastantes colmillos.

Sonó el timbre y Vlad abrió la puerta. Henry iba disfrazado de zombi, le faltaba un brazo y tenía la piel podrida. Joss en cambio, vestía unos pantalones de tela, una camisa abotonada hasta el cuello y un chaleco abierto. Vlad arqueó una ceja.

—Joss, creía que te ibas a disfrazar tú también.

Henry le dio un capón a su primo.

—¡Te lo dije! Venga, dile de qué se supone que vas.

Joss abrió los ojos como platos ante el enfado de su primo y dijo, como si fuera lo más evidente del mundo:

—Voy de antropólogo.

Vlad miró a Henry, que puso los ojos en blanco.

—Tío, ¿y no le podrías decir a la gente que eres un asesino en serie, o algo así?

¿Cómo voy a conseguir que Melissa baile conmigo con un primo antropólogo?

Joss se encogió de hombros.

—A lo mejor le gustan los antropólogos.

Nelly intervino con aquel tono de voz de madre que tanto le gustaba usar cuando iba a hablar de cosas serias.

—Espero que este año no haya sorpresas a medianoche.

Vlad arrugó la frente.

—No, ¿por qué?

Nelly sonrió.

—Bien, en casa a las once, Vladimir.

Vlad puso los ojos en blanco, pero no se atrevió a quejarse. En lugar de eso, salió de casa, seguido por Henry y Joss, y avanzó calle abajo. Estaban a mitad de camino de la casa de Matthew cuando vio a un trío de chavales que cruzaba la calle a toda prisa. Parecían nerviosos e iban en busca de golosinas. Tras un momento de confusión, reconoció al que iba en el centro, era el chico al que había asustado el año anterior. Sintió una oleada de culpa y lamentó haberlo hecho solo para impresionar a Henry y quedarse con sus pegajosos caramelos.

Henry le dio un codazo.

—¿Estás bien?

Vlad se ajustó la capucha y se encogió de hombros.

—Sí, guay.

Al final de la calle vio varios coches aparcados frente a una casa excesivamente decorada. Parecía que este año la madre de Matthew se había pasado de la raya. De pie, en el porche, había un grupo de chicas. En el centro se encontraba una diablesa vestida de rojo y cubierta de brillantina, armada además con un tridente. Meredith se apartó el pelo de la cara con una de las puntas del tridente de plástico. Vlad sintió que el corazón le golpeaba las costillas como si se le fuera a salir en cualquier momento del pecho.

Henry sonrió malicioso.

—Meredith está muy guapa esta noche.

Sí que estaba guapa, sí. Impresionante, la verdad. Pero eso no lo ayudaría a pensar qué decirle.

Desgraciadamente, Joss también se había fijado en ella.

—Vaya...

Tanto Vlad como Henry le lanzaron una mirada de aviso, pero él los ignoró o no se dio cuenta, porque los dejó atrás y subió al porche. Sonrió a Meredith, que a su vez sonrió a Henry cuando este agarró a su primo por la manga y tiró de él para que entrara en la casa. Vlad se ocultó detrás de sus amigos y también entró.

Quizá el año próximo se disfrazara de hombre invisible, eso le ahorraría muchos problemas.

Los padres de Matthew habían organizado la fiesta en su sótano recién

acondicionado; una gran habitación con dos sofás, una mesa de billar y una diana. El padre además había instalado una mesa de *disc jockey*, pero afortunadamente, cuando los chicos llegaron abajo, sonaba música que debía de ser de la colección de cedés de Matthew.

Había serpentinas de color negro y naranja colgadas en largas tiras retorcidas. Globos negros y naranjas flotaban por todas partes y chocaban contra el techo con las vibraciones de la música. Había chavales bailando, pero la mayoría daban vueltas en torno al ponche y reían. Cada pocos segundos, alguien hacía señas frenéticamente a Henry y gritaba su nombre. Vlad se preguntó cuánto tardaría en abandonarlo, pero en honor a la verdad, su amigo se mantuvo cerca de Vlad y Joss durante la primera hora.

Desgraciadamente, su popularidad se parece mucho a la gravedad. Es inútil luchar contra ella. Así que cuando Henry se volvió hacia él y murmuró que enseguida volvía, Vlad supo que no lo vería hasta después de la fiesta. Su amigo desapareció entre la multitud. Poco tiempo después, también perdió de vista a Joss, con lo que se quedó solo en una habitación con treinta personas más.

Henry y él eran tan diferentes que a veces no sabía si su amistad se debía a que se caían bien o al extraño vínculo de sangre que se establecía entre un vampiro y su lacayo. A Vlad no le gustaba comerse el coco con aquello porque si Henry no era su amigo de verdad, si todo por lo que habían pasado no era más que la consecuencia de su relación vampiro-víctima, entonces prefería no saberlo.

Sin embargo... a veces no podía evitar hacerse ciertas preguntas.

Se terminó el ponche, deseando que aquel líquido rojo fuera algo más que agua azucarada con sirope y avanzó entre los invitados. Subió las escaleras y se encontró fuera de la casa, en la tranquilidad de la noche. Todas las risas, las voces y el ruido le iban a dar dolor de cabeza si no tomaba aquel jaleo en pequeñas dosis. Salió al porche y caminó por el jardín.

Un chaval flacucho y desgarbado, con una cámara de 35 mm colgada al cuello, estaba sentado en el banco de una mesa de pícnic en el patio trasero. Pensó en volver a la parte delantera de la casa, pero el chaval parecía bastante triste y Vlad sabía lo mal que se pasaba cuando no lograbas encajar. Se acercó y le sonrió.

—Hola, Eddie.

Eddie apenas levantó la cabeza para mirar a Vlad. Su voz sonó suave y queda.

—Hola, Vlad.

Si había un chico todavía menos popular que él en el pueblo, ese era Eddie Poe. Los padres de Eddie tenían bastante dinero, pero aun así se empeñaban en comprarle la ropa en tiendas de segunda mano y dos tallas más pequeña. No parecían prestarle la suficiente atención para darse cuenta de que llevaba las gafas rotas desde hacía años, desde que Vlad podía recordar. Siempre iba con su cámara al cuello, su más preciada posesión. Vlad la señaló con la cabeza.

—¿Has hecho fotos de la fiesta?

Eddie se encogió de hombros.

—Aún no he entrado. Mi madre me ha obligado a venir. Yo quería quedarme en casa.

Vlad asintió. Entendía perfectamente por qué Eddie prefería estar en casa. Ya era bastante duro socializar con gente que fingía no verte, para encima tener que ir a una fiesta de Halloween sin ningún disfraz. Se quitó la capa y dejó la guadaña de plástico sobre la mesa.

—¡Jo, tío, qué calor da esto! —Alzó una ceja hacia Eddie—. Oye, ¿te importa ponértelo tú un rato? ¿O echarle un ojo a la guadaña por mí?

Una chispa iluminó los ojos de Eddie, pero enseguida le pudo más la desconfianza.

—Vale, pero... ¿por qué eres amable conmigo?

Vlad sonrió. La reacción desconfiada de Eddie era de esperar. Al fin y al cabo, casi todo el mundo en el colegio se metía con él, así que estaba acostumbrado a que cualquier gesto amable ocultara alguna broma de mal gusto.

—¿Amable? Te estoy pidiendo que me hagas un favor, me estaba cociendo con eso puesto.

Le pareció ver lágrimas acumulándose en los ojos de Eddie mientras se ponía su disfraz. El chaval cogió la guadaña y caminó con decisión hacia la casa. Se detuvo y dijo:

—Gracias.

Vlad se rascó la muñeca y se encogió de hombros, todavía sonriendo y sentado en el banco.

—De nada.

Esperó a que se marchara, pero los pies del chaval parecían pegados a la tierra. No apartaba la vista de él.

Vlad arqueó una ceja.

—¿Eddie? ¿Pasa algo?

Al ver el terror en los ojos del chaval, Vlad no esperó una respuesta. Algo pasaba. Y chungo, a juzgar por la acelerada respiración que agitaba el pecho de Eddie.

Iba a preguntarle qué le ocurría, cuando el chico susurró las dos palabras que lo habían perseguido en sueños durante años.

—¿Qué eres?

Vlad se encogió de hombros e intentó hablar con despreocupación, a pesar de que estaba totalmente desconcertado. Se pasó la lengua por los dientes. Nada. Los colmillos estaban en su sitio. Era un alivio, pero no bastó para calmar los latidos desenfrenados de su corazón.

—¿De qué hablas?

Eddie miró de reojo a la casa, como si estuviera calculando la distancia que lo separaba de la seguridad.

—No..., no eres humano, ¿verdad?

Vlad soltó una carcajada forzada que no le pareció convincente ni a él mismo.

—¿Que no soy humano? Tío, Eddie, ¿qué han echado al ponche?

Eddie agarró su cámara con fuerza, pero no salió corriendo.

—Eres una especie de monstruo, ¿verdad? Mi madre dice que los monstruos no existen. Pero yo vi uno el año pasado, y ahora... ahora estoy viendo otro, ¿verdad?

En su pecho, el corazón golpeaba con fuerza las costillas. En su cabeza, la reacción de lucha o huida comenzaba a declinarse por la huida, aunque de momento lograba resistir el impulso. Intentó mantener el control.

—No sé de qué me hablas.

—Tus ojos. Se han vuelto como morados por un momento. Eso no es normal, no es humano. —Eddie se estremeció, respiró hondo y soltó el aire—. ¿Qué eres?

Oh, no.

¿Cómo cambiaron sus ojos de color por sí solos? Vlad bajó la mirada a su muñeca y recordó que se la había rascado con la otra mano. Genial. ¿Ahora también iba a tener que preocuparse de no tocarse su propio tatuaje?

—Te diré lo que soy, Eddie. Un tío mosqueado. Deberías andarte con más cuidado cuando acuses a la gente. —Vlad sostuvo su mirada con la esperanza de que su sinceridad bastara para convencerlo.

El chaval abrió de nuevo los ojos como platos.

—¿Por qué? ¿Qué me vas a hacer?

—Nada, Eddie. —Vlad negó con la cabeza. Su corazón se había cansado de latir como loco contra sus entrañas y se había alojado, derrotado, junto al estómago—. Mira, creo que deberías hablar con tu madre y dejar de ver el canal de ciencia ficción. Solo soy un chaval, como tú. Ahora déjame en paz, ¿vale?

Una enorme luna llena iluminaba el cielo y, cuando Vlad se tumbó sobre el banco, la vio acompañada de un millar de estrellas titilantes. Escuchó las pisadas de Eddie mientras se alejaba hacia la casa y respiró aliviado. A sus oídos llegaba la música del interior del edificio, pero gracias a la distancia, su volumen era lo bastante bajo para que pudiera ignorarla. Dejó la mente en blanco. No quería pensar en nada que no fueran la luna y las estrellas. Una brisa fresca le acarició las mejillas y cerró los ojos.

¿Qué iba a hacer con Eddie? No se lo podía decir a Nelly ni a Otis, ya se preocupaban demasiado. Solo le quedaba esperar a que, cuando se levantara mañana, pensara que sus ojos le habían jugado una mala pasada en la noche más terrorífica del año. Después de todo, era muy fácil dejarse llevar por el ambiente de Halloween, con aquellas historias que se contaban sobre hombres lobo, fantasmas y vampiros.

Vlad tragó saliva, nervioso.

—Vaya, vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí, Tom. —Al oír la voz de Bill, Vlad abrió los ojos y se incorporó, pero Bill lo empujó contra el banco con la palma de su pesada mano.

Sobre él, y bloqueando la vista que tenía de la luna, estaba la enorme cabeza de Bill, con un diabólico brillo en los ojos. A su lado apareció, un segundo después, un

Tom de aspecto siniestro.

—Ahora sí que te vas a enterar, gótico.

Antes de que Vlad pudiera reaccionar, Bill lo tiró del banco y lo cogió en volandas. Vlad se resistió e intentó escapar.

—Déjame en paz, idiota —consiguió decir, además de un montón de tacos.

Bill lo sacudió y miró hacia la casa, preguntándose si habría alguna posibilidad de que los padres de Matthew saliesen a interrumpirlos. Pero dentro, la fiesta estaba en lo mejor y nadie pareció percatarse de que Vlad estaba en peligro. En peligro de verdad.

Antes de que se diese cuenta de lo que se le venía encima, Vlad sintió el grueso puño de Bill contra su mandíbula.

No le dolió. En realidad no. Pero notó que la cara se le calentaba y le subía un cosquilleo en la mandíbula que quizá fuera dolor, pero estaba demasiado enfadado para identificarlo como tal. Se libró de Bill, cayó al suelo e intentó mantenerse en pie, pero Tom se acercó y lo golpeó con fuerza en el estómago.

Eso sí que ha dolido.

Por un momento se le cortó la respiración.

Cuando por fin el aire volvió a llenar sus pulmones, tosió con fuerza y luchó por ponerse en pie. Casi lo había conseguido cuando Bill le dio un puñetazo en un ojo. A sus espaldas, o en algún lugar, no sabía exactamente dónde, Tom dijo:

—¡Chúpate esa, gótico! ¡Chúpate esa!

Vlad se llevó la mano al ojo. En la boca, sus colmillos habían emergido de las encías y se le estaban clavando en la lengua ya ensangrentada. El estómago le rugió. Sentía la garganta seca, cuarteada, con una sed casi incontrolable. Mantuvo la boca cerrada y, con el ojo bueno, lanzó una mirada asesina a sus atacantes. Estaba seguro de que podría esquivar a Tom y llegar a la acera, pero ¿luego qué? Esos idiotas se pegaban entre ellos por diversión y, a pesar de su aspecto desgarrado, corrían bastante rápido. Necesitaba un plan, y lo necesitaba ya.

El ojo le latía contra la palma de la mano. Su corazón bombeaba con tanta fuerza en el interior de su pecho que parecía que se estremeciera con un largo y continuo latido. Dio un paso a la izquierda y Bill y Tom lo imitaron. Vlad apretó los dientes. Tenía que esforzarse por mantener los colmillos ocultos.

—¿Cuál es vuestro problema?

Varios chavales de la fiesta habían salido al porche y contemplaban la escena con curiosidad. Algunos gritaron palabras de ánimo, en un intento por reavivar la pelea, pero la mayoría observaba con asombro y en silencio. Nadie llamó a un adulto o se acercó para ayudar a Vlad. ¿Y dónde estaban Henry y Joss?

Tom dio un paso hacia delante, pero Vlad se resistió a apartarse.

—Tú eres nuestro problema.

Unas manos se cerraron sobre sus hombros y lo empujaron. Bill y Tom comenzaron a zarandearlo de un lado a otro, como si fuera una pelota de *ping-pong*

humana. Bueno, medio humana. Vlad se apartó e intentó huir hacia la multitud, pero Bill lo cogió por el cuello de la camiseta y lo lanzó de nuevo contra el suelo. Tom le dio una fuerte patada en el pecho y el recuerdo de lo que sintió cuando D'Ablo le rompió una costilla se hizo dolorosamente presente. Se revolvió e intentó liberarse, pero el pie de Bill lo mantenía en el suelo. Tom sonrió y alzó un pie sobre su cara.

De repente, Vlad consiguió levantarse en un segundo, empujar a Tom con todas sus fuerzas y salir corriendo hacia la multitud.

Tom cayó con fuerza al suelo varios metros más allá, mientras soltaba un montón de tacos.

Vlad volvió la cabeza hacia donde había aterrizado el matón y se sorprendió al ver lo lejos que lo había lanzado con solo un empujón.

Henry se abrió camino entre los invitados y miró atónito a Tom antes de concentrar toda su atención en Vlad. Sus labios no se movieron, pero sus ojos le preguntaron si estaba bien. Vlad asintió y se quitó la hierba de los pantalones.

En ese momento, apareció la madre de Matthew por la puerta de atrás. A buenas horas.

—¿Qué narices está pasando aquí?

Bill ayudó a su colega a levantarse y salieron corriendo calle abajo, con Tom sujetándose el brazo derecho.

Vlad los contempló con una media sonrisa en los labios.

Henry le tiró de la manga y los dos intentaron escabullirse hacia la casa sin ser vistos, pero ya era demasiado tarde. La madre de Matthew descubrió la cara magullada e hinchada de Vlad. Los llevó adentro, envolvió hielo en una toalla y se la dio. Luego, para su horror, descolgó el teléfono.

—Hola, Nelly. Soy Karen, la madre de Matthew.

Henry se sentó junto a Vlad en el sofá y susurró:

—¿Qué ha pasado?

Vlad tenía la mirada fija en el suelo.

—Pues pasó lo de siempre, pero me las apañé yo solo.

Henry abrió mucho los ojos y Vlad no tuvo que leer su mente para saber lo que le iba a preguntar: «¿Cómo hiciste para dejar a Tom fuera de combate?». Pero antes de que pudiera decir nada, Mike Brennan se sentó a su lado.

—Nunca había visto a ese tío volar así... ¡Si es como un muro! —dijo.

Vlad miró a Henry, que parecía igualmente confundido. Mike rio.

Bastantes chavales le sonrieron, como si de repente hubieran caído en la cuenta de que habían presenciado algo transcendental. Vlad se apartó la toalla con hielo del ojo y se palpó los moratones con las yemas de los dedos. Aparte del dolor de haber sido golpeado por dos de los tíos más imbéciles conocidos por el hombre, se sentía bastante bien. Miró a su alrededor, pero no vio a Meredith.

Ni a Joss tampoco.

Vlad se volvió hacia Henry para preguntarle si había visto a su primo, justo

cuando se abrió la puerta principal y entró una Nelly furiosa, todavía con las zapatillas de andar por casa puestas. Henry se encogió en el sofá. Vlad deseó poder hacer lo mismo, pero no tenía ningún sentido retrasar lo inevitable. Se puso en pie y le devolvió la toalla a la madre de Matthew.

—Al coche, ahora —gritó Nelly.

Vlad suspiró y, con la cabeza gacha, siguió a Nelly hacia el coche. Apenas habían cerrado las puertas cuando Nelly alzó la voz, haciendo que Vlad se encogiera con cada sílaba.

—Vladimir, me has decepcionado. ¿Una pelea? ¿Qué será lo próximo? ¿Morder a la gente?

Vlad intentó no abrir todavía más los ojos, pero falló miserablemente. Mientras tanto, Nelly subía el tono una octava más.

—No le morderías a nadie, ¿no?

—No. —Vlad miró la manecilla de la puerta con tristeza y resignación. No había escapatoria una vez estabas dentro del coche—. Jamás lo haría, Nelly. Actúas como si no llevara catorce años ocultando quién soy. No soy ningún idiota. Ni se me ocurriría morder a nadie, aunque algunos lo merezcan.

Nelly pareció sopesar sus palabras durante un momento y luego, con voz más calmada, dijo:

—No quiero que te pelees.

Tras unos segundos, miró a Vlad como si esperara una contestación. No la recibió.

Nelly comenzó a conducir calle abajo y suspiró. La tensión en su voz casi había desaparecido, pero Vlad no se confiaba.

—Tienes que andar con más cuidado. Te podrían haber hecho daño. ¡O tú a ellos! ¿Y si perdieras el control? Allí mismo, delante de toda aquella gente.

—Tengo mucho cuidado. —No dijo nada de Tom. Todavía no estaba seguro de cómo lo había lanzado por los aires. Se reclinó en el asiento y miró por la ventana, deseando estar ya en casa para que aquella noche acabara cuanto antes.

—La gente no tardaría ni un minuto en ir a por las antorchas y los tridentes para echarte de la ciudad. —Nelly negó con la cabeza de nuevo, mientras detenía el coche frente a su casa. Se volvió hacia Vlad y se limpió una lágrima de la mejilla.

El dolor que Vlad sentía en el pecho era mucho peor que el del ojo. No solo le habían dado una paliza, sino que, además, la persona que más lo quería le acaba de recordar que era un friki.

—Y si intentaran... —Nelly no pudo seguir—. No lo soportaría. Perdí a tus padres, Vladimir. No puedo perderte a ti también.

Vlad bajó la mirada al suelo.

—Eso no va a pasar, Nelly. Solo fue una pelea. Mi secreto está a salvo.

Entonces se acordó de Eddie y sintió que se le revolvía el estómago.

Su tía guardó silencio durante unos segundos, pero respiró aliviada. Abrió a

puerta y luego añadió entre dientes:

—Creo que debería castigarte.

Vlad arqueó las cejas. Estaba casi seguro de que Nelly no lo haría, pero por si las moscas juró que se comportaría mejor durante las siguientes semanas. Además, ya se sentía bastante mal por haberla asustado tanto.

Aunque fue una gozada ver cómo Bill y Tom salían corriendo como un par de bebés asustados. Y se lo tenían merecido por meterse con chavales más pequeños.

Vlad abrió la puerta, y volviendo la cabeza para que Nelly no lo viera, sonrió triunfante.

Una invitación inesperada

Meredith estiró los brazos por encima de la cabeza y sus bonitos labios rosas se separaron en un bostezo. Desde el otro lado de la cafetería, Vlad suspiró y apartó la vista de ella. Sentados frente a él, en la misma mesa, Henry y Joss discutían, como siempre.

—Te digo que la hermana de Stephanie no besa mejor que Stephanie, ni de lejos.
—Joss negó con la cabeza, con media sonrisa en los labios.

Vlad le dio un trago al batido de chocolate de Henry y se mantuvo en silencio, intentando no pensar en quién sería el único tío feo del instituto Bathory al que Stephanie y su hermana todavía no habían besado. Aunque tampoco es que le apeteciera besar a ninguna de las dos.

Sus ojos encontraron de nuevo a Meredith.

Henry rio.

—¡Que sí, Joss! Stephanie besa muy bien, pero su hermana...

Vlad negó con la cabeza. Llevaban comparando notas desde hacía ya dos semanas, desde que Joss se enrollara con Stephanie un día, detrás del instituto, en lugar de quedarse castigado en clase. Qué asco.

—Vale, pues qué es lo que hace mejor, exactamente.

—Lo de la lengua. —Henry sonrió e incluso unos chicos mayores que compartían mesa con ellos soltaron sonoras carcajadas y chocaron los cinco con él.

Volvió a mirar a Meredith. Ella se dio cuenta, le sonrió y levantó un dedo a modo de saludo, pero Vlad notó que se ponía rojo, así que apartó los ojos y fijó la mirada en la mesa. Meredith era la única persona que le dejaba sin palabras. Se atrevió a mirarla otra vez y se topó con sus ojos. Entonces, cogió aire, despegó la mano de la mesa y saludó también.

Pero no estaba seguro de que lo viera porque, justo en ese momento, Melissa Hart se sentó frente a ella, acaparando toda su atención.

La discusión sobre quién besaba mejor duró hasta el final de la jornada, lo que le dio a Vlad una excusa para no contribuir a la conversación. Lo que de verdad le apetecía era pensar en cómo pedir disculpas a Meredith, si conseguía reunir el valor suficiente, y averiguar si Eddie había cambiado de opinión desde la fiesta de Halloween. Se estremeció al recordarlo.

El timbre que indicaba el final de las clases sonó y Vlad salió el edificio, flanqueado por Henry y Joss. Se ajustó la tira de su pesada mochila al hombro y entornó los ojos ante la brillante luz del sol.

—De hoy no pasa. Voy a llamar a Meredith.

Henry lo miró.

—No te ofendas, Vlad, pero has dicho esa misma frase todos los viernes desde que empezaron las clases, y aún no la has llamado.

Vlad se mordió el labio inferior, pensativo.

—Ya, pero hoy es diferente.

Joss y Henry le dirigieron sendas miradas de incredulidad.

Vlad suspiró. Probablemente tenían razón. Después de todo, hoy no era tan diferente de cualquier otro día, aparte de ser viernes, posiblemente el mejor día de la semana junto con el sábado. Aún no tenía ni idea de lo que le iba a decir, pero era la intención lo que contaba.

Después de una rápida caminata hacia casa, Vlad subió los escalones hacia la puerta principal y dejó caer la mochila cerca de las escaleras.

—¿Tía Nelly? ¿Estás en casa?

Nelly contestó desde la cocina.

—Estoy aquí, cariño.

Se encontraba junto a la encimera, cortando verduras en pequeños trozos y echándolas a una cazuela que tenía al fuego. Se limpió las manos en un trapo de cocina y le entregó a Vlad un grueso sobre.

—Llegó esta mañana.

Vlad miró el sobre durante un segundo y luego sonrió. Justo el empujoncito que necesitaba.

Lo cogió, lo abrió y se sentó en la mesa a leer.

Querido Vladimir:

Me siento a escribirte esta carta con gran emoción y alegría. Puede que tenga la solución para tus recientes problemas con el control mental, ¡pero antes deja que te diga lo entusiasmado que estoy con tu último éxito con la telepatía! Parece que tu poder telepático se está desarrollando maravillosamente, Vladimir, y estoy muy orgulloso de ti. Sin embargo, leer la mente de las chicas no es la mejor forma de conocer a las mujeres.

Bueno, vamos con la razón por la que te escribo hoy.

He estado hablando con Nelly y me ha dado permiso para que vengas conmigo a Siberia, Rusia, este mes de diciembre. Allí visitaremos a un antiguo amigo (mío y de tu padre también) llamado Vikas. ¿Recuerdas que alguna vez he mencionado al vampiro más viejo que conozco? Pues es él. Le he pedido que sea tu tutor durante nuestra semana de estancia allí. Si él no te puede enseñar a influir en los pensamientos y acciones de los que te rodean, nadie podrá. Sé que me harás sentir muy orgulloso, Vladimir. Y aunque ya no se encuentre entre nosotros, estoy seguro de que tu padre también lo estaría.

Yo además aprovecharé la estancia en Siberia para resolver unos asuntos. Se trata de algo que también te concierne, y tiene que ver con lo que sucedió la primavera pasada en Elysia. Te lo explicaré mejor cuando nos veamos. Te envío con la carta una lista de las cosas que debes llevar en el viaje. ¡Estoy deseando verte en diciembre!

Tuyo por toda la eternidad.

Otis

Vlad leyó de nuevo la despedida y alzó la vista hacia Nelly.

—¿Cuándo has hablado con Otis?

Nelly consultó el calendario.

—Oh, pues hará una semana.

Miró a Nelly con incredulidad.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No estabas en casa, cariño. Y luego no te dije nada porque sabía lo triste que te pondría no haber podido hablar con él.

Vlad apretó los labios y frunció el ceño. Era la segunda vez en dos meses que Otis había llamado justo cuando estaba en clase.

—¿Así que me voy de viaje con él?

Nelly sonrió.

—Antes tendremos que ir de compras, pero sí, puedes ir.

Vlad se metió la carta en un bolsillo, abrió la nevera, sacó una bolsa de A negativo y sonrió.

Alzó la vista y bloqueó con la mano la potente luz de las farolas. Otis estaba al borde de un edificio muy alto, mirándolo con enormes ojos llenos de pánico. Tenía un corte en la frente que sangraba profusamente. Se limpió la sangre con la manga y extendió el líquido rojo por toda su pálida piel.

—¡Vladimir, corre! ¡Corre y no mires atrás!

Pero Vlad no iba a dar la espalda a su familia. Se concentró con fuerza en su cuerpo y comenzó a elevarse más y más, con una velocidad y hasta una altura jamás alcanzadas. Se posó suavemente sobre el tejado del edificio y apartó a Otis del borde. Su tío negó con la cabeza y le suplicó entre lágrimas:

—Por favor, vete. No tienes ni idea de lo que es capaz.

Al otro lado del tejado, Vlad vio una figura en sombras. Apretó el hombro de Otis.

—Esta no es tu lucha. Es la mía.

Pero entonces, algo le pegó en un costado y perdió el equilibrio. Golpeó el tejado cubierto de alquitrán con la rodilla y escuchó un crujido. Se estremeció y maldijo en voz alta.

Alzó la vista y vio a Otis que lo miraba con ojos desorbitados. Alzó la mirada hasta la sombra, pero lo veía todo borroso y teñido de rojo, como la sangre.

Ahogó un grito y la escena se fundió a negro.

Sentado en la cama, con la frente perlada de sudor, sacudió las sábanas que se le habían enredado en los pies. Apartó la pesadilla de sus pensamientos y consultó el reloj. Eran las dos de la mañana, y fuera todo estaba oscuro como boca de lobo. Se vistió en silencio, se calzó y se puso la crema protectora, por si acaso se le hacía tarde. Se metió el Lucis en el bolsillo de atrás del pantalón, salió de su cuarto y pasó

por delante de la biblioteca. Una vez en la planta de abajo, se detuvo en la cocina para pillar algo de comer y salió de casa sin despertar a Nelly, ni a Amenti, el gato negro, gordo y mullidito de su tía.

A veces uno necesita estar solo para pensar y a veces el mejor lugar para hacerlo no es precisamente tu casa.

No tenía ni idea de lo que Otis había planeado para él en Siberia o si se llevaría bien con aquel vampiro al que no conocía de nada. Aparte de Otis y su padre, no había tenido mucha suerte en ese aspecto. ¿Y si no le caía bien? O peor aún, ¿y si Vikas no le caía bien a él? Iba a ser muy difícil aprender cosas de vampiros si el tío que le enseñaba se le hacía insufrible.

Vlad dejó escapar un suspiro nervioso y cruzó la calle. La luna llena aún flotaba en el cielo. Era dorada, como si alguien la hubiera sumergido en miel. El camino hacia el instituto Bathory estaba bien iluminado y vacío. Como su tía solía decir: a veces las cosas salían a pedir de boca.

Tras llegar a la parte posterior del edificio y asegurarse de que no lo seguía nadie, se detuvo a escuchar a los chavales góticos que se reunían en las escaleras. La voz de una chica se alzó sobre las demás.

—De verdad, Sprat, está encantado. Por eso cerraron la vieja iglesia. El cura se volvió loco a principios del siglo XIX y comenzó a matar a la gente que iba a confesarse. Se cargó a tres familias enteras antes de que lo pillaran, niños incluidos. Hay quien dice que se bebió su sangre en el cáliz de la eucaristía.

Vlad ahogó una risotada. Había oído esa historia antes de boca del hermano mayor de Henry, Greg. No era más que otra forma que tenían los mayores de asustar a los novatos. Por lo general, la historia iba aderezada con algún chaval vestido como un cura vampiro que saltaba de entre las sombras. Greg le había asegurado que esa era la peor parte; un susto de muerte, unas risas y cada uno a seguir con lo suyo. Todos los novatos tenían que sufrir alguna novatada, y aquella no era más que una entre las muchas que se hacían.

Vlad miró escondido tras la esquina a los chavales góticos y sonrió. Si supieran que había un verdadero chupasangre entre ellos...

La chica suspiró con cierta irritación.

—Si no me crees, espera y mira.

Vlad miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo veía y entonces se concentró hasta que su cuerpo se levantó del suelo. Levitar no era tan guay como tener el carné de conducir y coche propio, pero se le acercaba.

Por un momento sintió el impulso de bajar hasta donde estaban los góticos con los colmillos desplegados y preguntarles, con voz grave y tenebrosa, cuánto tiempo hacía que no se confesaban. A pesar de lo divertidas que seguramente serían sus reacciones, lo pensó mejor y siguió subiendo las cuatro plantas hasta alcanzar el campanario abandonado del instituto, adonde entró por uno de sus arcos abiertos.

La luz de la luna se derramaba a través de los arcos, iluminando la estancia, lo

que lo ayudó a localizar el mechero y las velas. Colocó tres en sendos candelabros cubiertos de cera y las encendió antes de sentarse en la vieja silla del despacho de su padre y pasar los dedos sobre su suave piel. No le resultó nada fácil subir la silla hasta allí. Consiguió arrastrarla desde su casa hasta el instituto sin muchos problemas, pero subirla tres pisos levitando demostró ser una tarea, cuanto menos, complicada. Al final, después de desesperarse y soltar muchos tacos, trajo un destornillador, desmontó la silla en cinco piezas, elevó cada una por separado y volvió a montarlas dentro del campanario.

Fue duro pero mereció la pena. Después de todo, todos los chupasangre necesitan un santuario. Y si Drácula tenía un ataúd, Vlad disfrutaba de una confortable silla.

A su izquierda y alineadas contra la pared, había varias pilas de libros que guardaba allí para ayudarle a pasar el rato. La mayoría eran viejos, novelas clásicas como *Alicia en el país de las maravillas*, que de pequeño le había dado bastante miedo y aún le ponía los pelos de punta. ¿A quién no le asustaría la historia de una chica que se cae a un extraño mundo lleno de animales que hablan y una reina sedienta de sangre?

Bueno, al menos Vlad se sentía identificado con la reina.

Pero había otros libros de autores más modernos y algunos que estaban prohibidos en el cole y en la biblioteca del pueblo. Vlad no entendía la lógica de prohibir libros. Diles a unos chavales que no pueden hacer algo y no te extrañe que, a pesar de tu empeño, acaben haciendo justo lo que no querías. A veces la gente mayor era bastante idiota. Que probasen a prohibir los deberes. Seguro que algunos padres comenzarían a ver los codiciados sobresalientes en los boletines de notas de sus hijos.

Vlad negó con la cabeza. Qué tonterías se le ocurrían.

En lo alto de la pila más cercana había un libro encuadernado en piel con la siguiente leyenda grabada: *Las crónicas de Tomas Tod*. Era el diario de su padre. Desde que lo encontró el año pasado, lo había leído más de cien veces y podía recitar pasajes enteros de memoria. Debajo estaba su propio diario, en el que garabateaba sus pensamientos íntimos y sus experiencias, con la esperanza de emular a su padre de alguna manera. El cuaderno escolar que utilizaba como diario ya casi estaba lleno y tenía los bordes doblados, pero Vlad todavía no había ahorrado suficiente dinero para comprarse una versión más chula con anillas y encuadernación de piel.

En el montón junto a los diarios había una foto enmarcada. Vlad sonrió al contemplarla.

—Hola, papá.

Sacó el aperitivo de la bolsa marrón que había traído y buscó en el fondo la cuchara que había cogido de la cocina. Sus colmillos se proyectaron al oler la sangre y no hizo nada para retenerlos en las encías. A veces, uno tiene que dejarse llevar.

Quitó el envoltorio de plástico que rodeaba la bolsa de sangre y se metió una gran cucharada de sangre gelatinosa en la boca. El olor de las últimas rosas del verano entró por los arcos abiertos del campanario. Procedía del galardonado jardín de la

señora Kipling, al otro lado de la calle. Vlad se reclinó contra el respaldo de la silla de su padre y terminó su tentempié, mientras pensaba en lo que Otis le había dicho la última vez que le habló sobre aquellas escapadas nocturnas: «D'Ablo tiene muchos amigos, debes estar siempre alerta».

Y Vlad no bajaba la guardia. Se pasó todo el verano mirando de reojo y asegurándose de que nadie con grandes colmillos lo seguía. Resultaba extenuante. Sin embargo, no vio ni rastro de ningún vampiro vengador al acecho. Comenzaba a pensar que Otis estaba un poco paranoico.

Pasó los dedos por el interior del plástico y chupó la sangre que había rebañado.

En el suelo, junto a la vieja silla de su padre, estaba el libro que Otis le había indicado que leyera: *Compendium de Conscientia*. Sin embargo, Vlad le había puesto el afectuoso mote de *Enciclopedia Vampírica*. Tenía varios centímetros de grosor. En la cubierta había un extraño símbolo y dos cierres que no podían abrirse con ninguna llave. Lo cogió y posó la mano sobre la portada. El glifo del libro, así como el tatuaje que tenía en la cara interior de la muñeca (dos líneas rectas enmarcando tres rayas oblicuas, todo dentro de un paréntesis), se iluminaron y los cierres se abrieron.

Pasó directamente a la página marcada con una nota pegada, a un tercio del inicio, y comenzó a leer el segundo párrafo con cierta dificultad.

Una multitud de Consejos vampíricos protegen y sostienen Elysia y hacen cumplir nuestras trescientas trece leyes. Cada Consejo se compone de un presidente, un vicepresidente, un secretario, un experto en asuntos académicos, un agente de control de incidentes, un coordinador y un tesorero. Las leyes elysianas fueron escritas por el Consejo de Elysia original, que se formó en el Paleolítico y nos regaló las bases sociales para vivir de acuerdo con la ley y el orden.

Vlad suspiró. Hasta la historia de los vampiros era aburrida.

Pasó varias páginas hasta llegar a otra nota pegada y pasó un dedo sobre una palabra que salía constantemente en el libro. Otis le había dicho muchas veces que no le diera más vueltas, pero había un problema: Vlad no podía evitarlo.

Pravus.

El año pasado, mientras se escondía en la copa de un árbol, había escuchado a D'Ablo hablar con Otis, y D'Ablo se había referido a él como el «pravus». En aquel momento no le dio mucha importancia, pero tras comprobar que en aquel libro le dedicaban varios capítulos, Vlad comenzó a dejar volar su imaginación. Se aplicó en sus estudios y ya casi podía leer el código elysiano sin problemas, sin embargo, esos pasajes aún se le resistían. Era como si no estuvieran escritos para sus ojos.

La voz de la chica gótica entró por los arcos.

—¡Kristoff! Andrew no lo decía en serio.

—Oh, claro que sí. ¡Y me quiere morder!

Ante aquello, Vlad escuchó con atención. Según parecía, a Andrew le había tocado hacer de cura vampiro aquel año. Salió a la cornisa.

Los chavales góticos ya no estaban sentados en su habitual sitio de las escaleras. Ahora el chico alto de pelo plateado estaba de pie sobre el más pequeño del grupo,

que llevaba unos guantes de rejilla y el pelo de punta, aunque ligeramente doblado al final. Vlad se puso de cuclillas sobre la cornisa y se inclinó un poco hacia delante. La chica gótica estaba junto a los otros dos, intentando separarlos con sus pálidas manos. Un cuarto miembro del grupo se había apoyado contra una farola y observaba la escena con aparente indiferencia.

El chaval en el suelo se encogió de hombros.

—Perdona, Kristoff. No pensé que te lo tomarías así.

—¡No voy a aguantar más chorradas de este estilo, Andrew! —Repuso el chaval del pelo plateado. Dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos de su abrigo —. Ahorra tus estúpidas bromas para Sprat. A mí déjame en paz.

Vlad rio y se apartó a un lado. Kristoff, ¿eh? Qué curioso. Cuando Vlad y Kristoff tenían dos años menos, Kristoff se llamaba David y tenía el pelo rubio.

Vlad cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo, ahogó un bostezo y luego se volvió hacia el libro para proseguir donde lo había dejado.

Toda Elysia se rige por las mismas normas. Se informa de los delitos al Consejo más cercano y los prisioneros se someten a juicio, donde se examinan las pruebas y se les da la oportunidad de defenderse. Si se considera que un miembro es culpable de haber quebrantado la ley, recibirá el castigo que el Consejo estime oportuno.

Las formas más comunes de castigo son: fustigar con látigo de cuero, exilio y servicios a la comunidad. Las sentencias de muerte son mucho más brutales, entre ellas se contempla el desmembramiento, la exposición excesiva al sol, morir desangrado por otro vampiro, y ser linchado y desmembrado por cuatro caballos sementales elegidos por el Consejo.

Tras el juicio, se celebra una fiesta en la que se castiga al prisionero, y el Consejo y los testigos celebran la gloria de Elysia consumiendo cantidades ingentes de la mejor sangre humana disponible, aderezada con porciones de bizcocho. Esta tradición se remonta a la invención de dicho dulce, que era el favorito del presidente del Consejo de aquel entonces, Peter Plogojowitsz.

Aburrido de estudiar, Vlad sacó la carta de Otis del bolsillo y la leyó de nuevo. Además de la lista adjunta, contenía una nota más pequeña escrita con letra retorcida:

Por favor, ten cuidado, Vladimir. Mis colegas me han informado de que es posible que un cazador de vampiros vaya a Bathory. No llames la atención. No le digas nada a Nelly, no quiero que se preocupe (y compartir con ella más información sobre las costumbres de Elysia sería terrible), y no vayas a ningún sitio solo; llévate siempre a tu lacayo contigo.

O.

Vlad leyó la nota varias veces. A la tercera, las palabras de su tío le golpearon el pecho, dejándolo sin respiración.

Iban a por él.

Leyó la nota una vez más y miró nervioso en torno al campanario, luego apagó las velas y se sentó en la oscuridad hasta que sus ojos se ajustaron a la pálida luz de la luna.

Su tío Otis le podía haber hablado de la existencia de los cazadores de vampiros antes de marcharse a principios de verano. O incluso al comienzo de la carta. Que hubiera por ahí un tío cargado de estacas y de odio hacia los vampiros no le parecía el

tema ideal para una posdata. Se trataba de una información crucial, sobre todo teniendo en cuenta que él era el único vampiro de Bathory.

Hasta el aviso de Otis, siempre pensó que los cazadores de vampiros solo existían en el cine o en la televisión. Después de todo, ¿quién iba a creer que hubiera tíos que se pasearan por ahí de noche con un crucifijo y una estaca? Ya puestos, también habría que creer en los hombres lobos y en el coco. La idea de que hubiera gente dedicada a cazar y matar vampiros, por la razón que fuera, hizo que se le formara un nudo en el estómago. Lo mejor sería no llamar la atención y no separarse de su gente. Si el cazador estaba camino de Bathory, quizá no se fijara en él. Pero si lo descubría...

Se estremeció.

Dobló la carta, la metió en el sobre y deseó que Otis regresara a Bathory antes de que el cazador se convirtiera en un problema.

Se besó las yemas de los dedos y tocó la foto de su padre. Echó otro vistazo a su alrededor antes de salir a oscuras al alféizar y bajar flotando hasta el suelo. Se sintió tentado a avanzar de árbol en árbol, para evitar cualquier encontronazo con alguien empeñado en empalar vampiros con una estaca de madera, pero estaba demasiado cansado. Solo le faltaba caerse de un árbol. Aunque se le curaran de las heridas mucho más rápido de lo normal, el dolor de los golpes y los moratones eran los mismos. La costilla que le rompió D'Ablo el año pasado se lo hizo pasar muy mal. Estuvo seis días con dolores constantes.

Le parecieron una eternidad.

Vlad se posó en el suelo, se frotó los ojos con la parte inferior de la palma de la mano y bostezó. Por el rabillo del ojo, le pareció distinguir un destello de luz, pero cuando miró directamente, lo único que vio fue el pálido cielo. La sensación de que alguien lo vigilaba trepó por su espalda con fríos y esqueléticos dedos. Bajó los brazos y miró a su alrededor, pero no tuvo que buscar durante mucho tiempo. Una figura oscura lo miraba desde el otro lado de la calle.

El cazador.

Vlad tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer inmóvil y no salir corriendo calle abajo entre gritos de terror. Quizá aquel tipo solo hubiera salido a dar un paseo nocturno y ahora se estaba preguntando quién sería ese chaval que rondaba el instituto a las dos de la madrugada. Tenía sentido. No había por qué preocuparse.

Pero por si las moscas...

Vlad proyectó su mente. De repente se encontró de pie, frente al instituto, observando a un chaval que probablemente no era lo que parecía. *Sí... este es. Y en cuanto derrame su sangre...*

Vlad sintió un extraño crujido en la cabeza y salió de los pensamientos de aquel hombre. La cabeza le latía al ritmo de su corazón acelerado. Miró al otro lado de la calle, pero el cazador ya no estaba allí.

Salió corriendo a toda velocidad, dobló una esquina hacia casa, mientras no

dejaba de maldecir por no haber mirado si había algún capítulo en su libro sobre los cazadores y sobre cómo defenderse de ellos. Sus pies se movían tan rápido que tenía la sensación de estar volando. Tras un breve vistazo al suelo, para comprobar que no era así, se fijó en las casas del vecindario. Ya casi estaba. Dobló la tercera esquina...

... y se dio de bruces con un cuerpo cálido, al que hizo caer.

Joss alzó la vista hacia Vlad.

—¿Tienes prisa?

Vlad lo ayudó a levantarse y negó con la cabeza.

—Más o menos. Si Nelly se entera de que no estoy en casa a estas horas me castigará para el resto de mis días. ¿Y tú qué haces por aquí? Me has dado un susto de muerte.

Joss señaló con la cabeza su mochila en el suelo.

—Colecciono bichos.

Vlad alzó una ceja, curioso.

—¿Y los metes en la mochila?

Su colega rio.

—Más o menos. Estoy pensando en ser entomólogo cuando sea mayor. Me gusta cazar insectos y observarlos durante unos días, aprender de ellos. En la mochila guardo unos cuantos tarros. Cuando termino, los suelto, claro.

—¿No te los cargas? —Vlad soltó una carcajada, aliviado de que Joss no fuera la tétrica sombra que buscaba su sangre y lo observaba desde el otro lado de la calle.

Joss lo miró sin decir nada.

—Eres un tío raro. —Vlad esperaba hacerle sonreír, pero en lugar de eso, su amigo pareció incomodarse.

Le agarró del hombro.

—Pero no tanto como yo. Al menos tú tienes aficiones interesantes. Yo solo leo. Eso sí lo consiguió. Una sonrisa iluminó el rostro de Joss.

—Bueno, yo también leo, así que, ¿quién es más raro?

Vlad pensó durante un momento y luego asintió.

—Henry —dijeron al unísono los dos.

Joss cogió la mochila y se la colgó al hombro. Los tarros pesaban bastante.

—¿Y qué haces tú por aquí tan tarde?

Vlad se encogió de hombros.

—Supongo que soy una persona nocturna.

Después de un momento, Joss sonrió.

—Yo también.

Secretos al descubierto

Vlad dio unos golpecitos en la puerta de Nelly.

—Me voy a ir ya.

Su tía tardó un poco en responder y su voz sonó pastosa por el sueño.

—Vale, ahora bajo.

Escuchó tras la puerta durante un momento hasta que la oyó levantarse de la cama. Le daba pena tener que despertarla antes de irse a clase, sobre todo cuando le había tocado trabajar en el turno de noche. Pero después de lo que les pasó a sus padres, la parte más supersticiosa de él insistía en que no debía dejar a nadie durmiendo cuando él se iba al instituto.

Una vez en el piso de abajo, dejó la mochila sobre la mesa de la cocina, junto a la crema protectora. Se estiró en la luz de la mañana, sacó una bolsa de sangre de la nevera y miró el teléfono.

Ahí estaba, burlándose de él. Remarcando lo ridículo de su situación: el año pasado había sido lo bastante valiente como para enfrentarse a un vampiro asesino, pero ahora era demasiado cobarde para llamar a Meredith y decirle que sentía no haberla besado cuando ella se lo puso en bandeja. Bueno... quizá no fue así, pero a Vlad no se le ocurría ninguna otra razón por la que se inclinara hacia delante con los ojos cerrados y poniendo morritos. Se mordió el labio inferior, pensativo durante un momento, y se acercó al teléfono. Antes de pensar en qué iba a hacer, descolgó el auricular y marcó.

Riiiiing...

El corazón de Vlad se detuvo y luego comenzó a latir desaforado, como si intentara sacarlo de aquel trance loco que lo dominaba.

Riiiiing...

Se tranquilizó un poco. Quizá no estuviera en casa. Quizá debería intentarlo más tarde, quizá...

—¿Sí?

El corazón le dio un vuelco en el pecho, como para decirle: «Te lo dije».

—Hola, soy...

—¿Vlad? —Su voz denotaba más curiosidad que enfado, algo de lo que se alegraba sobremanera.

—Sí. Te llamaba porque... —Frunció el ceño. ¿Por qué la había llamado? Aparte de para oír su voz, ¿para qué otra cosa? Tenía que darle una razón—, para pedirte...

—¿Para pedirme qué?

Vlad se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y habló antes de que la vocecita de su cabeza le dijera que se callase.

—Quería saber si tenías con quién ir al baile de la Nieve.

Meredith guardó silencio durante un momento.

—Vlad, ¿me estás pidiendo salir?

Vlad se aclaró la garganta. Dos veces. Después balbuceó algo ininteligible. Luego tosió.

—Es que... bueno, ya tengo plan para ese baile. —Hizo una pausa y seguidamente bajó la voz hasta casi un susurro—. Como no me llamaste después de la fiesta de la Libertad, no sabía si seguías interesado en salir conmigo. Así que, se lo pedí a otro.

A Vlad le entró el pánico.

—No, yo solo... te lo decía por un amigo.

—Oh, perdona, creía que...

Soltó una falsa carcajada.

—¿Yo? ¿Ir a un baile tan formal? Qué tontería. Tengo muchas cosas que hacer. Bueno, pues ya nos veremos, supongo.

—Sí, hasta luego.

Apenas le dio tiempo a terminar la frase cuando Vlad ya había colgado el teléfono.

Sintió que lo invadía el desánimo y la extraña certeza de que no tendría una segunda oportunidad con la chica de sus sueños. Le dolía el pecho y, por un momento, se preguntó si su corazón se habría roto en mil pedazos. Pero cuando se llevó una mano al pecho, percibió sus latidos. Eran más lentos, como si hubiese pasado por mucho en los últimos minutos, pero aún funcionaba.

Vlad mordió la bolsa y absorbió la sangre hasta que no quedó nada, después la tiró al cubo de basura específico para restos biológicos que había debajo del fregadero. Cogió la mochila y se dirigió hacia la puerta principal. Se le hacía raro que no lo esperara Henry, pero su colega llevaba unos días yendo antes al instituto debido a unas reuniones del consejo estudiantil. Aunque más raro todavía era que tuviera a otro amigo con el que quedar.

Vlad escuchó ruidos en el porche y luego lo vio por la ventana. Sonrió, abrió la puerta y salió al sol de la mañana. Si no fuera por Joss, las mañanas de Vlad de estas últimas semanas habrían sido bastante solitarias.

—Hola, tío.

—Hola, colega. ¿Listo?

Vlad suspiró y se recolocó la tira de la mochila.

—Claro.

Siguieron el camino que avanzaba entre las casas hasta que llegaron al instituto Bathory. Vlad alzó la vista al edificio y gimió.

—¿Por qué no puede ser viernes?

—Porque es martes. —Joss rio.

Stephanie Brawn pasó a su lado y sonrió.

No le sonreía a Vlad, claro. Pero estaba sonriendo.

—Hola, Joss. ¿Quieres un ejemplar del periódico del insti? —Su tono era tan meloso que le entraron ganas de vomitar. Nunca se acordaba de lo mal que le caía Stephanie... hasta que la oía hablar.

Joss le sonrió.

—Claro.

—Te veo luego, Joss —le susurró Vlad.

Subió las escaleras antes de que Stephanie pudiera decir nada más.

El hombre del tiempo había predicho nieve, así que no entendía por qué había tantos alumnos fuera, y tampoco estaba seguro de por qué leían con tanta atención el periódico del instituto. Nadie leía ese bodrio. Bueno, aparte de los deportistas y las animadoras, que disfrutaban de lo lindo cuando alguno de ellos salía en sus páginas.

Avanzó hacia la entrada y se detuvo para mirar de reojo. Varios chavales habían formado un grupo y estaban hablando de algo, pero no pudo entender de qué.

Se estremeció, entró corriendo en el edificio y fue directamente hasta su taquilla. Los compañeros que había en el interior del instituto también parecían absurdamente interesados en el periódico. Cuando Vlad vio a Henry, los nervios le habían formado un nudo en el estómago sin saber muy bien por qué. Señaló a los estudiantes que leían el periódico y preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

Henry estaba pálido. Tenía los ojos desorbitados, como Vlad no se los había visto nunca. Negó con la cabeza y le tendió una copia para que le echara un vistazo.

—Pues, según parece, se trata de ti.

En la portada había una foto borrosa en blanco y negro de alguien flotando en el aire, frente al campanario del colegio.

A Vlad se le detuvo el corazón. Luego, se puso de nuevo en marcha, a un ritmo tres veces superior al normal.

Negó con la cabeza.

—¿Quién la ha hecho?

Henry señaló el artículo que acompañaba la imagen.

—Parece que alguien te sigue de cerca.

Vlad relajó el brazo y dejó caer la mochila al suelo. Se apoyó contra la taquilla y leyó el titular en voz alta.

—¿«Un monstruo en Bathory»? Por Eddie Poe, colaborador de primer año.

Maldijo entre dientes, pero mientras leía rápidamente el resto del artículo, se dio cuenta de que Eddie era más problemático de lo que había pensado. En el artículo hablaba de monstruos, de unas «bestias inhumanas de ojos púrpura» que estaban invadiendo el pequeño pueblo de Bathory.

Según parecía, Eddie no había olvidado el cambio en los ojos de Vlad la noche de

Halloween.

Como había dicho Henry, Eddie lo había estado siguiendo. De hecho, se había acercado lo suficiente para verlo bajar del campanario una noche, y Vlad ni siquiera había notado el *flash* de la cámara. Con poderes extrasensoriales y todo. ¿De qué le servía ser medio vampiro si era incapaz de descubrir que lo seguía un pringado, cámara en mano? Terminó el artículo y maldijo en voz alta. Los colmillos se abrieron paso a través de las encías y tuvo que llevarse la mano a la boca para ocultarlos.

Eso era justo lo último que necesitaba.

Volvió a mirar la foto. Estaba borrosa, era gris y oscura. De hecho, si Vlad no supiera que se trataba de él, no podría reconocerse en aquella imagen. La verdad es que podría ser incluso la rama de un árbol, una rama muy pálida.

Dobló el periódico con un gruñido.

—Creo que Eddie y yo vamos a tener una pequeña charla.

Henry asintió.

—Yo también. Está en la biblioteca.

Vlad alzó una ceja antes de volverse hacia su taquilla.

—¿Escondido? Pensaba que iría pavoneándose por ahí por haber destruido mi vida, o que estaría intercambiando notas con Bill y Tom; según parece están en el mismo bando.

—Nadie te ha arruinado la vida. Nadie lo cree. Es de chiste. O sea, si lo hubiera publicado otro, todavía habría quien dudase, pero ¿Eddie? —Henry soltó una carcajada un tanto forzada—. El pobre tiene miedo de su propia sombra. Seguro que aún duerme con la luz encendida.

Vlad metió el periódico en la taquilla y murmuró:

—¿Y si le cree alguien, Henry? Con que convenza a uno o dos, mi tapadera saltará en mil pedazos. A Nelly le daría algo. Otis se pondría furioso. Eso sin mencionar cómo reaccionaría la población de Bathory al saber que entre ellos vive un monstruo que se alimenta de la sangre de los inocentes.

—Eh, por lo que sabemos, la sangre que tomas podría ser de algún psicópata asesino. Nelly no controla quién dona para tu cena.

Vlad negó con la cabeza. Su corazón no se había tranquilizado desde que vio el periódico.

—Eso da igual, Henry. Lo importante es que si...

—Vlad —Henry lo miró fijamente a los ojos—, todo va a salir bien. Confía en mí, ¿vale?

De repente se sintió mucho mejor. No importaba qué pasara, al menos podía contar con Henry. Asintió y sus músculos se relajaron un poco. Cuando apartó la mano de la taquilla, el metal estaba abollado. Durante un momento, Henry y él miraron perplejos el hueco que había dejado. Luego su amigo se aclaró la garganta y dijo:

—¿Aún quieres hablar con Eddie?

—Por supuesto. —Cerró la puerta de la taquilla preguntándose cómo había doblado el metal y se dirigió hacia la biblioteca.

Una voz profunda y potente atronó por el sistema de megafonía.

—¡Edgar Poe, preséntese en el despacho del director inmediatamente! Edgar Poe. Vamos, jovencito.

Vlad y Henry se miraron antes de abrirse camino entre sus compañeros hacia el despacho del director. Desde la entrada, escucharon al director Hardwick echarle la bronca a Eddie. En general oyeron voces y gritos ininteligibles, pero de vez en cuando comprendían alguna palabra:

—Irresponsable... nunca en todos mis años de director... tienes suerte de que no te... bromas de chiquillos... llamar a tus padres... nociones ridículas... perder el tiempo... castigado dos semanas... disculpas, ¡jovencito!

Tras un momento de silencio, se abrió lentamente la puerta del despacho y Eddie salió al pasillo con los ojos fijos en el suelo.

El enfado que se había acumulado en el pecho de Vlad perdió algo de intensidad. No mucho, pero sí un poco. Y lo reemplazó la compasión.

Las mejillas de Eddie estaban muy rojas. Parecía humillado. Derrotado, incluso. Cogió la cámara que colgaba de su cuello con ambas manos y dejó que la puerta del despacho se cerrara sola.

Los colmillos de Vlad volvieron a sus encías. No había nada que pudiera hacer o decirle a Eddie que no le hubieran hecho o dicho ya. Obviamente, aún seguía enfadado por la posibilidad de que descubrieran su secreto, pero estaba más enfadado consigo mismo; tenía que haber sido más cuidadoso. Eddie solo buscaba la forma de ser especial, de que los demás lo tuvieran en cuenta.

Al percatarse de que lo observaban, Eddie alzó la vista. En cuanto vio a Vlad, la vergüenza desapareció de su rostro y se vio reemplazada por la determinación.

Y fue entonces cuando Vlad supo que no serviría de nada decirle que había hecho una locura, o que nadie en Bathory creería lo que decía en ese artículo, como nadie creía tampoco lo que se publicaba en el *Weekly World News*. Tampoco valdría de nada recordarle lo bien que se había portado siempre con él, desde que fueron juntos a la guardería. Eddie estaba empeñado en descubrir el secreto de Vlad y desvelar a todos su naturaleza vampírica.

No necesitó leerle la mente para saberlo. Estaba todo en aquella mirada llena de obstinación.

Eddie asintió y se alejó por el pasillo arrastrando los pies.

Vlad lo contempló y se volvió hacia Henry.

—Tengo un problema, Henry.

Su colega suspiró sin apartar los ojos de Eddie.

—Sí, y se llama Eddie Poe.

Copos de nieve y recuerdos

Vlad abrió el libro por vigésima novena vez y lo volvió a cerrar de golpe. La música atronaba con un ritmo continuo, haciendo temblar la llama de la vela. ¿Cómo iba a concentrarse en la lectura cuando varias plantas más abajo, en el gimnasio del instituto, Meredith estaría deslizándose por la pista de baile con el tío guapo y encantador que la había llevado? Y él, que había sido demasiado cobarde si quiera para plantearse el pedirle otra cita, estaba ahora solo y sin ligue mientras sus dos mejores amigos se lo pasaban en grande con sus chicas. Era una situación bastante patética, así que Vlad hizo la segunda cosa menos mala que ir a un baile solo: subió a su santuario secreto en el campanario y se regodeó en su desgracia.

Y tenía todo el derecho a hacerlo. Henry había conseguido una cita con una guapa rubia cuya hermana gemela, casualidades de la vida, estaba totalmente loquita por su hermano mayor, Greg. Joss había tenido aún más suerte que Henry, había quedado con la chica más guapa de todo el pueblo.

No es que se lo mereciera, nadie merecía una noche con Meredith Brookstone.

Durante unos dos segundos después de oír que Joss iba a llevar a Meredith al baile, Vlad los odió con todas sus fuerzas. Luego sintió una extraña mezcla de culpa, incredulidad y desprecio hacia sí mismo. Él se lo podía haber pedido dos semanas antes, pero después de su primera cita no tenía muchas esperanzas de que le fuera a decir que sí.

Vlad intentó ocultar sus sentimientos, pero cada vez que Joss le preguntaba si podía creer que Meredith le hubiera pedido ir al baile, Vlad gritaba «¡No!» dentro de su cabeza. Y Joss no parecía pillar la indirecta. Así que al final, un día no pudo más y durante la comida le dijo que no, que no podía creer que le hubiera pedido salir, porque, ¿a qué chica le puede molar un entomólogo?

Joss lo evitó durante el resto del día, pero Vlad no pensaba disculparse. Su colega había roto la regla más sagrada entre amigos: no saldrás con la chica que le gusta a tu mejor amigo.

Lo único que sabía era que si el nombre de Meredith surgía en la próxima discusión de comedor sobre «quién era la que mejor besaba», puede que perdiera los nervios con su nuevo amigo.

Se reclinó en la silla y escuchó la música que entraba por los arcos de las ventanas. Su respiración formaba pequeñas nubes de vaho frente a sus labios. En el campanario hacía mucho frío, pero no estaba de humor para volver a casa y sentarse a ver cómo Nelly cocinaba platos navideños. Además, la idea de que probablemente

fuera el único chico, junto con Eddie Poe, que no iba al baile, le hacía sentir especialmente deprimido, así que, vampiro o no, Vlad cogió el Lucis y anduvo hasta allí sin dejar de mirar de reojo a todos los árboles y arbustos que se encontraba por el camino.

Aquella misma tarde había terminado de hacer las maletas para su gran viaje de vacaciones de invierno, pero como no había sabido nada de Otis, no estaba seguro de si tanta preparación había sido en vano. Así que, en lugar de quedarse en casa y caminar arriba y abajo comiéndose el coco, decidió subir al campanario y espiar a sus colegas mientras tiritaba de frío.

De momento, estaba mucho más tranquilo.

Acercó las manos a la luz de la vela para calentarse. El cierre de sus guantes sin dedos brilló en la tenue luz. A su lado, el retrato de su padre lo contemplaba con una sonrisa. La llama de la vela se encogió y, con una pequeña explosión de luz, se apagó. Era como si el campanario le estuviera diciendo que ya era hora de ir a lloriquear a casa.

—Sé pillar una indirecta —susurró en la oscuridad a quien quisiera escucharlo.

Miró hacia abajo, antes de salir por uno de los arcos, y flotó lentamente hasta un árbol cercano al aparcamiento. Desde allí, saltó al suelo de cemento. Así no dejaba huellas en la nieve que parecieran venir de ninguna parte, sobre todo debajo justo del campanario. Esas eran las cosas que le podían dar problemas.

La nieve crujía bajo sus zapatos mientras rodeaba la fachada de la escuela y, pese a que tenía mucho frío, aún no había saciado su curiosidad.

Había dos parejas junto a las puertas dobles del edificio. Reconoció a Henry al momento, a pesar de que no le podía ver la cara porque estaba dándole un espeluznante beso a su acompañante rubia. Parecía como si tuvieran dos ventosas por bocas y se hubieran quedado enganchados por el poder de la succión. Aunque quisieran separarse, Henry y la chica estaban atrapados. Y Vlad sospechaba que no les importaba lo más mínimo.

Pero también era posible que se intentaran arrancar los labios a mordiscos y entonces se preguntó, por un instante, si no le habría contagiado algo de su naturaleza vampírica cuando lo mordió con ocho años.

La otra pareja estaba de pie, en las sombras. No se besaban pero estaban muy cerca. La chica miró de reojo a Vlad, y le dijo algo a su cita, que asintió y entró de nuevo en el gimnasio. Meredith abrió las dobles puertas y salió.

Vlad tenía los pies pegados a la acera, pero no era por el hielo o la nieve.

Meredith se echó el chal de seda sobre los hombros de porcelana y, con un escalofrío, le dedicó una sonrisa.

—Hola, Vlad.

Vlad se aclaró la garganta, bajó los ojos al suelo y luego alzó la vista hacia las puertas, cualquier cosa antes que mirar a aquellos ojos perfectos.

—Hola.

Meredith cruzó los brazos. ¿Había salido, desafiando al frío, solo para saludarlo? Vlad sabía que tenía que decir algo, pero no estaba seguro de qué. Había decidido que sería algo relacionado con el tiempo o el instituto, pero entonces Meredith separó sus bonitos labios rosas y se le adelantó:

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Vladimir sonrió.

—Acabas de hacerlo.

—Sí, pero me refería a... —Meredith se mordió el labio y miró de reojo hacia la puerta. Henry y la rubia seguían pegados—. Es igual.

Cuando vio que daba media vuelta, Vlad tuvo ese arrebató de valor que tanto necesitaba.

—No, dime, ¿qué es?

Meredith se sonrojó, pero Vlad no sabía si era por vergüenza o por el intenso frío.

—Yo no te gusto, ¿verdad? Bueno, tengo la sensación de que me evitas desde la fiesta de la Libertad del año pasado. Y luego no me pediste que viniera contigo a este baile. ¿He hecho algo mal? O sea, además de pedirle a Joss que me acompañara para darte celos... —Se estremeció y lo miró con ojos suplicantes.

Vlad la contemplaba atónito. Había querido darle celos, por eso le pidió a Joss que fuera con ella. Jo, pues había funcionado.

Se quitó la cazadora y se la puso sobre los hombros. Meredith se lo agradeció con un gesto de cabeza y metió los brazos por las mangas. Vlad temblaba del frío, pero no pudo evitar sonreír. La visión de la suave piel de Meredith rozando su cazadora le valdría para mantenerlo caliente durante al menos los próximos minutos.

—No has hecho nada mal.

Meredith llevaba el pelo apartado de la cara, con pequeños rizos que salían aquí y allí sujetos por horquillas adornadas con copos de nieve hechos con circonitas. Los verdaderos copos de nieve comenzaban también a adornar su bonito pelo color chocolate. Vlad sintió como si el corazón se le quisiera escapar por la garganta. Meredith bajó la mirada al suelo.

—¿Pues entonces qué es?

Vlad tragó saliva, pero su corazón se negó a tranquilizarse.

—No lo sé.

Meredith lo miró a los ojos y Vlad casi pudo jurar que vio la amenaza del llanto en ellos.

—¿Seguro que no lo sabes? ¿O es lo que dice Chelsea Whitaker, que no piensas que sea lo bastante guapa para salir contigo? Porque a mí me gustas, Vlad. Me gustas mucho.

Vlad frunció el ceño, confundido. ¿Por qué narices Chelsea Whitaker se atrevía a opinar nada de Vlad, cuando su relación no había ido más allá de comentarios punzantes y estúpidas bromas que, por lo general, acaban con él castigado? Era mejor no pensarlo más. Estaba claro que jamás sería capaz de comprender las

complejidades de las chicas adolescentes.

Meredith tomó su mirada de confusión y asombro por algo que no era, porque se dio media vuelta bruscamente y se lanzó a subir las escaleras hacia las puertas dobles. Cinco escalones más y estaría en el interior para arrojarle a los brazos de Joss.

—A mí también me gustas —balbuceó Vlad.

Meredith se detuvo y dio media vuelta.

—No sé qué hacer, porque esto es nuevo para mí. Eres la primera chica a la que le he pedido salir. Supongo que no sé muy bien cómo funcionan las cosas. —Tragó saliva y se pasó la lengua por los colmillos. ¿Cómo era posible que Meredith estuviera por él? Era un rarito. Además de peligroso. Nelly siempre le había dicho que a las mujeres les gustan los hombres peligrosos. ¿Sería por eso? Quizá detectara de alguna manera el peligro y por eso se sentía atraída hacia él. O quizá no fuera nada de aquello—. Eso de invitar a Joss al baile en lugar de a mí fue inteligente, pero te digo una cosa... Chelsea se equivoca. Creo que eres la chica más guapa del mundo.

Tras una pausa, Meredith le hizo señas con un dedo para que se acercara. Vlad subió los escalones y estuvo a punto de caerse. Dos veces.

Meredith rio y le apartó unos copos de nieve de su mejilla sonrosada.

Tras sentir aquellos dedos contra su piel pensó que ya no necesitaba más para dar aquella noche por buena. Pero entonces Meredith se inclinó y le dijo:

—Eres muy dulce, Vlad.

Él le iba a decir que ella también y que cuando le dijo que era muy guapa, lo decía en serio, y que le habría gustado ser su pareja en el baile de la Nieve, pero que no le dijo nada por miedo a que lo rechazara. Pero no tuvo tiempo. Meredith lo besó en los labios.

Algo que probablemente solo duró unos dos segundos, en la mente de Vlad se prolongó toda una eternidad. Su corazón inició un viaje ascendente, salió por una oreja y estaba casi seguro de que se marcharía flotando sobre sus cabezas. Y entonces dejó de sentir frío. Meredith Brookstone lo había besado y él estaba en paz con el mundo.

Meredith subió las escaleras y abrió la puerta. Vlad la vio sonreírle antes de que las puertas se volvieran a cerrar con un chirrido. Alzó la mano y se tocó los labios con las yemas de los dedos. Su susurro se transformó en una nube gris de aire frío.

—Gracias.

Después de varios minutos frente al instituto, mirando las puertas totalmente ido, Vlad dio media vuelta y se dispuso a regresar a casa. Estaba a medio camino cuando se dio cuenta de que Meredith no le había devuelto la cazadora.

Temblando, aceleró el paso y se encogió ante la ventisca. Cuando llegó a su calle, tenía los dedos insensibles y los brazos congelados. Pero sus labios estaban calientes por el beso.

Se disponía a cruzar la calle cuando se fijó en un hombre que estaba en pie, en una esquina, observando su casa.

El corazón de Vlad entró de golpe en su cuerpo y se agarró a las costillas para no caerse.

El cazador.

Cruzó la calle corriendo, en dirección a su casa. En un abrir y cerrar de ojos, había sacado el Lucis del bolsillo de sus vaqueros y había posado el pulgar sobre el extremo. No estaba muy seguro de lo que le haría a un humano, pero aquello era todo lo que tenía. Apresuró sus pasos, tanto para proteger a Nelly de aquel loco, como para entrar en calor antes de idear algún plan. Quizá pudieran esconderse en Stokerton durante un tiempo. Aunque, considerando lo popular que era en Elysia tras hacerle un agujero a su presidente el año pasado, quizá aquello no fuera una buena idea. Abrió la portezuela del jardín y se disponía a entrar corriendo en casa cuando una figura oscura se interpuso en su camino. Vlad maldijo entre dientes y le apuntó con el Lucis, pero el cazador le agarró con fuerza la muñeca y consiguió desviar el arma antivampiros. Vlad miró el rostro de su atacante y sus ojos se abrieron como platos.

—Me tranquiliza ver que tomas tus precauciones, Vladimir. Me alegro mucho de verte. —Toda la cara de Otis era una gran sonrisa. Sus ojos, sus labios, sus mejillas, incluso la barbilla parecían irradiar alegría. Dio un paso hacia delante y abrazó con fuerza al asombrado Vlad. Cuando se separaron, le pareció ver un destello de alivio en los ojos de su tío... hasta que se fijó en sus labios y soltó una carcajada.

Vlad se frotó la boca con el dorso de la mano. Si Meredith le había dejado restos de pintalabios, mejor que lo viera Otis y no su tía Nelly. Lo último que necesitaba era que lo castigaran por enrollarse con una chica (tampoco es que se hubieran enrollado, pero a ver quién le explicaba eso a Nelly) cuando se suponía que había ido a tomar un refresco a la cafetería «Comidas», la única de Bathory. Bueno, en realidad se llamaba «Emporio de Comidas de la Tía Polly», pero no había ningún cartel en la fachada del edificio que dijera eso. Solo un gran neón en luces rojas y azules en el que ponía «Comidas».

Vlad respiró aliviado. No había ningún cazador. Todavía, al menos.

—Tío Otis, me podrías haber avisado o haberme llamado o algo. Ya pensaba que no venías.

Otis alzó una ceja, perplejo.

—¿No recibiste mi carta en la que te invitaba a venir a Siberia conmigo?

Vlad se encogió de hombros.

—Bueno, sí, pero eso fue hace un mes. ¿Dónde has estado desde entonces? Tengo que preguntarte muchas cosas sobre mis poderes.

—¿No has leído el libro sobre la historia de los vampiros que te dejó tu padre?

—Claro que sí —Vlad negó con la cabeza—, pero ningún libro tiene todas las respuestas. Además, te he echado de menos. ¿Dónde te habías metido?

La sonrisa volvió al rostro de su tío. Posó una mano sobre el hombro de Vlad y lo apretó.

—Yo también te he echado de menos. En cuanto a dónde he estado... bueno, ya

hablaremos de eso dentro.

Cuando se volvieron hacia la casa, Vlad sintió un extraño empujón en su mente. Miró a Otis y bloqueó sus pensamientos. Su tío frunció el ceño antes de seguir a su sobrino escaleras arriba. Estaba a punto de preguntarle por qué había intentado leer sus pensamientos, cuando la puerta se abrió y una sonrojada Nelly les dio la bienvenida con una sonrisa de sorpresa y un plato de galletas recién hechas.

—¿Otis?

Vlad miró a su tío, cuyos ojos brillaron al ver a Nelly.

—¿Qué tal, Nelly? Estás...

—¿Helada? Porque desde luego frío tengo. —Vlad pasó junto a su tía y se sentó en las escaleras, donde se quitó los zapatos y esperó a que terminaran de hablar entre susurros.

Nelly miró a Vlad.

—¿Y tu cazadora?

Antes de que pudiera contestar, Otis entró y cogió el plato que sostenía Nelly.

—Con trocitos de chocolate. Mis favoritas. Supongo que no tendrás nada por ahí que me caliente el cuerpo antes de lanzarme a por las galletas.

Minutos después, Otis, Nelly y Vlad estaban sentados en la mesa de la cocina, bebiendo en tazas de porcelana. La de Vlad se parecía a la de Otis en que estaba llena de sangre calentada en el microondas, pero Otis apenas bebió. Estaba concentrado en Nelly y de una forma que hizo saltar todas las alarmas en Vlad. Mientras su tía limpiaba la mesa, Vlad se volvió hacia a Otis.

—Bueno, ¿qué has estado haciendo, viajando por medio mundo?

El brillo feliz en los ojos de su tío se desvaneció. Resultaba evidente que le había recordado algo desagradable.

—Pues he estado huyendo, Vladimir. Yendo de un lado para otro e intentando aprender cosas.

Vlad tragó y se sintió culpable de repente.

—¿Y de quién huías? ¿De Elysia? ¿Es porque me ayudaste el año pasado?

—En parte, sí. D'Ablo tenía muchos seguidores, quebranté muchas leyes por ayudarte. El castigo, si me cogen, será más doloroso que la muerte. Pero no es eso solo. Hay cosas más oscuras de las que no te hablaré. Basta con decir que deberíamos disfrutar del tiempo que pasemos juntos. Las cosas buenas no duran mucho. —Otis miró de reojo hacia la ventana, como si de repente temiera la presencia de alguien más. De forma instintiva, Vlad también miró, pero no vio nada. Supuso que Otis se inquietaba por los fantasmas que lo acosaban en sus pensamientos.

Se inclinó hacia delante y susurró:

—Oye, necesito saber más sobre el cazador.

Pero los ojos de su tío estaban fijos en la ventana. Se levantó de golpe y cruzó rápidamente la habitación. Tras estudiar con detenimiento el panorama que se veía desde allí, suspiró cansado y apoyó la frente contra el cristal.

—Nieve. Solo es nieve.

Vlad se acercó con pasos cuidadosos y puso una mano en el hombro de su tío.

—Quizá necesites descansar.

Sin mirarlo, Otis negó con la cabeza sin mucha energía.

—No, descansa tú. Te necesitaré mañana. Salimos a las cuatro de la madrugada.

Vlad abrió la boca para protestar, su tío parecía exhausto. Cuando lo miró, algo en sus ojos le hizo guardarse sus opiniones para sí. Asintió y subió lentamente las escaleras. No había imaginado aquel momento así.

Vlad se tumbó en la cama y durmió de forma intermitente, hasta que una suave bola de pelo le rozó la frente. Con un gruñido se quitó a Amenti de la cara y se incorporó en la cama. El despertador de luz azul decía que era la una y media. Vlad se sentó y se frotó los ojos. El estómago le rugió con sus exigencias de medianoche, así que salió por la puerta y bajó las escaleras para picar algo.

La luz del cuarto de estar estaba encendida. Se asomó por una esquina, esperando encontrar a Otis roncando en el sofá o despierto y listo para contestar a las preguntas de Vlad sobre el cazador. Pero lo que vio lo dejó clavado.

Otis estaba sentado en el sillón de orejeras, con aspecto cansado y triste. Nelly estaba detrás de él, con una mano posada en su hombro. Otis le acarició la mano y la estrechó. Los dos sonrieron cansados y se miraron a los ojos, y mientras él los observaba, Vlad no pudo reprimir una sonrisa. Jamás había visto a dos personas que se sintieran atraídas de una manera tan evidente. No desde...

La sonrisa se esfumó de sus labios.

Sus ojos se inundaron de lágrimas.

No desde que sus padres murieron.

La escena frente a él cambió. Vlad tenía diez años y estaba levantado, a pesar de que ya era muy tarde. Pasó a escondidas por el pasillo en dirección al despacho de su padre, desde donde espiaba a sus padres mientras intercambiaban miradas de cariño y hacían manitas. Su madre estaba de pie, detrás del sillón favorito de su padre.

Aquella fue la última vez que los vio con vida.

A la mañana siguiente se levantó temprano, apagó el despertador para que durmieran más y se marchó solo al cole. Por la tarde, los encontró muertos.

Vlad se enjugó las lágrimas. Nelly arropó con una manta a Otis, quien a pesar de todo se estaba quedando dormido.

De repente, Vlad ya no tenía hambre.

Subió de nuevo las escaleras y, antes de meterse entre las sábanas, miró la foto de sus padres en el vestidor. Le sonreían, pero esta noche sus sonrisas parecían forzadas, casi como si intentaran ocultar el dolor que les producía no estar con él. Intentó bloquear la imagen de los cuerpos quemados, pero aquella terrible visión apareció en su mente como una ola de ceniza y humo.

Vlad abrazó la almohada, contempló de nuevo la foto de sus padres y lloró hasta quedarse dormido.

Siberia

Tras veintiséis horas en varios aviones que los llevaron desde Stokerton a Nueva York, luego a París y después a Moscú, Vlad estaba todo lo cansado que una persona puede estar. Parecía que el mundo entero viajara con ellos, porque todos los aeropuertos por los que habían pasado le habían parecido sitios especiales y desagradablemente concurridos. En cada avión había intentado echar una cabezadita, pero, según parecía, los auxiliares de vuelo eran como sabuesos que podían oler a una persona dormida a mucha distancia. En el tercer vuelo se convenció de que en el reglamento de aquella gente debía de haber alguna norma que los obligara a despertar a todo aquel que pareciera a punto de dormirse, ofreciéndole una bebida, algo para picar... o una de esas ridículas almohadas en las que apenas hay espacio para una oreja y que hacen imposible que uno apoye la cabeza contra la ventanilla.

Sin embargo, Otis no tuvo problemas para conciliar el sueño en el viaje de Moscú a Novosibirsk, porque estuvo roncando suavemente en su oído durante una hora hasta que Vlad sacudió el hombro. Entonces su tío resopló y volvió la cabeza hacia el otro lado, feliz de roncar en dirección a una señora con aspecto malhumorado, sentada al otro lado del pasillo. Miró por la ventana, pero solo vio nubes. Todo su cuerpo se sentía lleno de energía, pronto recibiría clases de telepatía de, en palabras de Otis, uno de los vampiros más viejos y de mayor talento del mundo. Cada vez estaba más nervioso y eso le impedía estarse quieto. Suspiró, y le dio un codazo a Otis.

Esta vez su tío abrió los ojos y se incorporó en su asiento.

—He debido de quedarme traspuesto. ¿Has dormido algo?

Como un perro acudiendo a la llamada de su amo, una azafata delgada con el pelo castaño le dio unos golpecitos en el hombro a su tío. Vlad puso los ojos en blanco antes de oírla decir:

—¿Desea algo de beber, señor?

Otis la despidió con educación y se volvió hacia Vlad, que negó con la cabeza.

—¿Por qué vamos a Siberia? ¿No es un sitio muy frío?

—En esta época del año sí, mucho. Pero en el verano es un lugar bastante cálido y hermoso. —Otis sonrió. Sus ojos brillaron y por un momento Vlad deseó poder estar juntos siempre. Como una familia, Nelly, Otis y él. Se preguntó si aquella fantasía se haría algún día realidad o si los vampiros de Elysia habían jurado solemnemente hacer todo lo que estuviera en su poder para que Vlad nunca tuviera una vida feliz o remotamente normal.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, algo que, desde luego, podía hacer,

Otis rompió el silencio.

—Siento no haber pasado más tiempo contigo, Vlad. Desgraciadamente, tengo razones para mantener las distancias.

Vlad se encogió de hombros.

—No importa. Sé que tienes que hacer cosas. Y las cartas me ayudaron.

Otis lo miró más animado.

—¿Ah, sí?

Vlad asintió.

—O sea, habría molado más poder usar mi telepatía para sacar notable en lengua, pero...

Su tío rio entre dientes.

—Oh, la de cosas que podría contarte sobre tu padre y los líos en los que nos metimos por leer las mentes de...

—¿Sí? Cuenta.

Para sorpresa de Vlad, su tío se sonrojó.

—Dentro de unos años. Cuando seas mayor. Digamos que nos dieron bastantes bofetadas.

Vlad, confundido, negó con la cabeza.

—Bueno, ¿y cómo es Vikas?

—Es amable, cariñoso, simpático... pero terco. —Otis sonrió y sacudió la cabeza—. Increíblemente terco. Y con mucho talento... el mejor profesor que he conocido.

Vlad se mordió el labio inferior durante un segundo.

—¿Crees que le caeré bien?

Su tío lo miró con ojos sonrientes.

—Vladimir, creo que es imposible que no le caigas bien. Adoraba a Tomas, y te pareces demasiado a tu padre.

Vlad suspiró feliz y se acomodó en su asiento. Quería preguntarle muchas cosas, quería saber cómo era vivir entre otros vampiros, por qué no podía leer los pasajes sobre el pravus en la *Enciclopedia Vampírica*, o por qué Otis no le había hablado antes de la existencia de cazadores de vampiros, pero la proximidad de los demás pasajeros hacía peligroso hablar de según qué temas.

Se reclinó y observó cómo dejaban atrás las nubes grises. Para su sorpresa, Otis lo despertó de un inesperado sueño. Salieron del avión y, después de una larga espera en la cola de la aduana, anduvieron entre la multitud hacia el frío exterior, donde los esperaba un taxi. Otis dijo algo en ruso y le ofreció al taxista un colorido billete con un quinientos impreso en él. El taxista cogió el billete y pareció sorprenderse, pero Otis se apartó de la ventanilla y guardó las maletas en el maletero.

Poco tiempo después, el taxi se detuvo frente a un pequeño edificio a las afueras de Novosibirsk. Otis le entregó al taxista otro billete de quinientos rublos y el hombre dijo algo que debía de significar «gracias» en ruso.

Salieron del vehículo, Vlad se subió el cuello de su abrigo nuevo y se bajó el

gorro para que le tapara las orejas. Sabía que en Siberia hacía frío, pero las temperaturas bajo cero parecían mucho menos heladoras en la pantalla del ordenador.

La puerta del edificio se abrió y salió un hombre vestido con varias prendas de lana. Una gran capucha le cubría la cabeza y, aunque llevaba una bufanda sobre la parte inferior de su rostro, Vlad supo que no estaba sonriendo. El hombre farfulló algo en ruso. Su tío le contestó en un tono amable que se volvió ligeramente amenazador. El hombre guardó silencio y miró a Vlad. Asintió y los condujo hacia la zona de atrás, donde los esperaba un trineo. Atados a la parte delantera había nueve perros. Vlad escuchó a Otis y al hombre discutir sobre algo durante unos minutos, mientras él se acercaba al perro más grande. Se quitó un guante. Los ojos azules del perro brillaron y le olió la mano.

Otis se acercó y rascó al animal detrás de las orejas.

—Son bonitos, ¿verdad? La familia de Dimitri lleva años criando huskies.

Vlad miró al hombre que los observaba con los ojos entornados mientras se guardaba papeles de llamativos colores en el abrigo.

—¿Le has dado dinero?

Su tío asintió.

—Veinte mil rublos por alquilar el trineo y los perros.

Apartó la mano del perro y abrió mucho los ojos.

—Parece mucho dinero.

Otis se inclinó para comprobar los arneses de los animales.

—Son unos setecientos dólares estadounidenses. Un precio justo, sobre todo si consideramos lo que estos perros van a tener que hacer.

—¿Y qué van a tener que hacer? —El viento arreciaba y atravesaba las diferentes capas de ropa de Vlad con tanta facilidad como un cuchillo caliente la mantequilla. Le dio un escalofrío y apretó los dientes.

Satisfecho con los arneses, Otis pasó a la parte posterior, ató las maletas al trineo e hizo señas a su sobrino para que se sentara en el rectángulo de madera frente a él.

—Nos van a llevar a un pueblo escondido de Elysia.

Vlad se sentó en el trineo y se tapó las piernas con una manta. Otis se había subido también y estaba ocupado ajustándose los guantes. No parecía que el frío lo molestara. Vlad se subió la manta hasta la nariz y dijo:

—Pero yo pensaba que Elysia estaba en Stokerton.

—¿Recuerdas lo que te dije antes? Elysia está en todo aquel lugar donde los nuestros se reúnen y se hacen compañía. Vamos a viajar al pueblo oculto de Elysia, donde está la sede del Consejo Siberiano. —Otis dijo algo a los perros que Vlad no comprendió. El viento soplaba fuerte. Aullaba en sus oídos mientras Otis, él y los perros avanzaban rápidamente sobre un terreno desolador. Atravesaron bosques y montañas deslizándose sobre kilómetros y kilómetros de nieve. Vlad se acurrucó bajo la manta y ni él ni su tío dijeron una palabra.

El cielo se volvió negro y salieron las estrellas. Vlad ya no sentía los dedos de los

pies.

Después de lo que le parecieron siglos, Otis detuvo a los perros y caminó hacia la cima de una colina. Allí aguardaban dos hombres, ambos cubiertos de pieles de pies a cabeza. Los tres hablaron y, con una inclinación de cabeza, Otis se dirigió a Vlad.

—Ven. Estos hombres cuidarán de los perros. El pueblo está al otro lado de esta colina, en el valle.

—¿Cuándo veremos a tu amigo? —Intentó recordar el nombre que su tío había mencionado de pasada en su carta.

—¿Vikas? —Otis esbozó una sonrisa de medio lado y sus ojos se dirigieron a algo detrás de Vlad—. Estás a punto de conocerlo.

Se dio la vuelta con la respiración entrecortada por los nervios.

Un hombre alto, de anchas espaldas, se acercaba desde el bosque. Llevaba un gran abrigo de pieles gris y blanco y unas botas altas negras. Su ondulante pelo castaño le llegaba casi hasta los hombros. Sonrió y sus fríos ojos azules brillaron.

Otis se acercó hasta él y lo rodeó con sus brazos.

—Vikas, me alegro mucho de verte otra vez, viejo amigo.

Vikas devolvió el abrazo y le dio unas fuertes palmadas en la espalda.

—Siempre es un placer verte, amigo. —Sus ojos se centraron en Vlad—. Así que este es el hijo de Tomas.

Por un momento, a Vlad le pareció apreciar en su mirada un toque de inquietud. Se quitó los guantes y le tendió la mano. Su piel estaba fría, pero le estrechó la mano con fuerza.

—Será un honor enseñarte. Tomas es mi amigo más querido... junto con Otis, claro.

Vlad sonrió aliviado. Casi había esperado que Vikas lo mirara mal por ser solo mitad vampiro, pero pudo ver por sus ojos que era un alma amable y que había querido mucho a su padre.

—Me alegro de conocerte. Otis me ha dicho que eres el vampiro más viejo que conoce.

Vikas sonrió afectuoso.

—Y dice la verdad, jovencito. Pero se olvida de que también soy el más guapo, el más simpático y el más...

—Humilde. Te dejas lo de humilde. —Otis sonrió, cansado.

Vikas soltó una carcajada y se volvió hacia Vlad.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Vlad.

Vikas asintió, sus ojos de repente mostraron preocupación.

—Un bonito nombre ruso.

Vlad se encogió de hombros.

—Bueno, en realidad es Vladimir.

—Sigue siendo un nombre ruso, bonito y potente. Significa «reinar con paz». —

Vikas sonrió, pero a Vlad no le pareció una sonrisa sincera—. Debéis de estar hambrientos por el viaje. Venid. Comeremos y me contarás qué ha sido de Tomas estos últimos quince años. —Dio unas palmaditas en la espalda a Vlad y comenzó a caminar hacia la cabaña más grande del valle que se abría a sus pies.

Otis y Vlad intercambiaron miradas y lo siguieron.

Vikas

Dentro de la cabaña parecía que estuvieran de fiesta. Vikas se detuvo frente a la gran puerta de madera que, para sorpresa de Vlad, no tenía pomo, sino un intrincado glifo grabado en su centro. Vikas lo tocó y el extraño símbolo brilló con una luz fría. Vlad deseó poder ver los ojos de Vikas para saber si le habían cambiado de color como le sucedía él cada vez que tocaba un glifo, pero era imposible desde donde estaba.

La puerta se abrió y Vikas entró en la cabaña. Otis lo siguió. Se oyeron voces de bienvenida. Pero cuando apareció Vlad detrás de su tío, todos se volvieron a mirarlo y en la habitación se extendió un estruendoso silencio.

Vikas hizo un gesto para que siguieran con la fiesta, y casi de inmediato volvieron a lo que estaban haciendo.

Pero esa sensación, esa percepción espeluznante y sobrecogedora de que todo el mundo lo está mirando, se adhirió con fuerza a su pecho.

En un extremo, presidiendo la larga mesa de madera en el centro de la habitación, había una silla con un gran respaldo. A ambos lados había bancos de madera y pequeños taburetes semicirculares. Vikas se sentó en la gran silla en el extremo de la mesa e indicó a Vlad y Otis que ocuparan un asiento a cada lado. Cuando se hubieron acomodado, Vikas contempló a Vlad.

—¿Te gusta la carne?

Vlad movió los pies y contempló la sala. Si allí eran todos vampiros, desde luego no lo parecían. Un hombre grueso se lanzaba a por un muslo de pollo mientras, enfrente, una mujer masticaba pensativa un trozo de jamón. Le entraron náuseas ante la idea de comer carne, sobre todo si estaba cocinada. Negó con la cabeza.

—No mucho.

—¿Solo bebes sangre? Te han educado bien. —Los labios de Vikas se curvaron en una leve sonrisa y le dio una palmada en la espalda. Un hombre joven, el más joven de los que estaban junto a Vlad se acercó y le puso una copa de estaño entre las manos. Estaba llena hasta el borde de algo que parecía y olía a sangre. Llenó también el vaso de Otis y luego el de Vikas, que le dio las gracias con un movimiento de cabeza.

—*Spasiva*, Tristian.

Vlad miró a Otis y este asintió. Se llevó la copa a los labios y dio un sorbo. El líquido estaba caliente y condimentado. Cero positivo, estaba seguro, pero detrás de ese sabor metálico había un toque de especias. Se le vinieron a la cabeza hierbas del tipo jengibre o incluso *curry*.

Otis no bebía. Solo miraba su copa como si allí fuera a encontrar las palabras idóneas para contarle a Vikas que su amigo, el padre de Vlad, estaba muerto. Cuando alzó la vista, pareció haber perdido el valor.

—Te agradezco que accedieras a enseñar al niño, Vikas. Significa mucho para los dos. Sé que Tomas te diría lo mismo si estuviera sentado hoy aquí.

—Será un honor enseñar al chaval las tradiciones de Elysia, como enseñé a su padre y a su tío. —Vikas sonrió y vació su copa. Se la tendió a Tristian que la llenó de nuevo sin dudar—. Bueno, Vladimir, ¿qué te parece Rusia hasta ahora?

Vlad intentó pensar en algo agradable que decir. No fue difícil. El campo que había atravesado en el trineo tirado por perros le pareció espectacular. Pero pensó que sería muy poco original decirle a Vikas que su país era bonito, así que se aclaró la garganta y optó por lo segundo que se le ocurrió:

—Hace frío.

Todos los que estaban sentados a la mesa lo miraron fijamente de nuevo. Y de repente, todos los vampiros a la vez rompieron a reír. Vikas hizo lo mismo.

Vlad suspiró aliviado.

Esa extraña sensación de que todos lo observaban pareció diluirse... aunque no del todo.

Vikas se relajó en su silla.

—Es cierto que es una mujer fría, nuestra madre Rusia, pero su belleza es incomparable y su lealtad inmutable. Siberia es uno de los últimos territorios vírgenes del mundo.

Comieron y bebieron durante más de una hora, Otis incluso lo convenció para que probase un poco de ternera a la Strógonoff. Cogió un trozo con salsa e inmediatamente lo escupió en una servilleta, pero al menos lo había intentado. Después, Vikas indicó con un gesto a Tristian que volviera a llenar su copa de sangrevino.

—Y dime, Mahlyenki Dyavol, ¿cómo le va a mi amigo Tomas? Lo echo mucho de menos.

Vlad se quedó algo confundido al oír aquel extraño nombre y miró a Otis. Los ojos de su tío brillaron y Vlad se aclaró la garganta. Alguien tenía que decírselo.

—Siento ser yo quien te lo cuente, Vikas, pero... mis padres murieron en un incendio hace cuatro años.

Un triste silencio se fue haciendo en la sala. Rostros asombrados se giraron para mirar a Vlad. Un vampiro dejó caer el muslo de pollo en el plato. Las copas de sangrevino se posaron de nuevo sobre la mesa.

Vikas se reclinó sobre el respaldo de su silla y, con una terrible mirada de dolor e incredulidad en sus ojos, se dirigió a Otis.

—¿Es cierto? ¿Tomas está muerto?

Otis asintió y Vikas bajó los ojos. Por un momento pareció que la fiesta había terminado, pero entonces el viejo vampiro alzó su copa y gritó:

—¡Por nuestro camarada caído!

Todas las copas se alzaron y como una sola voz los vampiros gritaron:

—¡Por nuestro camarada caído!

Los ojos de Vlad se inundaron de lágrimas, no tenía ni idea de que su padre fuera tan querido.

O que hubiera estado en Siberia.

Al otro extremo de la mesa, un grupo de vampiros comenzó a cantar con fuerte acento ruso. Se mecían de un lado a otro mientras sus voces subían y bajaban. Vlad sonrió y los escuchó, preguntándose qué estarían diciendo. Otis se inclinó y se lo explicó:

—Cantan en honor a tu padre, es un himno de hermandad y valor. Una vieja canción que Tomas solía cantar en la Edad Media, cuando volvía triunfante de su jornada de caza. Por aquel entonces, gran parte de la sangre humana estaba contaminada por la Muerte Negra. Muchos vampiros sobrevivieron aquella oscura época gracias al talento de tu padre.

Vlad se volvió hacia Vikas, que parecía estar esperando su mirada.

—¿Lo viste? ¿El incendio?

Vlad asintió lentamente y cogió la copa de la mesa. De repente, ya no tenía hambre.

—Mañana celebraremos un funeral en su honor, una ceremonia que afortunadamente no es muy habitual entre los vampiros. —Vikas cogió la jarra de Tristian, sirvió a Vlad y después le devolvió la copa—. Pero hoy, ahora mismo, brindaremos por la memoria de tu padre, y tú, Mahlyenki Dyavol, nos contarás todos los detalles de aquel terrible suceso. Ningún vampiro debería sufrir una pérdida tan terrible en soledad. Somos una familia y lloraremos la pérdida de Tomas como si fuéramos uno.

Los ojos de Vlad se llenaron de lágrimas calientes que acabaron empapando sus mejillas.

Cuando alzó la vista, vio que Vikas también estaba llorando. Entonces dijo:

—Fue culpa mía.

Otis y Vikas se miraron. Su tío negó con la cabeza y Vikas se recostó en su silla.

—Cuéntame qué pasó.

Respiró de forma entrecortada, pero cuando comenzó a hablar de nuevo, las palabras parecían salir solas de su boca, mientras veía con toda claridad lo que ocurrió aquel día como si estuviera sucediendo en ese mismo momento.

—Aquella mañana me levanté temprano y me metí en su cuarto para desconectar el despertador. Nunca dormían hasta tarde, ¿sabes? Así que pensé que sería bonito prepararme solo para ir a clase y dejarlos descansar. Si no lo hubiera hecho... si no hubiera desconectado el despertador, no habrían estado dormidos cuando el fuego se inició.

Otis estaba sentado con rostro inexpresivo y los labios blancos. Vikas indicó a

Vlad que bebiera de su copa y este le hizo caso.

—¿Estabas allí cuando comenzó?

—No, estaba en el cole. Alguien envió a una chica a buscarme a clase. Le pregunté si me había metido en algún lío y me dijo: «No, hay un incendio en tu casa». Ya está. Sin empatía, sin pena. «Hay un incendio en tu casa», como si eso pasara todos los días. —La rabia secó las lágrimas de Vlad. Frunció el ceño y negó con la cabeza. Tras un momento, habló de nuevo, pero esta vez con voz más baja, como si contar aquellas cosas en voz alta pudiese despertar a algún monstruo oculto en su interior—. Entonces volví corriendo a casa. El humo salía por las ventanas de su dormitorio.

»Había un camión de bomberos, varios coches de policía y una ambulancia, creo. Está todo un poco borroso. Pasé corriendo e intenté subir. Tenía que encontrar a mis padres, asegurarme de que estaban bien. Pero entonces, cuando llegué a su cuarto...

Vlad rompió a llorar. No podía controlarse. No quería controlarse. Sus padres estaban muertos. Muertos, y nunca, jamás regresarían. Peor aún, no sabía con seguridad si había sido un accidente o si alguien prendió fuego a la casa pensando que así hacía justicia.

Se frotó los ojos con la manga y continuó, aunque se le quebró la voz varias veces.

—Estaban en la cama, muertos. Y cuando los vi allí, me sentí totalmente solo.

Miró a Otis, que había ocultado el rostro entre las manos. Era la primera vez que contaba los detalles del accidente a alguien que no fuera Henry.

—No recuerdo exactamente cómo, pero acabé en casa de Nelly y vivo allí desde entonces.

Vikas guardó silencio durante un largo rato. Después se enjugó las lágrimas y miró a Vlad con intensidad.

—No estás solo, Vladimir. No estás solo en este mundo. Eres un miembro de Elysia. Y de haber podido, Tomas te habría criado entre los tuyos. Pero estas leyes... hay que cambiarlas.

Otis se enjugó las lágrimas con una servilleta de lino. Parecía deseoso de cambiar de tema, algo a lo que Vlad no tenía nada que objetar. Se inclinó hacia delante con los codos clavados en la mesa y dijo:

—¿Sabes algo del Consejo de Stokerton?

Vikas negó con la cabeza lentamente.

—Solo mentiras, amigo mío. Insisten en que eres un delincuente. ¿Qué dijo el Consejo de Londres sobre tu petición?

Otis suspiró y bajó la cabeza.

—Solo que en cuanto Stokerton dé luz verde, me considerarán un fugitivo y no tendrán más remedio que detenerme por participar en el atentado contra el presidente del Consejo, por ayudar y dar cobertura a un conocido fugitivo y por revelar mi verdadera identidad a tres humanos.

—¿El fugitivo es Tomas? —Vikas alzó una ceja. Parecía disgustado.

Otis suspiró.

—Se niegan a admitir que haya muerto.

Vlad se mordió el labio inferior, pensativo.

—¿Y si les cuento lo que vi? Entonces tendrían que creerlo.

Otis apretó los labios y negó con la cabeza, con la mirada seria y fija en Vlad.

—No quiero que te acerques a esos Consejos hasta que hayamos aclarado todo esto.

Vlad se hundió en su silla y apretó su copa medio vacía contra el pecho.

—Solo quería ayudar.

Entonces su tío consiguió esbozar media sonrisa que suavizó su expresión.

—No te preocupes, Vlad. Estoy en buenas manos. Tengo a Vikas y a un montón de amigos por todo el mundo dispuestos a ayudarme.

—¿Amigos vampiros?

—Claro.

Vlad frunció el ceño, confundido.

—Espera un momento. Solo revelaste que eres un vampiro a dos humanos: Nelly y Henry.

—También te lo dije a ti. Recuerda, Vladimir, que mientras lleves el Lucis toda Elysia se empeñará en considerarte humano, aunque en el fondo sospechen que no es así. Prefieren pensar eso a admitir que son incapaces de llevar a un niño ante la justicia y enfrentarse a la posibilidad de que seas lo que tanto temen. El orgullo es una terrible debilidad. —Otis suspiró y cogió su copa—. Claro que, si encontraran la forma de quitarte el Lucis, entonces estarías en una situación parecida a la mía.

Vikas negó con la cabeza.

—O peor. Mató a D'Ablo. De hecho, su mera existencia es una abominación a los ojos de sus ridículas leyes.

Vlad alzó una ceja.

—¿En Siberia tenéis leyes distintas?

—Aquí vivimos como hombres libres. Vamos y venimos como queremos, y el Consejo solo se ocupa de los crímenes más abyectos.

—Algunos no creen que sean tan ridículas, Vikas. —La voz de Otis sonó brusca—. Podía haber evitado que Vlad matara a D'Ablo, pero no lo hice. Sabía del amor de Tomas y Mellina, pero los ayudé a escapar al guardar su secreto. Y revelé mi naturaleza vampírica a humanos, eso no lo niego. El asunto no es si hice aquello de lo que me acusan, sino si lo hice por una buena razón.

Vikas miró a Otis a los ojos.

—La mayoría de Elysia cree que obraste mal.

—Y quizá tengan razón. Si es así, afrontaré las consecuencias. —Otis asintió ante su posible destino como si los terribles castigos sobre los que Vlad había leído en la *Enciclopedia Vampírica* fueran poca cosa.

Lo miró fascinado.

Vikas sacudió la cabeza, disgustado.

—Tienes una visión distorsionada del mundo, Otis. Tomas jamás habría querido que...

Otis golpeó la mesa con su copa.

—¡Tomas murió creyendo en esas leyes! Era el vicepresidente del Consejo de Stokerton, Vikas. ¿O es que lo has olvidado?

De repente, se hizo el silencio. Vlad se encogió en su asiento.

Otis cerró los ojos durante unos segundos y los volvió a abrir, más calmado. Pidió disculpas con la mirada a Vlad, quien, sin necesitar telepatía, supo que su relato de cómo había encontrado a sus padres le había llegado al alma. ¿Por qué si no habría reaccionado así?

Tras un momento, Vikas habló de nuevo. Su voz sonó suave y tranquilizadora.

—No lo he olvidado. Como tampoco he olvidado lo mucho que discutiste con él por aquella decisión suya. Pero todos cometemos errores. Tomas decidió aplicar leyes injustas. Yo elegí juzgarte por tus acciones pasadas. Y siempre apoyaste a tu hermano, incluso cuando se equivocaba. No hay delito alguno en eso. Sin embargo, has derramado la sangre de tu copa, y eso, amigo mío, sí es un crimen.

Esbozó una media sonrisa y Otis lo imitó.

Liberado de la extraña y repentina tensión, Vlad se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿hay tres Consejos?

Su tío recogió la sangrevino derramada con un trapo y dio las gracias con un movimiento de cabeza a Tristian por llenarle de nuevo la copa.

—En realidad hay nueve: Stokerton, Londres, Siberia, Pekín, París, Atenas, Edimburgo, Ciudad de México y El Cairo. Y de momento, se me busca en todos salvo en Londres y Siberia.

—¿Qué pasa si te cogen? —Vlad estaba seguro de no querer saber la respuesta, pero se sintió obligado a preguntar. En la *Enciclopedia Vampírica* había una lista de castigos horribles para los vampiros que quebrantaban las leyes de Elysia, y no quería ni pensar que Otis tuviera que sufrir alguno de ellos.

Como si le hubiera leído el pensamiento, su tío negó con la cabeza.

Vikas hizo lo mismo y le pidió a Tristian con un gesto que le llenara de nuevo la copa.

—Si no te importa, creo que hemos hablado demasiado de muerte por esta noche.

Otis posó una mano sobre el hombro de Vikas y apretó. Se miraron en silencio y Vlad pensó que quizá estuvieran manteniendo una conversación que no podía oír. Tras un momento, el vampiro ruso rio con ganas y miró con cariño a Vlad.

—¿Alguna vez Tomas te habló de mí, Vladimir?

Vlad negó con la cabeza. Ni siquiera le había mencionado que tuviera un hermano, y menos aún que hubiera todo un mundo de vampiros. Eso lo inquietó. Después de todo, ¿qué ganaba manteniendo la existencia de Elysia en secreto?

Aunque por otro lado, su padre tuvo que ocultarse de los suyos y seguramente lo haría porque tendría buenas razones para ello.

—No me contó nada de su vida antes de conocer a mi madre. ¿Estabais muy unidos?

—¿Tú tampoco le has hablado de mí? —Vikas miró asombrado a un Otis que no sabía qué decir. El viejo vampiro contempló de nuevo a Vlad con un brillo burlón en los ojos—. ¿Unidos? Sí. Me convertí en vampiro muchos años antes que tu padre y tu tío, pero aun así nos hicimos muy amigos desde el día que nos conocimos. El vampiro que convirtió a Otis también convirtió a Tomas, de modo que eran hermanos. Y los tres nos volvimos inseparables. Durante un tiempo incluso vivieron conmigo. Juntos nos lo pasamos en grande y nos metimos en más líos de los que te puedas imaginar.

Otis tragó un sorbo del dulce líquido rojo.

—Lo siento, Vikas. Debí haberle hablado más de ti.

—No hace falta que te disculpes, amigo mío. Sabes que me encanta contar historias sobre nosotros tres. —Vikas se acercó a Vlad como si los recuerdos le proporcionaran energía—. Antes de que el joven Vladimir vuelva a las Américas, tendremos una larga charla sobre lo liantes que eran su tío y su padre de jóvenes. — Le guiñó un ojo a Otis, que sonrió con cierto recelo.

Durante varias horas más comieron, bebieron y hablaron de tiempos más felices.

Vlad contemplaba la escena con fascinación. No podía hablar. Solo asentía ocasionalmente y se maravillaba ante la situación. Aquellos vampiros no eran como los de Stokerton. Lo habían acogido como si fuera uno más de la familia.

Se acercó a su tío.

—¿Qué es lo que Vikas me llama?

Otis sonrió.

—Mahlyenki Dyavol.

—Sí, pero ¿qué significa?

Otis y Vikas intercambiaron miradas y, de repente, rompieron a reír. Su tío alzó su copa hacia Vlad, con una sonrisa de borrachín.

—Significa «diablillo».

Tras otra carcajada, Vikas y Otis se pusieron a hablar de sus cosas. Pasaban fácilmente del inglés al ruso y a veces al francés. Vlad escuchaba, pero no se molestaba en intentar descifrar qué decían. No podía evitar preguntarse por qué Vikas le había puesto un nombre tan raro, aunque en aquel momento no le apetecía mucho insistir sobre el tema. Su tío y el viejo vampiro estaban disfrutando de la reunión y no quería cortarles el rollo. Cuando extendió el brazo para coger la copa, se le subió la manga, dejando al descubierto su marca. Un vampiro delgado, de tez algo grisácea, sentado al otro lado de la mesa, lo saludó con un movimiento de cabeza y sonrió al ver el tatuaje de su muñeca. Vlad se puso rojo, bebió de su copa y se encogió en su asiento, contento de compartir aquellos momentos con sus hermanos vampiros.

Así que esto es Elysia.

Conforme la noche avanzaba, la sala se fue vaciando lentamente hasta que solo quedaron Vlad, Vikas y Otis.

Su tío dejó su copa sobre la mesa, al lado de la de Vlad. Nunca lo había visto tan feliz.

—Te agradezco mucho tu hospitalidad, Vikas. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de Elysia.

Vikas sonrió y le llenó de nuevo la copa.

—Es un placer. Espero que pienses en quedarte aquí de manera permanente. Estoy seguro de que podemos aclarar ese malentendido de Stokerton.

La sonrisa de Otis se disipó. Negó con la cabeza.

—No, no puedo arriesgarme. Pero gracias por la oferta.

Vlad se estiró. Antes de poder decir que estaba cansado, Vikas se le adelantó:

—Descansa, Mahlyenki Dyavol. Mañana honraremos la memoria de tu padre y al día siguiente comenzaremos las lecciones sobre el control mental y los puntos cruciales de la telepatía.

Con un bostezo, Vlad siguió a Tristian hasta un dormitorio y se derrumbó sobre la cama. Su cabeza apenas había tocado la almohada cuando cerró los ojos y se sumergió en un relajante sueño.

En honor de Tomas Tod

Vlad colocó con dificultad el tronco sobre la pila y se sacudió los restos de corteza de los guantes. Otis colocó dos más sin gran esfuerzo y Vlad se fijó con un suspiro en que ambos eran el doble de grandes que el que había cogido él. Mientras su tío volvía hacia la leña que Vikas había cortado para coger dos troncos más, Vlad echó un vistazo al pueblo y frunció el ceño, algo desconcertado.

—Esta mañana no se ve a mucha gente por aquí. ¿Dónde están todos?

Otis dejó caer los troncos sobre la pila y sonrió.

—Un gran porcentaje del Consejo Siberiano prefiere no salir durante las horas del día porque consideran que va en contra de su naturaleza vampírica.

Vlad miró a Vikas, que se había quitado la camisa y alzaba el hacha contra otro gran tronco.

—¿Pero Vikas no es el presidente?

—Oh, sí. Y lo quieren mucho. —Otis cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó contra la pila de leña que habían creado. Ya casi le llegaba hasta la cintura.

Vlad arqueó una ceja.

—¿Y por qué no siguen su ejemplo?

Otis rio entre dientes.

—Si los ciudadanos siguieran siempre el ejemplo de sus líderes, la raza humana se habría extinguido hace siglos.

Vlad meditó sobre aquello durante unos segundos y luego se volvió de nuevo hacia Vikas, que se había detenido para secarse el sudor de la frente.

—¿Y qué piensan de que esté fuera, al sol?

—Por lo que he oído, creen que su insistencia en moverse durante las horas humanas roza el sacrilegio. Aun así, cuando viajan a Novosibirsk una vez al mes para conseguir provisiones, le compran un montón de crema protectora. —Otis le dio unas palmaditas en el hombro y lo miró a los ojos—. Solo porque no estén de acuerdo con él no significa que lo quieran menos, Vladimir.

Vikas dejó caer el hacha y llevó los troncos restantes hacia el montón. Tras dejarlos con cuidado en la parte superior, le dio unos golpecitos y dijo:

—Esto servirá para la pira funeraria.

Otis asintió, satisfecho.

Vlad lo miró desconcertado.

—¿Pero en las piras funerarias no suele haber un...?

—¿Un cuerpo? Sí. —Vikas intentó tranquilizarlo con un gesto—. Normalmente

se prende la madera al atardecer y arde durante toda la noche hasta que se coloca el cuerpo sobre las llamas momentos antes de que salga el sol. Se dicen unas palabras, los asistentes se despiden, se honra al difunto y después, los vampiros se retiran. El cuerpo comienza a arder al amanecer, cuando lo tocan los rayos del sol y se sigue consumiendo durante todo el día hasta la tarde, cuando ya solo quedan cenizas... y recuerdos.

Vlad se mordió el labio inferior por un momento.

—Pero mi padre está enterrado en Bathory.

—Un sacrilegio que habrá que corregir en el futuro, Mahlyenki Dyavol. Enterrar a los muertos es una barbarie. Carece de honor. Colocar un cuerpo en una caja y convertirla en un recuerdo al que aferrarse cuando esa persona ya no está... es algo que me revuelve el estómago. Los cementerios son para los vivos, no para los muertos. —Vikas apartó los ojos de la pila y bajó la cabeza—. Perdona, Vladimir. No quería despreciar tus costumbres.

Vlad no dijo nada. No podía. Durante unos segundos se había sentido parte de aquel lugar, un vampiro más. Pero Vikas había roto aquel embrujo con su comentario sobre los cementerios. Tan bicho raro era para los vampiros como para los humanos.

Aparte de eso, resultaba asombroso descubrir lo diferentes que eran las tradiciones vampíricas de las humanas entre las que había crecido. Tenían muy poco en común. En realidad solo les unía su relación de cazador y presa.

Le rugió el estómago.

Vikas sonrió.

—Yo también tengo hambre. Pero hay que esperar, Mahlyenki Dyavol. No podemos comer hasta la puesta de sol siguiente al funeral. Es la tradición. Tomas ya no puede libar de la esencia de la vida, por eso nosotros tampoco beberemos hasta haber honrado su memoria.

Vlad asintió. El sol ya había comenzado a bajar y el cielo se estaba tiñendo de diferentes tonos de rosa y oro. Conforme fue anocheciendo, comenzaron a aparecer luces en las ventanas de las cabañas. Parecía que el resto de los vampiros se había despertado. Eso significaba que el funeral de Tomas estaba a punto de comenzar.

Vlad miró a Otis, que estaba sentado a su lado en el banco con aire sombrío. Parecía cansado y orgulloso, triste y agradecido de poder compartir aquel momento. Vlad lo sabía porque a él le pasaba lo mismo. La vigilia había durado toda la noche, fueron horas y horas mirando las llamas en silencio total. Nadie habló en voz alta, ni telepáticamente. Todos los vampiros reunidos se concentraron en una sola cosa: sus recuerdos de Tomas Tod, el padre de Vlad.

Entonces Vikas se puso en pie y se colocó en el centro de la reunión, junto a la pira en llamas. Todos los vampiros lo observaron como atraídos por un mismo pensamiento. Entonces Vlad escuchó la voz de Vikas en su cabeza. Era profunda y

con un fuerte acento, cálida y reconfortante, como cuando hablaba. Dijo: «Comenzamos».

De pronto, tanto su agotado cuerpo como su mente entristecida se relajaron. Se reclinó en su asiento y admiró las enormes llamas.

Cuando estuvo preparado, Vikas alzó la voz.

—Tomas Tod era muchas cosas. Amigo, pariente... —Señaló a Vlad con la cabeza—. Incluso padre. Pero antes que todo, era un vampiro. De hecho, el mejor que he conocido en mis novecientos noventa y ocho años de vida.

Vlad ahogó un grito. Vikas no parecía tener más de treinta y cinco. No había ni una sola cana en su cabellera y ahí estaba, proclamando tener casi mil años. Después de la ceremonia tenía que preguntarle a su tío cuántos años había vivido el vampiro más viejo de la historia.

Vikas contempló el fuego y respiró de forma entrecortada, luchando contra las lágrimas que amenazaban con emerger desde que supo de la muerte de Tomas.

—Esta noche, lo honramos en su muerte como lo hicimos en su vida. Y, al igual que Tomas, abrazamos a su hijo, Vladimir, y lo tomamos como hermano, un vampiro, un hijo. En cuanto a la compañera que Tomas escogió...

Varios vampiros se movieron en sus asientos, incómodos. Uno se incorporó para marcharse, pero ante la mirada de Vikas, se volvió a sentar. El viejo vampiro contempló a Vlad y asintió.

—Mellina estuvo a su lado cuando nadie más quiso apoyarlo, durante el periodo que vivió sin el consuelo de Elysia, y también en su terrible e inesperado fallecimiento. Le debemos, como madre del joven Vladimir, nuestro respeto. Y esta noche también la honramos a ella, al igual que honramos a su marido, nuestro hermano. Tomas era un vampiro inexperto cuando me lo trajeron para que lo enseñara. Más sabio de lo que correspondía a su edad, ávido de aprender y con un asombroso, y a veces desconcertante, sentido del humor. Ese mismo día se conocieron Otis y él y, a través de ellos dos, descubrí el verdadero valor de la amistad. —La sonrisa de Vikas creció y sus ojos resplandecieron—. Tomas era un estudiante sobresaliente, particularmente dotado para la manipulación mental. Recuerdo con nostalgia nuestra primera estancia en Moscú. Llevaba solo dos semanas bajo mi tutela, y para mi estupor manipuló a varias docenas de turistas para que bailaran alrededor de una gran fuente. Y cuando los humanos mandaron a su policía para acabar con aquella celebración improvisada, Tomas hizo que se unieran a la fiesta con espectaculares piruetas. Fue un gran día.

A pesar de la solemnidad de la ocasión, varios vampiros rompieron a reír. Vikas se secó los ojos y una vez las risas cesaron, tomó de nuevo la palabra.

—Muchos de nosotros sufrimos al saber que había abandonado Elysia por el amor de una humana. Pero debemos recordar que Tomas no era de los que se dejaba influir por los demás, él prefería encontrar su propio camino. Fue un transgresor, sí, pero también un pionero, un gran hombre y un ejemplo para muchos vampiros.

Vikas se dirigió a los vampiros, uno por uno, hasta que todos lo miraron a los ojos y comprendieron la seriedad de lo que iba a decir. Vlad se enjugó las lágrimas y escuchó.

—Una parte de mí, una parte de nosotros, ha muerto. No lo olvidemos nunca.

Vikas contempló las llamas por un momento, en lo que pareció una oración silenciosa, luego alzó la vista al cielo del amanecer y lloró. Uno por uno, todos los vampiros se acercaron a la pira en silencio para después dar media vuelta y volver a las cabañas. Otis asintió en dirección a la hoguera. Vlad se puso en pie y lo siguió, pero cuando estuvo frente a la pira no supo qué debía hacer.

—La costumbre es que uno se despida, pero nadie puede pedirte algo así, como tampoco nos lo pueden pedir a Vikas o a mí. —Otis miró a Vlad a los ojos y le estrechó el hombro.

—Dile lo que le dirías si estuviera escuchándote. En realidad así es. Desde donde quiera que esté, Tomas te escucha. —Otis se secó las lágrimas. Vikas y él dieron media vuelta y caminaron lentamente hacia la cabaña más grande, dejando a Vlad solo ante la pira.

Permaneció allí durante varios minutos. El sol estaba saliendo por el horizonte. Si iba a seguir con las tradiciones vampíricas, o al menos a intentarlo, se le tendría que ocurrir algo. Pero ¿qué le podía decir a su padre que no le hubiese dicho ya en voz alta todas las noches durante cuatro años?

Se aclaró la garganta y contempló las llamas.

—Te echo de menos, papá. Otis me está enseñando muchas cosas. Y Vikas lo hará dentro de poco. Espero... espero que te sientas orgulloso de mí. Al menos eso quiero.

Se apartó del fuego, dio un paso en dirección a las cabañas, pero se detuvo y susurró al aire helador:

—Y no te preocupes papá, jamás te diré adiós. Otis tiene razón. Nadie me puede pedir que lo haga. Nunca.

Apresuró el paso y entró en la cabaña más grande. La puerta se cerró a sus espaldas justo cuando el sol iluminó la pira.

Control mental

Vlad abrió la puerta y encontró a Vikas esperándolo.

—Entra, Vladimir, es hora de aprender.

Todavía enjugándose las lágrimas, Vlad preguntó:

—¿Entonces el funeral ha terminado ya?

Vikas asintió.

—La mayor parte. Seguiremos con el ayuno hasta mañana al anochecer y luego habrá un banquete. Solo entonces habrá terminado oficialmente el funeral. Aunque probablemente el ayuno dificulte la telepatía y el control mental, debemos intentarlo de todas formas. No tenemos mucho tiempo antes de que regreses a América.

—En realidad —dijo Vlad tímidamente—, leo mejor las mentes cuando tengo hambre.

Vikas lo miró durante un momento con una expresión que a Vlad le pareció de incredulidad. Tras varios segundos, cogió aire y lo soltó en un sonoro suspiro.

—Puede que tú no seas el único que aprenda algo esta semana. ¿Estás listo para empezar?

Vlad cambió su peso de un pie a otro.

—¿Qué hago?

—Ven conmigo. No quiero que te distraigas. —Atravesó la habitación hasta otra puerta y de nuevo se encontraron en el exterior. Mientras bajaban las escaleras y pisaban la nieve en dirección a otra cabaña, Vikas le explicó lo que iban a hacer—. El lugar al que te llevo es un cuarto sin ventanas, sin luz, y con un aislamiento tan bueno que no deja pasar ni un ruido de fuera. Puede que al principio te dé miedo, pero aguanta. La idea es liberarte de toda influencia externa para que conectes con tus poderes telepáticos más profundos.

Vlad sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Vas a entrar conmigo?

Vikas intentó tranquilizarlo con la mirada.

—Sí, sí, claro.

Delante de ellos había una pequeña cabaña. Como había dicho el viejo vampiro, no tenía ventanas, solo una puerta. Vlad respiró hondo para infundirse valor, subió las escaleras y entró después de Vikas. La luz del exterior dibujó una larga línea sobre el suelo e iluminó dos taburetes en mitad de la habitación: no había más. Cuando Vikas cerró la puerta, Vlad sintió como si no fuera a ver la luz nunca más. Cogió aire varias veces para tranquilizarse antes de mirar a su alrededor. Era inútil, la habitación estaba

totalmente a oscuras. El único sonido que oía era el de su propia respiración y los latidos lentos y acompasados del corazón de Vikas.

—Ahora, Mahlyenki Dyavol, quiero que te centres en tu corazón, en la sangre que bombea a través de las venas, en el aire que entra y sale de tus pulmones. Siente la vida dentro de ti, la energía que emana de tu interior.

Vlad hizo lo que le dijo. Al principio cerró los ojos, pero cuando se dio cuenta de lo ridículo e inútil que era aquello, los abrió de nuevo en la oscuridad. Su corazón comenzó a latir más despacio, no con la misma calma que el de Vikas, pero menos agitado que antes. Su sangre corría por las venas y su respiración se hizo más profunda y reposada.

La voz de Vikas era suave e hipnótica.

—Bien. Muy bien. Ahora, intenta entrar en mi mente, con cuidado. ¿Qué estoy pensando ahora mismo?

—Estás pensando —Vlad luchó contra las lágrimas—, estás pensando en lo mucho que me parezco a mi padre.

—Muy bien, Vladimir. Ahora quiero que te centres en Otis. ¿Dónde está? ¿Qué hace, qué piensa? ¿Cómo se siente? Concéntrate con más fuerza si es necesario y no te desanimes si no llegas a él. A muchos vampiros les cuesta superar el problema de la distancia.

Vlad respiró hondo y visualizó el rostro de Otis en su mente. Pensó en sangre y en lo vacío que estaba su estómago, en lo mucho que le apetecía en aquel momento tomar una deliciosa bolsa de sangre caliente. Después entró en su mente.

Otis se quitó los guantes con dedos temblorosos. *No imaginé lo difícil que podía ser ver cómo Vlad asistía a los funerales. Durante toda la ceremonia, he sentido el dolor que emanaba del chico sin poder hacer nada para mitigarlo. Vikas ya le está enseñando, pero no puedo evitar preguntarme qué ocurrirá en la sala de entrenamiento. Pase lo que pase, descubrirá su potencial. En esa habitación totalmente aislada del mundo exterior es donde un vampiro experimenta un anticipo de lo que podría conseguir con entrenamiento y práctica. Muchos vampiros abandonan la cabaña desanimados y sintiéndose débiles. Yo, sin embargo, me marché lleno de esperanzas. Demostré una habilidad especial que iba más allá de mi nivel de comprensión y espero que a Vlad le suceda lo mismo. Pero no hay forma de estar seguros, no con la sangre de su madre corriendo por sus venas. Quizá no pase de las nociones más básicas. Y eso sería una decepción para los dos.*

Otis apoyó la cabeza sobre las manos. *Pero ¿y si la profecía es correcta? ¿Y si Vladimir es el pravus?*

Se incorporó de repente. Sintió un extraño cosquilleo en su mente, casi como si se le hubiera colado alguien...

Vlad salió de la cabeza de su tío con un grito ahogado.

La voz de Vikas tenía un tono de ansiedad.

—Has visto algo y te has sorprendido. Dime cómo lees las mentes. ¿Ves palabras

escritas? ¿Las escuchas?

Vlad se aclaró la garganta.

—Ninguna de las dos cosas. Es como si me convirtiera en esa persona. Veo, escucho, siento y pienso con ellos.

Vikas guardó silencio durante un largo rato. Vlad iba a preguntarle qué pasaba, cuando por fin habló de nuevo. Le pareció detectar cierta nota de emoción y sorpresa en su tono.

—Anoche hablaste de tu lacayo. ¿Dónde está?

—¿Henry? En Bathory. —Hizo memoria, pero no recordó haberlo mencionado la noche anterior—. ¿Por qué?

—Entra en su mente. —La voz de Vikas sonó de nuevo tranquila, pero a Vlad le pareció que era una calma forzada.

—Está al otro lado del planeta. No creo que pueda...

—Inténtalo. En esta cabaña no existen las dificultades de la vida normal. Aquí dentro puedes llegar a personas a las que apenas tenías acceso o cuyas mentes no podías leer fuera.

Vlad suspiró y relajó los músculos. Se concentró en Henry y proyectó su mente.

Henry estaba mirando a Joss. *No tengo ni idea de lo que está haciendo este, pero lo voy a machacar.* Le dio al botón de turbo, hizo pedazos a su androide y alzó los brazos por encima de su cabeza, triunfante. *No hay duda, Joss es incluso peor que Vlad con los videojuegos.*

Al menos mi colega a veces me lo pone difícil.

Vlad salió de la mente de Henry con una sonrisa y decidió que tenía que jugar más con Joss. Así al menos mejoraría en algo su autoestima.

—Excelente. Tienes un gran potencial, Mahlyenki Dyavol. —Vikas respiró hondo—. Ahora pasemos al control mental. Vas a entrar de nuevo en la mente de Otis. Pero esta vez, quiero que introduzcas la idea de una acción en su proceso mental. Toma el control con suavidad, para que no se dé cuenta de nada y haz que se rasque la frente.

Vlad movió los pies, pero no entró en la mente de Otis. Le parecía raro eso de controlarlo. Henry era una cosa, pero Otis era su tío.

—¿Ocurre algo?

—No. Es solo que... —Vlad se aclaró la garganta e intentó mirar a Vikas en la oscuridad—. Si no te importa, preferiría céntrate en...

—Vladimir, esta es una parte importante de tu entrenamiento. Debes aprender a controlar las mentes de otros. Con tu lacayo será muy fácil. Después, vendrán aquellos a los que no quieres o te importan poco. Lo más difícil es controlar a los que están cerca de ti, aquellos por los que sientes un cariño especial. Es un bloqueo mental que muchos vampiros no pueden superar. Pero tú tienes el potencial para ser uno de los vampiros más poderosos que he conocido. Incluso más que tu padre. De hecho, puede que más que yo. Pero debes...

—Todo eso me da igual. —Se le quebró un poco la voz. Vlad no quería

decepcionar a Vikas, pero aquello era algo que no estaba dispuesto a hacer. Si controlar a Henry le hacía sentir ya bastante culpable, hacer lo mismo con su tío le iba a poner malo.

Vikas bajó la voz y Vlad tuvo que esforzarse para oírlo.

—Pues no debería. Muy pocos vampiros tienen tu potencial. Pensé que quizá la sangre de tu madre habría diluido tus habilidades, pero estaba equivocado. Podrías ser un gran vampiro, Vladimir. Pero debes confiar en mí.

Vlad cerró los ojos y los volvió a abrir. Se había acostumbrado a la oscuridad, pero se había cansado de verla.

—Lo siento, Vikas, no... no puedo hacer lo que me pides.

—Basta. Si tengo que ser severo contigo, lo seré. Contempla a Otis. Está sentado solo frente a una mesa, con la cabeza descansando sobre la mano izquierda.

—Para. No quiero.

—Solo un poco. Solo un pequeño movimiento. Que se rasque.

—¡No! —Vlad empujó con fuerza contra la mente de Vikas.

Vikas se echó hacia atrás y cayó al suelo. *El chico es fuerte, de eso no hay duda... pero está cansado, lejos de casa y es evidente que no quiere aprender a controlar las acciones de los demás, y menos las de su tío. Es el momento de dejarlo por hoy.*

Vlad salió de la mente de Vikas.

—Es hora de dejarlo por hoy, Vladimir.

Vlad no había querido controlarlo, pero no le había dejado otra opción.

Vikas abrió la puerta y la luz entró, dándoles la bienvenida al exterior. Acababan de bajar las escaleras cuando el viejo vampiro se detuvo en seco.

—No hacía falta que lo hicieras, Mahlyenki Dyavol. No tenías por qué controlar mi mente.

Vlad negó con la cabeza. Debería sentirse culpable, pero no era así.

—Pero no me querías escuchar.

Después de un momento, Vikas le sonrió con cariño.

—Ah, quizá ahora comprendas mejor por qué es tan necesario aprender esa habilidad.

Vlad se mordió el labio inferior, pensativo. Puede que Vikas tuviera razón.

La puerta de la cabaña más grande se abrió y apareció Otis. Sus ojos brillaban con expectación.

—¿Qué tal fue?

Vikas bajó la voz, pero no pudo reprimir la emoción.

—Tenías razón sobre él, Otis. Tu sobrino tiene un gran talento. Incluso puso fin él mismo a la clase sobre control mental.

Otis lo miró con la boca abierta.

Vlad iba a disculparse cuando los dos vampiros rompieron a reír. Vikas le dio unas palmaditas en el hombro.

—Vamos. Entremos en calor junto al fuego antes de que comience el festín.

El viejo vampiro subió las escaleras de la cabaña y tocó el glifo. La puerta se abrió. Vlad se disponía a seguirlo, pero Otis lo detuvo con una mano en el pecho. Se inclinó y le susurró al oído:

—Como te vuelva a pillar curioseando en mi cabeza, Vlad, me voy a enfadar contigo. No te metas en mis pensamientos y yo no me meteré en los tuyos.

Vlad se sonrojó al pensar en todas las cosas que no quería que su tío supiera, como sus escapadas nocturnas al campanario.

—Vale —asintió.

Entraron en la cabaña y Vlad pasó la mayor parte del día sentado frente al fuego en una silla mullida y grande, escuchando a Otis y Vikas mientras le contaban sus aventuras. Hablaron también de Tomas y ocasionalmente alguno de los otros vampiros se les unía para relatar alguna historia heroica o un episodio divertido que vivieron con su padre. Al final de uno de los relatos, Otis rio entre dientes.

—Le dije a Tomas que no asustara así a Vikas, pero en el fondo, esperaba que lo hiciera.

Vikas soltó una carcajada.

—Fuisteis unos invitados horribles aquel verano, suerte que no soy rencoroso.

De repente, Vlad se dio cuenta de que había muchos vampiros despiertos y activos. Estaba a punto de preguntarle a Otis por qué estaban levantados a aquellas horas del día, cuando se percató de que la respuesta era obvia: iban a honrar a Tomas, y como Tomas ya no dormía, ellos también permanecerían despiertos hasta que terminara el ayuno.

Cuando el sol desapareció tras el horizonte, Vlad casi había olvidado lo terriblemente hambriento que estaba.

Casi.

La puerta se abrió y todos los presentes, salvo Otis, Vikas, Tristian y Vlad salieron corriendo. Ante la mirada sorprendida de Vlad, Vikas sonrió.

—Y así termina el ayuno.

Vlad frunció el ceño confundido.

—Pero aquí hay mucha sangre. ¿Adónde van?

Otis y Vikas intercambiaron miradas y después su tío lo contempló con ojos sombríos. Le habló con tono amable.

—Salen a alimentarse de la fuente, Vladimir. Vikas y yo comeremos aquí, contigo, en deferencia hacia ti.

Vlad sintió que el estómago le daba un vuelco. Iban a alimentarse de personas. La idea no debería provocarle náuseas, pero así era. Miró a Tristian, al otro lado de la habitación. Estaba ocupado cogiendo copas y una jarra de sangrevino.

—¿Y Tristian, qué? ¿Él también irá a alimentarse de gente?

Vikas se reclinó sobre el respaldo de su asiento, sorprendido.

—Siento no habértelo explicado antes, Mahlyenki Dyavol, pero Tristian no es vampiro.

Vlad se inclinó lentamente hacia delante, confundido.

—Es mi leal lacayo desde hace unos diez años ya, desde que tenía más o menos tu edad.

Vlad observó cómo Tristian llevaba todo lo que iban a tomar hacía su mesa mientras negaba lentamente con la cabeza. Había pensado que aquel hombre era un vampiro, incluso su forma de moverse era parecida a la de los demás vampiros.

—¿Y durante cuánto tiempo seguirá siendo tu lacayo?

Vikas le sonrió con cariño, pero se dio cuenta de que apenas miraba a Tristian.

—Toda su vida mortal.

Vlad dio un buen sorbo a su copa de sangrevino y retuvo la mezcla en la boca, disfrutando de su ácido sabor y su suave textura. Miró a Tristian y luego a Vikas.

—Henry es un buen lacayo. Solo que me gustaría que estuviera más pendiente de mí. Nunca está cuando los idiotas del colegio se meten conmigo.

Vikas sonrió.

—No es trabajo del lacayo defender al vampiro, Vladimir. De hecho, es al revés. En realidad su función es estar pendientes de ti mientras duermes, si duermes durante el día, y sugerir posibles fuentes de alimentación, así como hacer recados. Nada más. Los vampiros nos defendemos solos.

Vlad suspiró. Genial. No solo estaba menos protegido de lo que pensaba, sino que además debía arreglárselas solo con los abusones. Intentó imaginarse a sí mismo y a Henry llevando la misma vida que Vikas y Tristian, pero no pudo. Sin embargo, una cosa sí le quedó clara, si llegara un día en el que Henry no quisiera ser su lacayo, Vlad le daría la libertad sin hacer preguntas... si podía.

Entonces se volvió hacia su tío. Aquello le había picado la curiosidad.

—Otis, si todo lo que tiene que hacer un vampiro para tener un lacayo es morderlo, ¿por qué no está el mundo lleno de lacayos?

Vikas y Otis se miraron antes de que su tío contestara.

—La mayoría de los humanos no sobreviven a nuestros ataques, Vladimir. Con frecuencia matamos en un gesto de compasión, para poner fin a una vida de esclavitud antes de que siquiera comience.

Vikas apretó los dientes.

—No le endulces la realidad, amigo. La mayoría de los vampiros matan por placer, no por compasión.

Vlad meditó sobre aquello durante unos segundos.

—¿Y por qué los lacayos no se convierten en vampiros? —preguntó.

Otis miró de repente a Vlad, como si acabara de poner fin a una conversación silenciosa con Vikas. Cuando habló, su voz sonó amable y conciliadora.

—Un vampiro inculca su esencia en el ser que va a crear, esto a veces requiere un intercambio de sangre, pero se puede hacer de muchas otras formas. Sin embargo, al igual que con los glifos, y esto es algo que aprenderás más tarde, la intención del vampiro es fundamental.

Vlad asintió. Eso tenía más sentido.

Lo despertó el sonido de unos puñetazos en la mesa. Se incorporó en la cama y escuchó. A través de la puerta le llegó la voz de Otis, temblorosa de la rabia.

—¡No es lo que se chismorrea por ahí!

Vikas habló más tranquilo, pero con firmeza.

—¿Y si lo fuera? ¿Y si Vladimir Tod fuera el pravus?

Se produjo un largo silencio.

Por fin, Otis habló de nuevo, pero esta vez las lágrimas le quebraron la voz.

—No sé qué decir.

—Pues déjame que hable yo. ¿Cómo se hizo con el Lucis? Es un poder enorme para que lo maneje alguien tan joven.

Otis dio un profundo suspiro.

—Tomas lo robó del Consejo de Stokerton. Supongo que quería proteger a Vlad de su venganza... aunque mira para lo que ha servido.

—Vladimir está a salvo, así que quizá Tomas hiciera bien en llevárselo. —Le pareció oír que Vikas volvía a llenar su copa y, después de varios tragos, prosiguió—. ¿Te da miedo que lleve el Lucis encima?

—Por supuesto. Pero me da más miedo lo que pudiera pasar si lo pierde. —Entonces su tono cambió, como si aquellas palabras lo sorprendieran incluso a él—. Y como tú has dicho, es un gran poder para un chaval tan joven.

Vikas bajó un poco la voz.

—¿Quién iba a pensar que Dom Augustine Calmet, el alma más buena que jamás entrara en Elysia, amante de la humanidad, constructor del puente entre nuestros dos mundos, creara un arma tan monstruosa?

Vlad podía oír los pasos de su tío como si estuviera cada vez más impaciente con aquella conversación.

—Pensó que había llegado el momento de que los vampiros cedieran el poder, creía que los humanos estaban preparados para ser la especie dominante en la Tierra.

Vikas soltó una pequeña carcajada.

—¡Qué loco!

—Al menos tenía claras sus lealtades.

—¿Cuestionas las mías?

—Solo cuestiono tus razones para no ayudarme. —Otis hizo una pausa—. Ven a Bathory. Vigila a Vladimir en mi ausencia. Tú puedes protegerlo. El Consejo de Stokerton no se atrevería a...

—Pues que el chico se quede aquí, entonces.

—No puede ser. Le rompería el corazón a su tutora.

—Como me lo rompería a mí tener que abandonar mi puesto y hacer de niñera de un chaval que no la necesita. —Parecía como si Vikas estuviera sirviendo más

sangrevino. Suspiró y dijo—: Estás preocupado, Otis, y con razón. La huida de Elysia se ha cobrado un peaje en tu alma. Afecta a tus razonamientos.

Entonces, tan repentinamente como comenzó, el ruido de pasos se detuvo.

—Pues no lo hagas por mí, entonces. Hazlo por Tomas, por nuestro hermano, nuestro amigo. Hazlo para que su recuerdo no desaparezca junto con su hijo. Protégelo, Vikas. Protege a Vlad.

Vikas habló lentamente, como si quisiera asegurarse de que Otis entendía cada una de sus palabras.

—Me pides mucho, amigo mío.

Se produjo un momento de silencio, después escuchó unos pasos apresurados y un portazo tan fuerte que el corazón le dio un brinco en el pecho.

Vlad se estremeció, salió de la cama y cerró la puerta detrás de él.

El fuego aún crepitaba en la enorme chimenea, bañando la sala principal con un cálido resplandor. Se acercó mientras se frotaba los brazos de piel de gallina. Vikas estaba sentado en la silla frente al fuego, contemplando fijamente las llamas. Vlad se sentó frente a él. No había nadie más en la habitación, algo que lo desconcertó y reconfortó al mismo tiempo.

Las ventanas estaban cubiertas por pesadas cortinas, pero Vlad podía ver cómo la luz de la luna entraba en el cuarto, allí donde las telas se unían.

Vikas sostenía una jarra de sangrevino. Vlad asintió y cogió una copa de una mesa cercana. El viejo vampiro se la llenó hasta el borde y después se reclinaron en sus asientos con las bebidas en la mano.

Vikas contemplaba las llamas en silencio.

Vlad no sabía cómo empezar, qué decir, pero todo lo que se le ocurría no eran más que rodeos para que lo realmente quería decir. Después de varios minutos, miró a Vikas a los ojos.

—Os he oído discutir.

El vampiro asintió, pero no dijo nada. Tampoco se mostró sorprendido.

Vlad se aclaró la garganta.

—Me llamaste una cosa.

—¿Te molesta que te llame diablillo? Lo siento.

—No, no es eso. —Vlad bajó los ojos a su copa—. Dijiste que era el pravus. ¿Qué significa eso?

Los ojos de Vikas expresaban prudencia. Miró por encima del hombro de Vlad hacia la puerta que Otis había cerrado de un portazo al marcharse. Luego contempló a Vlad.

—La historia del pravus es muy antigua. ¿No te la ha contado tu tío?

Vlad negó con la cabeza y volvió a beber. La sangre condimentada le calentó el cuerpo.

Vikas vació su vaso y lo llenó de nuevo. Miró por encima del hombro de Vlad una vez más, antes de volverse a él con un aire de determinación en los ojos.

—Hace mucho tiempo, cuando mi abuelo era joven... ten en cuenta, Mahlyenki Dyavol, que mi abuelo, es decir, el hombre que convirtió a mi creador, mi padre, tiene ahora más de dos mil años... pero por aquel entonces, cuando las heridas de su creación aún no habían cicatrizado, se descubrió una antigua profecía. Probablemente sea la profecía más importante jamás descubierta. Hablaba de un vampiro de origen único. Un vampiro nacido, no creado.

Algo húmedo cayó sobre los vaqueros de Vlad. Miró y maldijo entre dientes por la sangre derramada. No se había dado cuenta de que estaba sentado en el borde de la silla. Dejó el vaso y apoyó la espalda contra el respaldo, más relajado.

Vikas le ofreció un pañuelo y continuó mientras Vlad frotaba el paño de seda contra su pantalón.

—La profecía dice que un día llegará un poderoso vampiro. Un ser que romperá con todas las reglas para crear otras nuevas. Nacido de madre humana. No tendrá sensibilidad a la luz del sol, será capaz de manipular las mentes de casi todas las criaturas vivas, y no se le podrá dar muerte con ninguno de los métodos conocidos por vampiros y humanos. Se le podrá herir, sí, pero no matar. Ese hombre es el pravus.

Vikas vació su copa y se sentó junto a Vlad.

—Muchos en Elysia creen que el pravus ha llegado ya. Y yo solo conozco a un vampiro que lo sea de nacimiento, Vladimir.

Vlad abrió los ojos como platos. Su corazón latía con fuerza contra sus costillas, pero se calmó y adoptó un ritmo más quedo.

—Yo.

—No todos lo creen. De hecho, la mayoría piensa que no eres tú y que la profecía es solo un cuento. Pero hay más. —Vikas se puso de pie y se acercó al fuego. Apoyó un codo en la repisa de la chimenea y descansó la barbilla sobre la mano abierta, después inclinó la cabeza para mirar de nuevo a Vlad—. Lo que estoy a punto de contarte es lo que quita el sueño a muchos de nuestros hermanos, Mahlyenki Dyavol, sin importar si creen o no.

Vikas se volvió para dirigirse de frente a Vlad. Su sombra temblaba contra la pared de la derecha. Su voz sonó ronca, como si el tema pudiese arrancar fácilmente lágrimas a un hombre de su talla. Sostuvo la mirada del chaval y dijo:

—La profecía también dice que el pravus dominará a todos los vampiros y esclavizará a la raza humana.

Vlad se quedó con la boca abierta.

Vikas asintió, como para decir que sí, que era verdad, aunque Vlad no hubiese objetado nada.

El tatuaje en la cara interna de su muñeca brilló con fuerza. Sacudió la cabeza, incapaz de comprender lo que estaba escuchando.

—Yo no soy el pravus. Aunque la profecía sea cierta y algún día nazca alguien así, no soy yo. Yo no.

—¿Estás seguro?

Vlad bajó la mirada al suelo. No estaba seguro de nada, la verdad, pero de una cosa sí estaba convencido: él no iba a esclavizar a la humanidad. Después de todo, eso incluiría a Henry y aún tenía que ganarle a *Race to Armageddon*, eso sin hablar de la secuela.

—¿Crees que soy ese vampiro monstruoso que esclavizará al mundo?

—No es un monstruo, es un mito... y lo que yo piense no es importante.

Vlad lo tomó como un sí y suspiró.

—¿Y Otis? ¿Qué piensa él?

Vikas contempló pensativo el suelo durante un momento antes de mirar a Vlad a los ojos.

—Eso deberías preguntárselo tú.

Vlad le devolvió el pañuelo y se puso en pie. Casi esperaba que Vikas diera un respingo cuando le tocó los dedos.

—Dime qué crees tú.

El viejo vampiro lo miró durante un momento y dijo:

—Creo que eres único... y en el mundo de los vampiros, eso es algo peligroso. Pero más que nada, creo que tu tío te subestima. Me gustaría ver cómo te defiendes de tus enemigos. Si es que puedes, claro.

—No tengo enemigos. O sea, están los chicos del insti, pero puedo con ellos. — Vlad pensó en el cazador, en Eddie, Bill y Tom. Últimamente no era precisamente el más popular del barrio, pero no podía llamarlos enemigos. Bueno, quizá a Bill y Tom sí.

Vikas negó con la cabeza, su expresión era de nuevo sombría y seria.

—Luego están quienes creen que el pravus es un dios y que la única manera de demostrar su existencia es intentar matarlo. Si muere, entonces estaban equivocados y el pravus aún no ha llegado, y puede que nunca lo haga. Pero si sobrevive...

Aquello era justo lo último que necesitaba.

—¿Quieres decir que algún psicópata quizá intente matarme para saber si soy el pravus del que habla la vieja profecía?

Vikas se acercó a una puerta, dispuesto para retirarse ya a descansar.

—Ten cuidado, Vladimir. Y escucha a tu tío. Quiere lo mejor para ti.

La puerta se cerró tras el viejo vampiro y Vlad regresó a su silla frente al fuego.

El pravus. Así que eso es lo que la *Enciclopedia Vampírica* ocultaba en todos aquellos párrafos que no podía traducir. La historia de un vampiro nacido, no convertido, destinado a reinar sobre todos los vampiros, les gustara o no. Sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Y si alguien intentaba matarlo solo para comprobar si podía morir? Ya era bastante malo que un cazador anduviera tras su pista y que Eddie Poe estuviera decidido a exponerlo delante de todos, pero encima ahora se enteraba de esto. Vlad cogió aire y lo dejó escapar lentamente, intentando no perder la calma.

Después de un rato y muchas más respiraciones relajantes, se le cerraron los ojos.

Otis lo despertó con un suave empujón. Vlad se frotó los ojos, seguro de que podría dormir varias horas más.

Su tío le sonreía. Tenía la piel rosa y un aspecto saludable.

—Acuéstate, Vlad. Esa silla es incómoda.

Vlad asintió. Iba a preguntarle si creía que era el vampiro del que hablaban las profecías, pero cerró la boca y arrastró los pies hasta su habitación.

Si su tío pensaba que era el pravus, no lo quería saber.

Entrenamiento interrumpido

—Céntrate, Mahlyenki Dyavol. —La voz de Vikas traslucía emoción y reverberaba un poco en la oscuridad de la sala de entrenamiento. Llevaban allí dentro más de una hora, pero ninguno de los dos tenía ganas de descansar después de tantos progresos.

Vlad respiró hondo e imaginó ríos de deliciosa sangre precipitándose por un desnivel y cayendo sobre un estanque rojo. Su estómago se tensó y de repente pudo sentir el poder en su interior, tal y como Vikas le había enseñado durante toda la semana. Estaba allí, en su centro, una bola caliente y chispeante de electricidad que resonaba desde su interior. Deliciosa. Vlad se rindió ante ella y la sintió recorrer sus venas. Luego se concentró en Henry y proyectó su mente.

Henry sonrió. No era lo normal pasar el día en la nieve con su primo y un grupo de chicas guapas. Eso sin mencionar a las coquetas gemelas de enormes e inocentes ojos. Mantuvo la calma, miró a Joss y alzó la voz para que las gemelas pudieran oírlo.

—Vamos al Diamante Negro.

Como esperaba, Joss lo miró con la boca abierta. Su primo no tenía ni idea de lo importante que era impresionar a las chicas con alguna hazaña... aunque él solo hubiera estado en aquella pista dos veces en toda su vida.

Las gemelas le sonrieron y él se lanzó cuesta abajo como si nada, mirándolas de reojo y dedicándolas su mejor sonrisa. Si jugaba bien sus cartas, veía una chimenea y un par de chicas en su futuro más cercano. *Guay, tío. Tú sigue así.*

Vlad intentó mantener la calma, sonrió y lo empujó con suavidad.

Henry perdió el equilibrio y se cayó de morros en la nieve.

Vlad habría seguido en su mente para disfrutar de las carcajadas de Joss y las chicas, pero conservar la concentración era difícil cuando le entraba la risa. Salió rápidamente de la mente de su amigo y las carcajadas de Vikas se unieron a las suyas.

—Como dije, Vladimir, es útil a la par que entretenido leer y controlar las mentes. ¿Estás disfrutando?

Vlad sonrió en la oscuridad.

—Ya te digo. ¿Y ahora qué?

Vikas guardó silencio durante un momento y, cuando habló de nuevo, detectó cierta duda en su voz.

—Quizá haya llegado el momento de pasar a algo más productivo. Por ejemplo... ¿la venganza?

Vlad tragó saliva y bajó la voz hasta casi un susurro.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Solo que estoy seguro de que hay algún gamberro en tu vida que hace tiempo que merece un escarmiento por todo lo que te ha hecho. ¿Me equivoco?

Vlad no tuvo que pensar mucho.

—No. Pero... ¿qué quieres decir con venganza?

El tono de Vikas se suavizó, pero no consiguió ocultar su excitación.

—Hablo de una broma inocente. Por supuesto, si prefieres no castigarlos por lo que te han hecho...

Vlad pensó en Bill y Tom, y en todas las taquillas contra las que lo habían estampado. Se humedeció los labios lentamente y dijo:

—¿En qué has pensado?

Entonces escucharon un débil golpe en la puerta. Vlad relajó los hombros, decepcionado. Su lección había terminado antes de poder darles a probar a Bill y Tom de su propia medicina.

Otis abrió la puerta y la habitación se llenó de luz.

—¿Te puedo robar un momento a mi sobrino?

Vikas asintió.

—Claro.

Le hizo una señal con la cabeza y Vlad salió detrás de su tío al frío exterior. La nieve resultaba cegadora. Entornó los ojos y miró a Otis mientras subían por una colina cercana.

—¿Ocurre algo malo?

Su tío lo miró de reojo. Siguió subiendo hasta que llegaron a la cima. Frente a ellos había un pequeño claro dónde nadie había pisado. Otis suspiró.

—¿Por qué crees que pasa algo malo?

Vlad se aclaró la garganta. Tenía la desagradable sensación de que estaba metido en algún lío, pero no estaba seguro de por qué.

—Porque esta es la primera vez que interrumpes mis clases.

Otis se volvió hacia él con los labios apretados.

—Es que no apruebo la lección de hoy. O mejor dicho, hacia dónde parecía ir la lección de hoy. Algunos vampiros quizá acepten conceptos como la venganza o utilizar a los humanos como divertimento, pero yo no.

Vlad se detuvo, luego bajó la voz, suspicaz.

—Las paredes de la cabaña son muy gruesas y aíslan del sonido, Otis. ¿Cómo sabes de qué estábamos hablando?

Su tío redujo la marcha mientras avanzaban hacia el claro de la colina. Bajó los ojos hacia la nieve virgen del suelo y a Vlad le pareció distinguir una pizca de vergüenza en su expresión.

—¿Me leíste la mente? ¡Creía que teníamos un trato! —El pecho de Vlad subió y bajó mientras su respiración y su ritmo cardiaco se aceleraban por el enfado—. «No te metas en mi cabeza, y yo no me meteré en la tuya», ¿recuerdas?

Otis alzó de repente la vista y miró a Vlad a los ojos. Apretó los dientes y su voz

sonó más brusca.

—Lo recuerdo muy bien. Y no harías mal en recordar tú lo desagradable que es tener a alguien merodeando por tus pensamientos la próxima vez que hagas caer a Henry. O algo peor. ¿Qué tenías pensado para Bill y Tom exactamente?

Vlad bajó los ojos, pero solo por un segundo.

—No iba a hacerles daño ni nada de eso.

—Si cedes a ese impulso, a ese deseo de venganza, será muy fácil pasar de las bromas inocentes a... —Otis no pudo seguir. Su rostro tenía la expresión de alguien que ha dicho más de lo que pretendía.

Vlad se puso tenso. Alzó una ceja y su voz sonó fría.

—¿Esclavizar a toda la humanidad?

Otis abrió los ojos como platos, sorprendido, pero enseguida se relajó, derrotado. Entonces dijo casi en un susurro:

—El camino hasta algo así es largo, pero son conceptos relacionados. Y más de lo que tú crees, te lo aseguro.

Vlad guardó silencio durante un tiempo. Su tío acababa de decirle que creía que él era el pravus. ¿Cómo podía pensar algo así? ¿Cómo podía creer que su único sobrino era un monstruo? Sintió un fuerte dolor en el pecho, pero consiguió no se le notara la decepción en la voz.

—Estás exagerando las cosas. Además, no puedes entrar en mi mente y no dejarme entrar en la tuya. Sobre todo después de nuestro acuerdo.

—Solo intentaba protegerte.

—¿De qué? Creía que confiabas en Vikas como maestro.

—Y confío en él. Es solo que... —Negó con la cabeza, su enfado se estaba diluyendo—. Vikas es un profesor tradicional. En general, su currículum es brillante, pero algunos de sus ideales no son los que deseo para ti.

Vlad se mordió el labio inferior antes de hablar.

—¿Y eso no debería decidirlo yo?

Otis miró a su sobrino a los ojos, asombrado e incrédulo.

—Sabes mucho para ser tan joven. —Le cogió la cara entre las manos y suspiró, calentando el aire que los separaba—. No volveré a interferir.

Vlad se subió el cuello del abrigo para taparse las mejillas y se estremeció mientras arrastraba los pies por el crujiente polvo blanco. Una cosa era segura, Otis podía haber elegido un lugar más calentito para echarle la charla.

—¿Por eso me has traído aquí?

—En parte. También quería darte un regalo. —Lo miró con cautela—. ¿Te gustaría volver a ver a tu padre?

De repente, Vlad ya no sentía frío.

Miró a Otis, que asintió ligeramente, como para decir que sí, que era posible. Pero ¿cómo? A no ser que los vampiros pudieran viajar en el tiempo, claro. Y si ese fuera el caso, Vlad tendría que volver al día en que sus padres murieron y sacarlos de la

casa antes del incendio para no separarse de ellos nunca más. Pero... no podía ser. De eso estaba seguro, porque si no Otis ya se lo habría dicho.

—¿Qué quieres...?

—Es sencillo. Tomas y yo solíamos hacerlo cuando nos separábamos, para contarnos todo aquello que habíamos vivido y nos parecía importante o memorable. Tienes que abrir tu mente a mí... —Vio en sus ojos un destello de culpa—. Te prometo que no iré más allá de compartir mis recuerdos contigo. Tus pensamientos estarán a salvo. Juro que no volveré a entrar en tu cabeza sin permiso.

—¿Quieres decir que podré ver tus recuerdos de mi padre? —Otis asintió y a Vlad le tembló el labio inferior, pero lo controló con un mordisco—. Me gustaría mucho.

—Respira hondo y abre la mente. —Otis lo miró con ojos febriles e intensos. Vlad inspiró profundamente e intentó no pensar en nada en particular, como Vikas le había enseñado.

Al principio no vio nada. Solo la tranquilidad diáfana de su mente.

Pero entonces...

Un destello. Un rostro. Familiar, cálido, sonriente. Pero desapareció tan rápido como había aparecido. Como un solo fotograma de una vieja película de ocho milímetros.

—Ábrete, Vlad. Relaja la mente.

Vlad calmó su respiración y esperó.

El rollo de película en su mente se puso en movimiento de nuevo, esta vez añadiendo acción al rostro sonriente de su padre. La película saltó, la imagen se hizo más nítida y Vlad se sorprendió al escuchar el ruido de fondo de un mercado lleno de gente. Tomas le sonreía. No, no a él... a Otis. Lo estaba viendo a través de los ojos de su tío y reía.

—Venga, Otis. Ni que la peste Negra fuera el fin del mundo, hombre. Anímate.

Entonces, tan rápido como había comenzado, la película terminó y aparecieron imágenes al azar hasta que reapareció el rostro sonriente de Tomas.

—No todos los días se consigue una comida vegetariana, Otis.

Al otro lado de la calle vio sentados un grupo de *hippies* de pelo largo. Uno pellizcaba una guitarra mientras los demás cantaban alguna canción sobre la paz y el amor. Otis rio entre dientes. Tomas se humedeció los labios, los colmillos eran plenamente visibles.

—Están un poco flacuchos, pero estoy seguro de que tienen un par de buenos sorbos. ¿Tú qué crees?

Tomas miró a Otis y Vlad vio cómo le brillaban los ojos y la familiar forma en que subía la comisura de la boca en una media sonrisa... familiar porque él hacía lo mismo.

Vlad intentó hablarle, pero no pudo. No era más que un recuerdo, una imagen guardada en la cabeza de Otis. Mantuvo la mente abierta y la película avanzó a través

de imágenes borrosas hasta que se detuvo de nuevo en otro recuerdo.

Tomas estaba en una biblioteca. Un muro de libros lo rodeaba mientras hojeaba cada página. Vlad lo observaba, parecía ausente a todo lo que no fueran las palabras escritas sobre la página, igual que él cuando se sumergía en la lectura de algún libro realmente bueno. Era chocante ver que tenían gestos tan similares. Sabía que su padre y él se parecían, pero había olvidado cuánto.

Entonces irrumpió la voz de Otis.

—¿Otra vez leyendo? ¿Qué hora es?

Tomas alzó la vista, rota la concentración y con una sonrisa en los labios.

—Son antiguas historias. Para pasar el rato, ya sabes. ¿Y tú, qué? Creía que estabas en un avión rumbo a Siberia.

No escuchó la respuesta de Otis porque la película saltó una vez más a través del tiempo.

Del cielo caía una cortina de agua pegándole el pelo a la cara. Miró de reojo a Otis, sus ojos parecían sinceros.

—Somos hermanos, Otis. Siempre lo seremos.

La película se detuvo y Vlad pudo sentir cómo Otis salía de su mente. Pero él aún no estaba listo. No quería renunciar tan pronto a aquellos preciosos momentos que había presenciado. Necesitaba más, solo un poco más...

El rollo de película saltó hacia atrás. Una vez más, Tomas estaba en pie, bajo la lluvia. Esta vez tenía el ceño fruncido, estaba enfadado.

—No te pido que mientas, solo que olvides tus prejuicios, Otis. Solo quería despedirme antes de marcharme.

—Una humana, Tomas. Comprendo la necesidad de ser amado, pero ¿abandonar Elysia por una humana? Es una locura. —Otis negó con la cabeza—. ¿Adónde iréis?

—No te lo puedo decir.

—¿No confías en mí?

Tomas guardó silencio y miró a su hermano a los ojos antes de dar media vuelta.

—No te lo puedo decir.

—Bien. Pues vete entonces. Pero luego no me pidas ayuda cuando todo se desmorone a tu alrededor. —La voz de Otis temblaba—. Siento como si ya no te conociera.

Tomas lo miró de medio lado, en sus ojos había sinceridad.

—Somos hermanos, Otis, siempre lo seremos.

Vlad frunció el ceño. La película en su cabeza terminó y cuando abrió los ojos, Otis lo miraba con severidad.

—Otis, yo...

—No importa. No has podido evitarlo... y no pensaba que fueras capaz de sacar esos recuerdos a la luz. Fue el último día que vi a tu padre. Discutimos. No aprobaba su romance con tu madre y, me avergüenza admitirlo, pero lo apoyé menos todavía cuando supe que Mellina se había quedado embarazada. —Esa vergüenza era patente

en su rostro y, cuando lo miró a los ojos, Vlad tuvo que morderse la lengua para no llorar—. Perdona a un viejo tonto, Vlad. En aquel momento no tenía ni idea de lo mucho que lamentaría que mis últimos momentos con Tomas fueran así. Tampoco sabía que acabaría queriendo tanto a su hijo.

Vlad bajó la mirada a la nieve entre sus pies. En el último año, Otis había ocupado un lugar en su vida casi tan importante como el de Tomas, era como una especie de padre para él. Una redonda lágrima lo traicionó, rodó por la mejilla y cayó de su barbilla a la nieve.

—Gracias, Otis. Por todo.

Otis parecía luchar también contra las lágrimas mientras contemplaba la pequeña aldea que se extendía a sus pies.

—Deberías volver a tus clases.

Vlad se tapó la boca con la mano y carraspeó.

—Si no te importa... prefería que me enseñaras qué ideales crees que debería tener.

Otis lo miró de nuevo con las cejas alzadas.

—¿Quieres que te enseñe yo? Vlad, no estoy seguro de ser un buen profesor.

Vlad sonrió mientras recordaba los disfraces y los deberes que les puso cuando fue profesor suplente en Bathory.

—El año pasado no lo hiciste tan mal.

—¿Qué quieres aprender?

Vlad se encogió de hombros. La verdad era que quería saber cualquier cosa que Otis estuviera dispuesto a enseñarle. Más que eso, quería prolongar aquel momento a solas entre los dos. Aprender de Vikas era genial, pero Vlad echaba de menos a su tío... además, tenía la extraña sensación de que cuando aquellas vacaciones llegaran a su fin, Otis volvería a marcharse a recorrer el mundo en busca de apoyos para su situación.

—¿Cómo hiciste lo de los recuerdos?

—No es más que una prolongación de la técnica de compartir pensamientos. —Su tono sugería que no era algo difícil. Cuando miró a Vlad, sin embargo, parecía sorprendido—. ¿Vikas y tú aún no habéis charlado telepáticamente?

Vlad negó con la cabeza. Según parecía, Vikas no le estaba enseñando tantas cosas cómo él creía.

—Tu padre y yo solíamos comunicarnos a través del pensamiento. Lo hacíamos con tanta frecuencia que, cuando abandonó Elysia, tuve migrañas por el silencio que se hizo en mi mente. —Otis esbozó una sonrisa, pero sus ojos revelaron la oscuridad que había tras ellos—. Hablar telepáticamente es una de las actividades que más confianza requiere entre vampiros, ya que le estás permitiendo a otro que entre en tu mente cuando quiera. Es un delicado equilibrio, un toma y daca. Yo abro mi mente para ti y tú para mí. Si nos concentramos en el significado de nuestras palabras en lugar de en las palabras en sí, se transformarán en conversaciones mentales que solo

nosotros podremos oír. Con el tiempo, si quieres, podríamos incluso comunicarnos a grandes distancias. ¿Quieres que probemos?

—Ya te digo.

—Pues abre tu mente para mí.

Vlad se relajó y cerró los ojos. Era más fácil con los ojos cerrados. Dejó todos los pensamientos y todas las preocupaciones a un lado, deseoso de escuchar la voz de Otis en su cabeza, como su padre había hecho en tantas ocasiones.

Las palabras de su tío llegaron en un susurro.

—Bien, ahora, céntrate en el significado de tus palabras y proyéctalas en mi mente con suavidad.

—¿Así? —Abrió los ojos sorprendido ante su voz. Sonaba diferente. No era una voz ahogada, no, sino más bien queda, como si estuviera confinada en un espacio cerrado.

La risa de Otis reverberó en el cráneo de Vlad con un agradable hormiguelo.

—Así. *Es muy útil cuando hay humanos alrededor y queremos hablar de cosas de naturaleza vampírica. Mola, ¿eh?*

Vlad sonrió.

—*Esto es mucho más guay que flotar en el aire. Tengo ganas de enseñárselo a Henry. Así las mates serán mucho más interesantes.*

Otis negó con la cabeza y dijo en voz alta:

—Henry es humano. Él no tiene el poder mental para recibir un mensaje de manera tan clara. Podrás leer su mente, e incluso implantar ideas en su cabeza que lo lleven a preguntarse sobre ciertas cosas, azuzar su curiosidad hasta el punto que haga lo que le dices, pero nunca te podrás comunicar telepáticamente con un humano. Ni siquiera con un lacayo como Henry.

Vlad bajó los hombros.

—Pues vaya.

—Cómo te pareces a Tomas. Impaciente con tus dones y queriendo siempre más. —Otis rio entre dientes, le dio una palmadita en la espalda, giró y se dispuso a bajar la colina—. Y eso no es necesariamente malo.

Vlad se apresuró a seguirle los pasos.

—¿Me falta alguna otra cosa? O sea, además de aprender sobre telepatía y compartir recuerdos.

Otis guardó silencio durante un momento, luego suspiró y metió las manos en los bolsillos de su abrigo.

—La verdad es que no sé qué es lo que te espera, Vlad. Como te dije antes, eres único. Solo tú has nacido vampiro. A los demás nos han hecho; nuestros creadores nos mordieron y nos regalaron la esencia de Elysia. Nuestro futuro es más predecible. El tuyo en cambio no está escrito. Podría darte una lista de habilidades que puedes desarrollar, pero no tiene mucho sentido especular.

Vlad quería decirle que sí tenía sentido, que aunque no supiera qué iba a pasar,

estaba bastante seguro de que un vampiro adolescente era algo mucho más temible que un humano adolescente. Pero Otis avanzaba ya a cierta distancia. Además, tuvo la sensación de que sus razones le sonarían a queja y esa no era la imagen que quería dar de sí mismo.

Cuando alcanzó a Otis, frente a la cabaña de entrenamiento, se metió las manos en los bolsillos, imitando a su tío.

—Cuando volvamos a Bathory, ¿te quedarás con Nelly y conmigo?

Otis suspiró y Vlad supo la respuesta. Su corazón se hundió en el estómago y se encogió hasta convertirse en una pelota pequeña.

—No puedo. Todavía no. Antes tengo que convencer a Elysia de que no soy un delincuente, de que hice lo que tenía que hacer. Eso me llevará un tiempo. Si consigo poner de mi parte a tres de los Consejos, quizá haya esperanzas. Pero mientras no los convenza de mis buenas intenciones, me temo que trasladarme a Bathory es imposible. Os pondría en peligro a Nelly y a ti.

—Pero tengo el Lucis. Puedo protegerte. —Vlad buscó en el bolsillo de sus vaqueros y sacó el arma, pero Otis lo agarró por la muñeca y negó con la cabeza.

—Aquí no, Vlad. Escóndelo.

Vlad asintió lentamente y Otis lo soltó.

—El Lucis puede que te proteja de la justicia de Elysia, Vlad. Pero a mí me conocen bien... como también conocen los detalles de mis supuestos delitos. El Lucis no evitaría que destruyeran el pueblo entero en mi busca. Bathory está demasiado cerca de Stokerton, y es demasiado peligroso ir allí, aunque sea con la ayuda de un hechizo tego. Yo no soy tan valiente como tu padre.

Vlad metió el Lucis en el bolsillo de nuevo.

—¿Un hechizo tego?

—Se usa para bloquear la telepatía. Ya te lo explicaré más adelante, además de cómo utilizar tu marca.

La expresión seria de Otis se relajó y esbozó una sonrisa.

—Te esperan descubrimientos maravillosos. Una vida de aprendizaje, de experiencias únicas y un mundo que todavía no te atreves ni a soñar. Ya verás cuando te alimentes de la fuente...

—Eso no lo haré nunca. —Vlad lo miró a los ojos—. Jamás.

Otis se encogió de hombros como diciendo «puede que no, puede que sí» y abrió la puerta de la cabaña de entrenamiento. La pasividad de su tío irritó a Vlad, aunque no estaba muy seguro de por qué exactamente.

Entró y tuvo tiempo de ver a Vikas antes de que la puerta se cerrase tras él, sumergiéndolo de nuevo en la oscuridad.

Donde está el corazón

Vlad se incorporó en la cama y se estiró. No tenía ninguna prisa en poner los pies en el frío suelo, pero aquel sería su último día en Siberia, en Elysia, y si se quedaba en la cama, jamás volvería a casa. Tras pasar varios días con Vikas dentro de la sala oscura e impermeable al mundo exterior, había llegado a la conclusión de que el control mental, usado con un propósito honorable, podía ser una herramienta útil. En la cabaña se le daba genial. En una ocasión consiguió que Tristian se tomara un descanso de sus obligaciones y, para gran sorpresa de su maestro, logró que uno de los vampiros se arrancara a cantar. Pero era un trabajo duro y extenuante. Además, fuera de la cabaña de entrenamiento le resultaba casi imposible controlar la mente de nadie.

Cuando le contó a Vikas cómo consiguió que Henry se metiera el dedo en la nariz, este le explicó que un lacayo era el objetivo más fácil para el control mental. Cuando dejó de reírse, claro.

También estaba desarrollando su telepatía sin problemas. Otis y él mantenían largas conversaciones por la noche, cerca de la chimenea, en las que su tío le contaba anécdotas de su padre. Vlad estaba aprendiendo muchas cosas de él. Y gracias a aquellas historias, también descubría datos nuevos sobre Otis.

Dio un respingo al tocar el suelo, pero se puso en pie y se vistió rápidamente. Cabría suponer que después de pasar una semana en uno de los lugares más fríos del planeta, se habría acostumbrado ya, pero aparentemente no era así. Se estremeció y se subió la capucha.

Abrió la puerta que daba a la habitación principal y Tristian le dio la bienvenida con una copa de sangrevino. Vlad asintió para darle las gracias y suspiró. Estaba ya un poco cansado de la sangre condimentada. Lo que le apetecía era una bolsa calentita de cero positivo y una bandeja de galletas de chocolate recién hechas.

Otis estaba de pie, junto a la puerta, sacudiéndose la nieve del abrigo.

—Deberíamos irnos pronto, Vlad. Se acerca una tormenta y Vikas dice que si nos pilla aquí, tendremos que pasar todo el largo invierno en Siberia.

Vlad bostezó.

—¿Puedo desayunar antes?

Otis asintió.

Vlad miró la chimenea. El fuego se había apagado. En la habitación solo estaban Otis, Tristian y él.

Tras un silencio prolongado, su tío carraspeó.

—La mayoría sigue en la cama. Vikas está fuera, corriendo con los lobos, dijo que volvería a tiempo para despedirse.

Vlad apuró su copa y se sentó en la mesa cercana.

—¿Corre con lobos?

Otis le quitó importancia al asunto con un manotazo al aire, como si lo que hacía Vikas no fuera nada del otro mundo.

—Uno de los secretos del animorfismo es pasar todo el tiempo posible con un animal. Así se comprenden mejor sus deseos y sus procesos mentales. —Después sonrió y le tendió el abrigo a Vlad—. Además, le encanta perseguir zorros.

Vlad se puso el abrigo, se lo abrochó, y se plantó las botas. Animorfismo. Su libro no decía nada de eso. De hecho, el libro solo hablaba de historia y leyes, y dejaba las cosas chulas fuera, como si los vampiros supieran aquello de forma instintiva. Aunque, claro, él no era un vampiro como los demás.

Nada más salir, Vikas los saludó jadeante. Sus ojos miraron a Otis con un brillo de tristeza.

—Es una pena lo de la tormenta. Hacía tanto tiempo que no te veía...

Otis apretó los labios.

—No me puedo quedar. Pero espero que reconsideres mi oferta. Somos viejos amigos, Vikas. Si no puedo contar contigo, ¿a quién voy a recurrir?

Vikas sostuvo la mirada de Otis, luego asintió y le dio unas fuertes palmadas en el hombro. Se volvió hacia Vlad.

—Eres uno de mis mejores alumnos. Sigue practicando y no dejes tus estudios. Ten cuidado, Mahlyenki Dyavol. Nos volveremos a ver algún día, estoy seguro.

Otis se subió al trineo.

Vlad contempló a Vikas alejarse hacia la ventisca.

—He decidido que me gusta ese mote.

Otis carraspeó y se puso las gafas, pero Vlad tuvo tiempo de ver sus lágrimas.

—Te pega. Vikas siempre llamaba Dyavol a Tomas... Significa «diablo». Así que esa es su forma de decir que eres una versión en pequeño de tu padre.

Vlad ocupó su sitio en el trineo, pero no se tapó con la manta hasta la nariz. El viento soplaba a su alrededor. La temperatura había descendido hasta niveles similares a los de la noche anterior, pero a Vlad lo mantenían caliente el recuerdo de su padre y el hecho de que un desconocido ruso lo hubiera reconocido en él.

El trineo avanzó a toda velocidad por la montaña, dejando atrás árboles, animales salvajes y nieve. Después de devolver los perros a Dimitri, cogieron un taxi al aeropuerto y subieron al avión. Para entonces Vlad estaba exhausto y Otis tenso. La calma de estar en Elysia lo había ido abandonando a medida que se alejaban.

Vlad le dedicó una sonrisa.

—Gracias por llevarme a conocer a Vikas. Ha sido guay.

—Te ha cogido mucho cariño, Vlad. Me alegro de que disfrutaras de su compañía.

Vlad se pasó la lengua lentamente por los labios agrietados y dijo:

—Me contó lo del pravus.

Todo el cuerpo de su tío se puso rígido de la tensión.

—¿Ah, sí?

A pesar del tono, aquello no era una pregunta.

Vlad se desabrochó el cinturón para mirar a su tío a la cara.

—Sí, ¡qué locura! O sea, ¿yo? ¿Un conquistador malvado? Me parece que no. Pero estaba pensando si... bueno... —Vlad se movió nervioso en su asiento. Quería saber qué pensaba Otis, pero al mismo tiempo, le daba miedo preguntárselo.

Su tío lo miró a los ojos.

—Quieres saber lo que yo pienso.

Vlad asintió y sostuvo la mirada de su tío.

Otis negó con la cabeza, su expresión era muy seria.

—No, no creo que seas el pravus, Vladimir. Te pareces demasiado a tu padre, y Tomas era un buen hombre.

Vlad escudriñó los ojos de su tío y solo encontró en ellos sinceridad.

—*La cuestión es... ¿crees tú que eres el pravus?*

La voz de Otis sonó tranquila y expectante en su cabeza. Vlad se tomó un momento para meditar su respuesta y entonces le contestó telepáticamente.

—*No, no lo creo. Pero si lo fuera, ¿importaría?*

Una atractiva azafata se inclinó sobre Vlad y le ofreció a Otis una taza de café. Su tío le sonrió y dio un sorbo.

—*Claro que no. Además, no es más que una tonta superstición.*

Vlad intentó mirarlo a los ojos, pero su tío estaba concentrado en el café y dio la conversación por terminada.

Tras horas de aviones, maletas, multitudes, prisas y tras extraviar las llaves, por fin se vieron camino a Bathory dentro de la antigualla a la que su tío llamaba de coche. Una vez ante la casa de Nelly, Otis giró el volante, aparcó frente a la entrada, y miró a Vlad a los ojos con una sonrisa.

—¿Contento de estar en casa?

—Más o menos. Cansado. Pero sobre todo hambriento.

Otis abrió la puerta del coche y salió. Vlad lo siguió. Iba a preguntarle si pensaba quedarse unos días cuando vislumbró algo rosa por el rabillo del ojo.

Meredith avanzaba hacia su casa con la cazadora que le había dejado. Sonrió con alegría y le dijo:

—Hola, Vlad. Oh, ¡hola, señor Otis!

Otis sacó la pesada maleta del maletero y sonrió.

—Hola, Meredith. ¿Qué tal estás?

Meredith se encogió de hombros.

—No me puedo quejar. Aunque lo echo de menos en el insti.

Vlad se puso colorado al recordar el beso. Cuando pensó en que le había dicho

que le gustaba y en lo cálidos que le habían resultado sus labios en el frío de la noche, no pudo ni hablar. El corazón le latía en la garganta y parecía que quisiera ahogarlo en silencio.

—Te aseguro que en el instituto tenéis profesores mucho mejores que yo. —En aquellos momentos para Vlad su tío era como un socorrista sacando del agua a un hombre medio ahogado. Cogió la cazadora que Meredith le ofrecía—. Muchas gracias por devolverle la cazadora. Estoy seguro de que él también está muy agradecido.

Vlad consiguió asentir. Sentía como si tuviera la cara envuelta en llamas.

Meredith y su tío intercambiaron un par de palabras más hasta que la joven dio media vuelta y se marchó. Entonces Otis le entregó la cazadora con una sonrisa.

—Para conquistarla, tendrás que hablar con ella, Vladimir.

Nelly salió al porche, arrebujándose en su abrigo.

—Ya me preguntaba cuándo apareceríais. ¿Te quedas a cenar?

Otis le entregó a Vlad una de las bolsas y sonrió con cariño a Nelly. Cualquier tensión que sintiera se había desvanecido.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Sonrojada, Nelly entró de nuevo en casa.

Vlad negó con la cabeza y puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar una sonrisa.

—Te gusta, ¿verdad?

Su tío pareció incómodo por un momento. Toda su atención estaba concentrada en la puerta principal, como si sopesara cuánto debía revelar a su sobrino. Pero a Vlad tanta ceremonia le pareció una tontería, porque ya conocía la respuesta. Otis suspiró y se pasó una mano por el pelo en señal de derrota.

—Sí.

Vlad arrastró la bolsa hasta el porche sin dejar de sonreír y miró de reojo a su tío.

—¿Entonces te quedarás un poco más? —preguntó, esperanzado.

Otis soltó la bolsa que llevaba y le dedicó una mirada sombría.

—No, me temo que no.

La sonrisa de Vlad se esfumó.

—No puedo tener ese tipo de relación con Nelly. Está prohibido y lo sabes. Es una pena... —Alzó la vista hacia la casa y luego miró de nuevo a Vlad—, pero no hay nada que hacer. Además, Elysia ya tiene razones de sobra para ponerle precio a mi cabeza.

—¿Por eso no vienes más? —Vlad soltó la bolsa en el porche y se volvió hacia Otis con una mirada acusadora en los ojos.

—No vengo más porque busco apoyos para mi... para nuestra situación, Vlad. Haré lo que sea para protegerte.

Vlad se encogió de hombros.

—¿Y no me protegerías mejor si estuvieras aquí?

Las arrugas en la frente de Otis se hicieron más profundas. Parecía enfadado, y Vlad entendía bien por qué.

—Baste con decir que he derramado sangre por tu bienestar, Vladimir. Y lo volvería a hacer sin pensarlo dos veces.

Vlad asintió, su curiosidad estaba satisfecha por el momento.

—¿Estaremos alguna vez todos juntos, como una familia?

—Puede que algún día. —Otis suspiró—. Cuando el Consejo elija a un nuevo presidente quizá las cosas cambien. Pero como la muerte entre vampiros es tan poco habitual, no es algo para lo que el Consejo esté preparado. Quizá tarden un año, quizá diez. Puede que cien. Con suerte, el nuevo presidente podría ser comprensivo con nuestra situación.

—¿Y hasta entonces?

—Huyo de ellos. Y mantengo las distancias contigo. —Otis volvió a fruncir el ceño—. Lo siento, Vladimir. Así son las cosas. Por ahora.

Vlad suspiró.

—Así que estoy solo.

—No del todo. Seguiremos escribiéndonos y, si consigues alcanzarme a pesar de la distancia, podremos comunicarnos telepáticamente.

Otis cogió la maleta más grande y subió las escaleras hacia la puerta. Después de un instante, Vlad lo siguió.

Nelly ya les había servido en sus platos unos deliciosos filetes calientes bañados en sangre. Vlad dio un sorbo de cero negativo de su vaso y escuchó mientras Otis le contaba los detalles del viaje. Bueno, no los detalles. Eso no. Su tío omitió con cuidado que se habían alojado con otros vampiros y que Vlad había aprendido que algunos de sus congéneres creen que es una especie de bestia demoníaca destinada a dominar a la humanidad. Vlad le agradeció el gesto.

Pero sí que le habló de los hermosos paisajes y de lo mucho que había disfrutado del viaje. Vlad se preguntó si Otis intentaba demostrarle que lo quería. La verdad es que no hacía falta. Sabía que se preocupaba por él. ¿Cómo iba a atravesar media Siberia en un trineo tirado por perros en busca de protección y adiestramiento para alguien que le daba igual?

Después de la cena y tras despedirse casi entre susurros, Otis se puso su sombrero de copa y acompañó a Nelly hasta el coche. Minutos después, su tía conducía en dirección al hospital para cumplir con otro turno doble. Vlad bajó las escaleras y se acercó a su tío.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Sinceramente, no lo sé. Pero espero que pronto. —Otis lo abrazó y entró en su coche. Luego alzó la vista hacia Vlad con el ceño fruncido—. Si tienes algún problema, llámame telepáticamente. Si no contesto, escíbeme. Y si te topas con el cazador, mi mejor consejo es que bloques la estaca, que es lo que suelen utilizar, y salgas corriendo.

Vlad suspiró.

—¿Ese es tu consejo?

Otis rio entre dientes.

—Desgraciadamente, sí. El Lucis no tiene efecto sobre los humanos. Estarás bien. Pero no llames la atención. Quizá no te descubra. La mayoría de los cazadores están mal pagados y se distraen con facilidad. Casi todos son unos memos. —Cerró la puerta del coche y tras intentar arrancar dos veces, dio marcha atrás y se alejó por la carretera.

Vlad se quedó allí, viendo las luces traseras del coche encogerse en la distancia. Ya echaba de menos a su tío.

Aún era por la tarde y el sol todavía no se había puesto. Al otro lado de la calle, el señor Templeton apartaba la nieve de la acera con una pala y la arrojaba a su blanco jardín. Algunos chavales del colegio estaban haciendo un fuerte de nieve dos casas más allá mientras reían alegres. El señor Jenkins, el cartero, pasó por delante de su casa y lo saludó con la cabeza mientras metía unas cuantas cartas en el buzón. Vlad los contemplaba a todos con distante curiosidad.

Cuando se volvió en la dirección por la que Otis se había marchado, vio a un hombre en pie, al otro lado de la calle, que lo miraba directamente. Al principio no le pareció especialmente sospechoso. No era un profesor, de eso estaba casi seguro. Y conocía a casi todo el mundo en Bathory, aunque fuera solo de vista. Advirtió que el hombre lo observaba y ladeó la cabeza, preguntándose dónde lo había visto antes.

El hombre dio un paso hacia delante y, cuando cruzaba la calle, comenzó a correr.

Y entonces Vlad cayó en la cuenta. Lo había visto al otro lado de la calle la noche del campanario y lo tomó por el cazador.

El tiempo pareció detenerse y, de repente, en el mundo solo existían aquel hombre y Vlad. Pestañeó mientras contemplaba cómo el cazador se acercaba a él y alzó los brazos para bloquear la estaca que estaba seguro ocultaba tras la espalda. Se apartó tan rápido como pudo.

Las risas de los niños calle abajo sonaron como una grabación sorda y rayada, y el señor Templeton parecía despejar la nieve de la acera a cámara lenta. No había tiempo de salir corriendo. El cazador se movía más rápido que el sonido.

Abrió la boca y le mostró unos grandes y brillantes colmillos.

Vlad bajó los brazos, confundido. ¿Colmillos?

Un dolor lacerante encendió su cuello cuando el vampiro le mordió la yugular y sintió una angustia repentina al notar que comenzaba a succionar su sangre. Dio un grito ahogado, más sorprendido que asustado, y se olvidó de defenderse.

Vlad contempló cómo sus vecinos se movían con esa extraña lentitud que se había apoderado de ellos. ¿Acaso no veían que lo estaba atacando un vampiro? La respuesta era sencilla. Según parecía, algunos vampiros habían desarrollado la habilidad de moverse tan rápido que se hacían invisibles a los ojos de los humanos.

Vaya, aquello no venía en el libro. Tendría que recordar ese truco la próxima vez

que Bill y Tom le dieran problemas.

Si es que había una próxima vez.

El vampiro se apartó y sacó un tubo de ensayo del bolsillo interior de su chaqueta. Escupió la sangre que le había chupado a Vlad y lo cerró con un tapón.

Vlad se llevó la mano al cuello, repentinamente mareado y sin ánimos para defenderse. Se preguntó si aquel sería un efecto secundario de la pérdida de sangre. Después proyectó su mente para llamar a su tío Otis, pero no lograba concentrarse. Se obligó a fijarse en su atacante.

—¿Quién eres?

El vampiro sonrió.

—Soy Jasik.

Vlad supo que se le iba la cabeza. Se estaba muriendo. Mierda, se estaba muriendo... y por culpa de un vampiro.

Tropezó, mareado por la pérdida de sangre, pero intentó con todas sus fuerzas no desplomarse sobre la nieve recién caída.

—¿Me vas... me vas a matar, Jasik?

La risa metálica de Jasik llenó sus oídos.

—No, pequeño. No soy ningún asesino. Hay leyes, ¿recuerdas? Yo solo robo. — Sostuvo en alto el tubo de ensayo para que Vlad lo viera y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

La sangre se le escapaba entre los dedos. La herida estaba tardando en cerrarse. ¿Cómo se llamaba aquella sustancia química que usaban los mosquitos para evitar que la piel cicatrizase? Lo había dado hacía poco en clase.

Anticoagulante. El señor Gaunt estaría orgulloso de él.

—Jasik. —Vlad se estremeció y finalmente se derrumbó. Antes de desmayarse, creyó oír que su atacante le preguntaba si se sentía mal, pero no estaba seguro.

De lo que sí estaba seguro era de haber escuchado la risa de Jasik de nuevo y de contemplar sus huellas en la nieve mientras se alejaba.

El poder curativo de la sangre

Sentía como si le hubieran golpeado la cabeza con una piedra enorme. Intentó levantarla, pero estaba como pegada a la almohada.

¿Almohada?

Abrió un ojo y vio a un Henry con cara de preocupación. Intentó abrir el otro, pero no pudo, así que decidió cerrar los dos otra vez. Henry lo sacudió con suavidad.

—Eh, ¿estás bien?

Se humedeció los labios y se obligó a abrir el ojo de nuevo. Esta vez consiguió entornar también el otro.

—¿Henry?

Su amigo asintió y una nube de preocupación ensombreció su mirada.

—Tuve la extraña sensación de que estabas en peligro, así que vine corriendo y te encontré tirado en el suelo, bocabajo, rodeado de varios de tus vecinos. El señor Templeton dijo que iba a llamar a urgencias, pero yo lo detuve.

—¿Cómo lo conseguiste? Creo que es el hombre más terco del planeta.

—Le dije que tenías la gripe y que se suponía que yo tenía que cuidarte mientras Nelly estaba trabajando. Le juré que la llamaría en cuanto te metiéramos en casa.

Vlad se mordió el labio inferior y miró a Henry con aire pensativo.

—¿La has llamado?

Henry negó con la cabeza.

—No. Quería hablar contigo antes. ¿Qué ha pasado?

Vlad intentó incorporarse de nuevo, pero no pudo. Respiró hondo. Sentía que le ardía la piel. ¿Qué había pasado? Al principio todo le pareció borroso, pero entonces recordó los colmillos y la punzada de dolor. Jasik era el nombre de su atacante. Vlad se llevó la mano al cuello. Las heridas del mordisco ya se habían cerrado sin dejar marca alguna. En un tono de incredulidad, dijo:

—Me ha mordido un vampiro.

Henry puso los ojos en blanco.

—Muy gracioso.

—Lo digo en serio.

Henry lo contempló durante un momento y después asintió.

—¿Y sabes quién fue?

—Dijo que se llamaba Jasik. No lo había visto nunca. —Vlad pensó durante un momento y luego miró a Henry a los ojos—. ¿Qué sentiste cuando te mordí?

Henry meditó unos segundos y luego dijo:

—Como si me cortara con una hoja de papel, la verdad. Tus colmillos estaban muy afilados, así que el mordisco me hizo estremecer, pero después no me dolió más. Luego me sentí un poco mareado cuando empezaste a beber, pero no me dolió ni nada, ¿por qué?

Vlad se frotó la zona del cuello donde Jasik lo había mordido.

—Cuando Otis me dio mi marca el año pasado, casi ni me dolió. Me mareé un poco, pero nada más. Me pregunto por qué cuando Jasik me mordió, me dolió tanto y me dejó tan débil.

—Bueno, tú solo probaste mi sangre y Otis te hizo perder solo un poco. Quizá este tal Jasik te quitó más. —Le tembló un poco la voz—. Quizá quiso matarte.

—No. Me dijo que era un ladrón, no un asesino. —Vlad levantó la cabeza e intentó incorporarse, pero tuvo que rendirse ante el mareo y las náuseas que sintió de repente.

—¿No te puedes sentar? —Según parecía, Henry tenía un asombroso poder de observación.

—No. —Vlad señaló la puerta con los ojos—. Necesito sangre.

Henry asintió y salió del cuarto. Vlad escuchó cómo cruzaba la biblioteca y bajaba las escaleras. No oyó un solo ruido hasta que Henry volvió al trote, subió las escaleras y entró en la habitación de Vlad. Dejó sobre la cama varias bolsas de sangre.

—Había cuatro en la nevera. Las he traído todas.

Vlad se llevó una a la boca y la mordió. Solo entonces se dio cuenta de que ya tenía los colmillos fuera.

Absorbió el contenido de la bolsa y después cogió otra. Repitió la operación hasta que vació todas. Pero algo no iba bien. Debería sentirse mejor, pero no era así. Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Me siento raro.

—Bueno, eres raro.

—El corazón me va a mil y no puedo levantar la cabeza sin marearme. —Se lamió los labios, aliviado de que fuera Henry quien lo encontrara desmayado frente a su casa. Lo miró a los ojos—. Estoy seguro de que necesito más sangre. Tío, ¿cuánta me quitaría?

Henry sacó el móvil del bolsillo.

—Voy a llamar a Nelly.

—¡No! —Vlad intentó coger el móvil, como si aquello fuera a detener a Henry. Lo miró con cara de preocupación—. No le digas nada. Se preocupará.

Henry suspiró y dejó el teléfono sobre la cama.

—Tío, otro vampiro te ha mordido. Tenemos que decírselo a alguien, estoy seguro de que la Cruz Roja no trata esta clase de emergencias.

Vlad lamió los agujeros de la última bolsa de sangre y mintió.

—Me pondré bien.

No sabía si sería así o no. Toda aquella experiencia le hacía sentir todavía más culpable por haber mordido a Henry.

Aun así, no podía negar el hambre que sentía.

Su amigo guardó silencio durante un momento, después se arremangó y le ofreció con decisión la muñeca.

—Bebe de mí.

Vlad negó con la cabeza.

—No.

Una gran vena azul de aspecto delicioso recorría el brazo de Henry. Apartó la vista.

Henry lo miró a los ojos.

—Eh, ¿de qué sirve tener un lacayo si no te puede echar una mano cuando lo necesitas?

Vlad intentó con todas sus fuerzas resistirse al olor de la sangre de su amigo. Recordó a Tristian y cómo Vikas apenas lo miraba.

—No pienso en ti de ese modo, ¿sabes?... como si fueras mi esclavo. Eres mi mejor amigo.

Henry sonrió.

—Ya lo sé. Ahora cállate y bebe de mi sangre antes de que cambie de idea. Jolín, no hay nada peor que un vampiro llorón.

Vlad apretó los labios.

—No, Henry.

—Oye, hace tiempo que quiero decirte esto... —Henry sonrió y acercó más el brazo—: Pégame un mordisco.

Vlad contempló de nuevo la vena de Henry y se estremeció. Parecía calentita, tentadora y deliciosa. Cogió el móvil de su amigo y llamó al hospital.

—Hola, tía Nelly. ¿Podrías venir muy rápido con más bolsas de sangre? No quedan.

Henry se bajó la manga lentamente y susurró:

—¿Qué le vas a decir del vampiro?

Vlad cerró el móvil.

—Nada, y tú tampoco.

Henry respiró aliviado y lo miró divertido:

—Sí, señor.

Atrapado

A Vlad aún le rugía el estómago y tenía que concentrarse a conciencia para mantener sus colmillos en su sitio. Era evidente que no había comido lo suficiente y su sed de sangre no le dejaba pensar en nada más. Quizá necesitaba llevar al insti más picoteo durante el día... o podía entregar una nota de Nelly diciendo que debía salir durante unos diez minutos todas las tardes para tomar su medicación. En cualquier caso, tenía que hacer algo con aquel apetito... y tenía que hacerlo ya.

Frunció el ceño, irritado, cuando Stephanie Brawn, del equipo de animadoras y «morreadora» oficial de todos los chicos con pulso del pueblo, se deslizó hasta su taquilla.

—Hola, Vlad.

No le contestó, conocía demasiado bien a Stephanie como para confiar en ella. En su lugar metió la cabeza en la taquilla y fingió que estaba muy ocupado buscando algo. No sabía qué, pero estaba seguro de que no lo encontraría hasta que Stephanie viera algo brillante por el pasillo y saliera tras ello.

Desgraciadamente, aquel día debía de haber escasez de objetos brillantes en los pasillos porque Stephanie no se iba a ninguna parte.

—¿Has visto las taquillas de los mayores? Las están pintando de rojo y negro, ¿te lo imaginas? Bueno, eso es que están orgullosos de nuestros colores, supongo.

Vlad suspiró y sacó la cabeza lo suficiente para mirarla y arquear una ceja.

—¿Qué pasa? No me digas que ahora somos amigos, porque no me había enterado.

Stephanie abrió mucho los ojos como hacía siempre que quería impresionar a algún profesor nuevo.

—Solo quería acercarme a ti.

Vlad puso los ojos en blanco.

—Ya, pues déjalo, ¿vale? Mi vida es bastante complicada sin que intentes hacerte la simpática conmigo porque estés en algún programa de confraternización estudiantil.

—¿No querrás decir un programa de «idiotización»? —Sonrió y miró a alguien que se acercaba a espaldas de Vlad, pero cuando este quiso darse la vuelta, ya era demasiado tarde.

En un momento, Tom lo empujó contra su taquilla mientras Bill le pegaba un puñetazo en la espalda. Vlad gritó sorprendido y se preguntó por un segundo si Joss también lo salvaría esta vez. Entonces Tom lo cogió por los hombros y lo arrastró por

el pasillo, deteniéndose solo para hacerlo pasar por una puerta y tirarlo escaleras abajo. Entre risas y frases como «Divertíos, chicas», Bill y Tom cerraron la puerta mientras Vlad aterrizaba en el cuarto de las calderas.

Cuando dejó de rodar, gimió y se llevó una mano al costado. Se puso en pie. Sentía pulsaciones en la espalda, justo donde Bill lo había golpeado, pero el costado le dolía más, seguramente por la caída por las escaleras. Avanzaba hacia la puerta cuando oyó una vocecita.

—No te molestes. Han bloqueado la puerta desde el otro lado. Como hacen siempre.

Vlad lo intentó de todas formas, pero la puerta no se movió. Se pasó la lengua por los colmillos, dio media vuelta y bajó las escaleras. Eddie Poe estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, ajustando la lente rota de su cámara. Vlad se preguntó si se habría roto al caerse por las escaleras.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo llevas aquí, Eddie?

Eddie se encogió de hombros y esquivó los ojos de Vlad.

—Desde esta mañana.

Vlad alzó la vista hacia la puerta. No quería pasar el día atrapado en un sótano sofocante como el infierno, y menos aún con el chaval que había estado a punto de descubrir su secreto más terrible y oscuro. El estómago le rugió de nuevo, como si quisiera recordarle su cita con la bolsa de sangre.

—¿Has probado a golpear la puerta para llamar la atención de la gente?

Eddie se estremeció al escuchar su voz. Un pedazo de la lente de su cámara cayó al suelo, arrancándole un lamento.

—Sí, pero nadie se entera. Esta sala está aislada acústicamente para que no se oiga el ruido de la caldera y esas cosas.

Vlad miró a su alrededor. Allí no había nada que pudieran utilizar para escapar. Lo único que podía hacer era esperar a que el señor Brennan, el bedel del instituto, fuera a comprobar algo de la maquinaria y ya de paso los salvara. Suspiró, se sentó en el último escalón y, frustrado, se pasó los dedos por el pelo para apartarlo de los ojos.

Eddie miró a Vlad a los ojos y luego clavó la mirada en el suelo. No parecía muy contento de compartir aquel pequeño espacio con un monstruo.

Vlad se obligó a sonreír. A él tampoco le hacía gracia aquella situación, pero si jugaba bien sus cartas, podía aprovechar aquel tiempo para convencer a Eddie de que no era más que un humano normal y corriente.

—Bueno, menudo artículo publicaste. No sabía que te gustara escribir.

Eddie guardó silencio durante un largo rato. Y justo cuando Vlad iba a preguntarle si lo habían echado del periódico, Eddie se puso en pie y se estiró. Después lanzó una mirada nerviosa a la puerta y luego bajó de nuevo los ojos al suelo. Cuando habló, lo hizo en voz tan baja que Vlad tuvo que esforzarse para distinguir las palabras del susurro de su respiración.

—Siempre supe que eras diferente. Una especie de paria, como yo.

Vlad contuvo la respiración durante un momento, negándose a que el aire saliera o entrara en sus pulmones. No había ninguna pregunta en su voz, ni un ápice de duda en sus palabras. Sabía su secreto.

El aire volvió a sus pulmones de golpe, pero se había quedado sin palabras. ¿Qué se le dice a alguien que no hablaba de sospechas o conjeturas, sino que lo había visto en acción? Vlad miró por el rabillo del ojo a la puerta y suspiró, preguntándose cuánto tiempo llevaban ya allí. Supuso que las clases estarían a punto de terminar, pero sin un reloj era difícil saberlo con seguridad. Las tripas le rugían feroces, pidiéndole comida. Gimió. Genial. Justo lo que necesitaba. Estaba atrapado en una habitación con un humano mientras se moría de hambre.

Pero para su gran sorpresa, Eddie lo miró a los ojos.

—Aún no sé qué eres exactamente. Pero leo muchos cómics, así que estoy convencido de que lo acabaré descubriendo.

Echó los hombros hacia atrás y una pátina de seguridad envolvió sus palabras.

—Ver cómo te cambiaban los ojos de color fue la primera pista de que no eras humano, y luego cuando te seguí hasta el instituto y vi cómo flotabas hasta el campanario... bueno, la verdad es que al principio flipé bastante. Pero fui listo. Mi madre dice que no lo soy, pero se equivoca. Esperé y te hice esa foto cuando bajabas. Podía haber dado tu nombre en el artículo, pero la verdad es que ahora me interesa más averiguar qué eres. Pensé que quizá me lo dirías después de leer lo que escribí.

Vlad negó con la cabeza.

—No hay nada que contar, Eddie. No sé a quién o qué viste, pero yo soy tan humano como el que más. —Volvió a mirar a su compañero e intentó que sus palabras sonaran firmes y convincentes—. Deberías tener más cuidado, tío. Por acusaciones como estas te podrían echar del periódico, o cosas peores.

Vlad sostuvo su mirada para asegurarse de que había captado la amenaza. Estuvo tentado de probar el control mental con él, pero sabía que con Eddie Poe no tendría que ir tan lejos. Aquel chaval siempre daba un paso atrás cuando alguien se enfrentaba a él. Siempre.

Como había sospechado, Eddie abrió mucho los ojos, aterrorizado. Dio un paso atrás y cuando se topó con la pared, se deslizó hasta el suelo y se quedó allí sentado, abrazándose a las rodillas. Contempló a Vlad durante unos minutos, como si tuviera miedo de que se abalanzara sobre él y le chupara la sangre.

Más que dispuestos a darle ese gusto, los colmillos de Vlad dejaron las encías. Tuvo que respirar hondo varias veces, pero después de un rato, consiguió controlar su apetito. Aunque una cosa estaba clara... si no salía de allí pronto, Eddie iba a ser su próxima comida.

Cogió aire y se concentró en Henry. No tenía ni idea de si sería capaz de llegar hasta él desde un lugar que no fuera la sala de entrenamiento de Siberia, pero tenía que intentarlo.

Henry, estoy atrapado en el cuarto de la caldera con Eddie Poe. ¡Date prisa!

Eddie seguía observándolo. Vlad se movió intranquilo, pero no dijo nada. Después de todo, no había nada que decir. ¿Cómo era ese dicho? ¿Es mejor parecer tonto que abrir la boca y confirmarlo? Pues eso.

La puerta en lo alto de las escaleras se abrió de golpe, sorprendiéndolos a los dos. Vlad suspiró aliviado. Así que había contactado con Henry. Se dijo a sí mismo que tenía que escribir a Otis y contárselo. Por lo visto, Vikas tenía razón en eso de que era fácil contactar con los lacayos.

La luz del sol entró por la puerta abierta, iluminando la sala mucho mejor que la luz del fluorescente. Oyó a Meredith gritar desde lo alto de las escaleras:

—Vlad, ¿estás ahí abajo?

Vlad abrió mucho los ojos y sintió que el hambre daba paso a una cálida alegría al saber que Meredith no había abierto la puerta por casualidad, la había abierto porque lo estaba buscando.

Se aclaró la garganta, un poco decepcionado por no haber conectado con Henry.

—Sí.

Eddie deslizó la espalda por la pared mientras se incorporaba. Se acercó lentamente a los escalones con la mirada desconfiada y temerosa, fija en Vlad. Pero entonces se detuvo y contempló con ansiedad la puerta.

Vlad se apartó para que Eddie pasara. Mantuvo la mandíbula apretada y lo miró desafiante.

Eddie bajó los ojos a sus zapatos, pero cuando volvió a mirar a Vlad parecía más seguro que nunca. Habló en voz baja, para que Meredith no pudiera oírlo.

—No me importa si me castigan, Vlad. No me importa si me castigan mil veces con tal de descubrir lo que eres. —Subió las escaleras rápidamente y se detuvo para mirar de nuevo a Vlad de reojo—. No me importa.

Se encogió al pasar junto a Meredith y evitó sus ojos. La joven le sonrió.

—Hola, Eddie, ¿estás bien?

Pero Eddie no contestó.

Vlad subió un par de escalones, intentando librarse del enfado que Eddie le había provocado. En su mente, revivió el beso que Meredith le dio entre la nieve y el viento helador. Se preguntó por un momento qué posibilidades había de que lo repitiera si se quedaban allí solos un rato.

—Gracias por abrir la puerta. Nos quedamos atrapados.

Los ojos de Meredith brillaron de rabia durante un segundo, sorprendiéndolo.

—Oí a Bill y Tom presumiendo de haberos encerrado aquí abajo. Así que vine a ver si aún seguíais aquí. ¡Qué idiotas!

Vlad sonrió. Se ponía muy guapa cuando se enfadaba. Le gustaba cómo se le arrugaba la nariz.

Meredith lo miró.

—¿Por qué sonríes?

Vlad apartó la vista.

—Por nada. Es que me alegro de verte.

Ella resplandeció, y Vlad abrió los ojos de par en par.

—Me refiero a la puerta. Que me alegro de que abrieses la puerta... Gracias.

—Oh. —Meredith le devolvió la sonrisa—. Pues de nada.

Aunque las mejillas de Vlad estaban rojas como tomates, consiguió mantener la sonrisa.

—Sí, eres mi heroína.

El aire de repente perdió densidad. Meredith estaba a solo un paso de él y lo miraba como si fuera el único chico del mundo.

Vlad deseaba con todas sus fuerzas ser valiente y besar aquellos labios tan bonitos.

Quería ser valiente. Pero no lo era.

En su lugar, la miró a los ojos sonriendo y rezó para que aquel momento no acabara.

—Hmm, hola, Vlad... Meredith. —Henry estaba en la puerta, luchando por no reír—. Será mejor que salgáis de ahí. La señora Bell viene de camino y está castigando a la gente a diestro y siniestro.

Meredith se sonrojó y subió las escaleras. Tras un segundo, Vlad la siguió sin importarle nada si lo castigaban o no.

Después de todo, perder unas pocas horas de clase merecía la pena con tal de pasar unos momentos con la chica de sus sueños.

El código de la amistad

Vlad bajó las escaleras del instituto Bathory tras un lunes horrible. Unos segundos después se le unió Joss, a pesar de las frías miradas que Vlad le dedicaba desde el baile de la Nieve. Sí, Meredith lo había besado a él y no a Joss, pero eso no cambiaba el hecho de que su colega hubiera salido con ella. Se suponía que eran amigos, y un amigo sabe cuándo te gusta una chica, aunque no le digas nada. Incluso Henry lo adivinó sin que Vlad se lo contara, simplemente lo dedujo. Entonces, ¿por qué Joss no?

Era un día de marzo excepcionalmente cálido, así que Vlad se quitó la cazadora y la llevó en el brazo. Marzo. Casi no podía creer que no hubiera sabido nada de su tío en tres meses, desde el día que se separaron tras el viaje a Siberia. Vlad le había escrito poco después del ataque de Jasik y seguía haciéndolo una vez por semana con mensajes cada vez más desesperados, pero Otis no le había contestado. Al menos no había vuelto a ver a Jasik en los meses posteriores al ataque y tampoco había ni rastro del cazador sobre el que su tío le había prevenido. Pero también existía la posibilidad de que Otis no estuviera bien informado. ¿Y si no hubiera tal cazador? ¿Y si solo se tratara de Jasik, el ladrón? Aun así, Vlad apenas había salido solo, y generalmente se limitaba a ir de casa al instituto y viceversa. Por si las moscas. Pero estaba preocupado por su tío.

Camaron entre las casas. Henry se había quedado en el instituto porque tenía otra de esas reuniones del consejo estudiantil. Antes de salir a su calle, Joss pareció dudar un momento y luego dijo con voz ronca:

—Tengo que hablar contigo.

Lo miró con ojos suplicantes, pero Vlad no pensaba ponérselo fácil. *Tío, eres mi colega. Has violado el código.* Eso era un hecho al que tenía que enfrentarse.

Joss cogió aire, se tranquilizó y dijo:

—Me siento fatal por lo que hice. Sabía que te gustaba Meredith, pero cuando me pidió que la acompañara al baile, no me lo podía creer. Es tan guapa y tan divertida, y tan lista y tan...

—No lo estás arreglando. —Vlad apretó los labios mientras recordaba la primera vez que vio a Meredith. Tenían ocho años y ella acababa de llegar al colegio. Se plantó delante de toda la clase, asustada y tímida, retorciendo con el índice el lazo rosa que adornaba su pelo. Parecía aterrorizada. A Vlad le entraron ganas de cogerla de la mano y protegerla.

—Lo siento, ¿vale? Estuvo mal. Me parece que he jorobado nuestra amistad y me

siento fatal. —Joss lo miró con ojos sinceros—. Por favor. Tiene que haber algo que pueda hacer para compensarte.

Vlad se ajustó la tira de la mochila al hombro y apretó los dientes, todavía enfadado.

—La próxima vez que creas que me gusta alguien, no te hagas el loco, ¿vale? Me hiciste mucho daño, Joss. Pensaba que éramos amigos.

—Y lo somos. —Joss dejó la mochila en el suelo. Sus mejillas estaban algo sonrojadas—. Si te soy sincero, aparte de Henry, eres mi único amigo... y él es mi primo. Si no sale conmigo, su madre lo castiga.

Vlad gruñó al sentir una repentina e inesperada punzada de culpabilidad.

—No es por eso, Joss. Le caes bien. Los dos pensamos que molas mucho... cuando no sales con chicas y esas cosas. —Suspiró y dejó su mochila junto a la de Joss. Quizá había sido demasiado duro con él. Quizá debería perdonarlo ya. Después de todo, Joss solo era culpable de aceptar una invitación a un baile—. Mira, ni siquiera le había contado a Henry lo mucho que me gusta Meredith. Y cuando fuiste al baile con ella... me sentí como si para ti nuestra amistad no valiera nada. Y eso es difícil de digerir.

—No volveré a hacer algo así jamás. Te lo juro, ¿vale? —Joss suspiró y una nube de desesperación ensombreció su expresión—. ¿Podemos ser amigos otra vez?

Vlad se pasó una mano por el pelo para apartarlo de los ojos y se reprochó su actitud. Por una parte quería guardarle rencor para siempre, pero por otra sabía que no podía. Era Joss. Casi tan importante para él como Henry.

—Nunca hemos dejado de serlo. Solo porque esté enfadado contigo no significa que ya no seamos colegas.

Un gran alivio iluminó los ojos de Joss. Los dos chavales permanecieron en silencio hasta que su compañero se aclaró la garganta.

—Así que, ¿te gusta mucho, eh?

Vlad dejó escapar un suspiro. Sentía como si se hubiese quitado un peso de encima ahora que habían hablado del tema.

—Pues sí, me gusta.

Joss lo miró durante un momento y dijo:

—Requiere mucha confianza, abrirse así a alguien.

—Bueno, es porque confío en ti. —Vlad se encogió de hombros, sintiéndose de repente más ligero, mucho mejor después de haber aclarado aquello.

—Yo también confío en ti. —Joss entonces se quedó callado y cuando habló de nuevo, le tembló un poco la voz—. De hecho, tengo un secreto. Uno bien grande. Y me gustaría compartirlo contigo. ¿Te parece bien?

Vlad asintió.

—Guay por mí. ¿Es algo malo?

—No, en realidad no. O sea, yo estoy muy orgulloso. Pero no suelo hablar del asunto. Además, está ligado a un problema que tengo y he pensado que quizá tú me

podrías ayudar.

Vlad esperó, pero Joss no decía nada.

—No podré ayudarte si no me lo cuentas.

—Lo haré. Es que... es duro, ¿sabes? No se lo he contado a nadie. Y necesito hablar. Tú... tú conoces el pueblo, a la gente. Tienes una mente abierta, a juzgar por tu colección de libros. Siento que puedo confiar en ti, porque por fin tengo un amigo que no es pariente. —Miró de reajo hacia atrás y luego más allá de Vlad, como si quisiera asegurarse de que estaban solos—. Ya casi no me queda tiempo. Si no termino pronto... podría tener problemas muy serios.

Vlad frunció el ceño. Algo en la boca del estómago lo lanzó hacia delante y casi consiguió hacerle perder el equilibrio. Eran sus nervios. Tenía un mal palpito.

—Tío, ¿qué pasa? ¿Va todo bien?

Por la expresión de Joss, estaba claro que no todo iba bien. Se humedeció los labios y miró de nuevo hacia atrás de reajo.

—Necesito que me ayudes.

Vlad no estaba seguro de querer oír lo que Joss iba a contarle, sobre todo después de tanta vacilación por su parte. Se estaba poniendo cada vez más nervioso y sentía que se le iba formando una bola en el estómago.

Joss se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Escucha, estoy rompiendo las normas por hablar de esto. Qué narices, ya las rompí al venir aquí. Tenemos prohibido aceptar trabajos de índole personal. ¿En qué estaría pensado? —Negó con la cabeza como si se reprochara algo en silencio—. No puedo decírselo a Henry, y tú eres la única persona en la que confío aquí, Vlad. Y ahora, con el contrato de nueve meses casi acabado, necesito ayuda para terminar el encargo. Si te digo la verdad, aún no he empezado. Generalmente no me agobiaría, pero el tío que me contrató amenaza con matarme. Y estoy casi seguro de que lo hará si no cumplo.

Vlad asintió como si comprendiera algo, cosa que no era cierta, la verdad.

Joss hizo una pausa. Parecía que estuviera buscando las palabras adecuadas.

—No me trasladé aquí por mis padres. Vine porque tengo un trabajo que hacer.

Vlad se inclinó ligeramente hacia delante, ansioso por oírlo todo.

—¿Qué trabajo? ¿De qué hablas?

Joss sostuvo su mirada.

—Mi padre trabaja para una empresa que nos obliga a trasladarnos por todo el mundo. Pero el asunto es que mis padres no saben que en realidad yo soy el que trabaja para ellos. El puesto de mi padre es solo una tapadera. Una tapadera de la que ninguno de los dos sabe nada.

Vlad alzó una ceja e intentó no parecer demasiado impresionado.

—¿Una tapadera de qué?

—De mi trabajo. Soy un cazador. —Joss asintió como si aquello fuera lo más natural del mundo—. Un cazador de vampiros.

No.

Su mirada era limpia, fría y sincera. Y no importa cuánto se esforzara, Vlad no conseguía ver nada que le indicara que su amigo estaba de guasa.

No, no, no. Joss, no.

—Me contrataron al comienzo del curso escolar para cazar y matar a un vampiro que merodea por Bathory. Es un asunto privado, algo que la Sociedad de Cazadores no ve con buenos ojos. Los cazadores tienen prohibido firmar ese tipo de contratos. Si un vampiro amenaza a tu familia o a ti, entonces estás solo. Es un asunto muy serio. Pero cuando supe que había un vampiro viviendo de incógnito en el pueblo de mi primo, no pude negarme, Vlad. Hay que proteger a la familia. —Joss relajó los hombros, como si se hubiera quitado un gran peso de encima—. Fue difícil convencer a mis padres de que tenía que vivir con la tía Matilda y el tío Pete durante un año, normalmente la Sociedad se ocupa de eso por mí. Siempre es duro mentir a tus padres... pero con la vida de Henry en peligro, eso sin hablar de su hermano y sus padres, tenía que hacer algo.

El nudo en el estómago de Vlad se hizo más prieto hasta que sintió que su tripa se convertía en una masa dura y compacta.

—Pero los vampiros no existen.

Joss se inclinó hacia él como si compartieran un terrible secreto. *Y curiosamente, así es*, pensó Vlad.

—Oh, claro que existen. Lo sé. Los he matado.

Vlad tragó saliva, apartó los ojos de Joss, miró al suelo y de nuevo a su amigo.

—¿Cómo? ¿Cómo los matas?

El tono del cazador era aterradoramente tranquilo.

—Oh, de muchas formas. Sobre todo con una estaca en el corazón. También he sacado a la luz del sol a algunos mientras dormían. He decapitado a otros. Es algo bastante brutal, pero creo que es por una buena causa. Si los cazadores no hiciéramos nada contra esa... peste...

Vlad se sobresaltó.

—... el mundo estaría plagado de esas bestias.

Miró a Joss y buscó en sus ojos la sombra de una mentira. Esperaba desesperadamente encontrarla, pero no vio ni rastro. El chaval que estaba frente a él era responsable de la muerte de algunos de sus hermanos.

—¿Cuántos has matado?

—A ver... —Joss contó con los dedos, y luego guardó silencio durante un momento mientras pensaba—. Veintitrés, sin contar a los dos que liquidé con ayuda de otro cazador cuando estaba empezando.

Vlad negó con la cabeza.

—Pero no sabes nada de vampiros. No sabes si son malos o buenos. ¿Por qué crees que merecen morir?

Joss apretó los labios. Cuando habló, su voz sonó ronca, como si estuviera al

borde del llanto, pero se resistiera a caer en él.

—Sé lo bastante. Uno mató a mi hermana. Vi cómo pasó. Y seguiré cazándolos hasta que no quede ni uno solo de esos monstruos.

Monstruos. ¿Cómo podía llamar Joss monstruos a los vampiros cuando los estaba matando sin molestarse en conocerlos mejor?

—¿Tienes alguna idea de dónde está el vampiro que andas buscando? —Vlad se metió las manos temblorosas en los bolsillos de los pantalones.

Los ojos de Joss se concentraron en la parcela de suelo que separaba los pies de Vlad. Parecía muy tranquilo. Quizá no sabía que estaba hablando con uno de esos monstruos.

—Aún no. Este es listo. Y... bueno, he estado un poco distraído, preocupado por el plazo del contrato, saliendo con Henry y contigo, y luego está lo de Meredith. Oye, ¿no se lo dirás a nadie, verdad?

Vlad pensó en contárselo a Otis, pero no se imaginaba cómo reaccionaría al saber que uno de sus mejores amigos era el cazador. Negó con la cabeza, tragó saliva y bajó la mirada.

—¿Qué harás si lo encuentras?

—Es una cosa. No una persona. —Se agachó y abrió su mochila—. Haré lo que me pagan por hacer, lo mataré como sea.

Vlad sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¿Y no es peligroso?

Joss lo miró con una expresión que, en otras circunstancias, podría haber resultado tranquilizadora.

—Tranqui. El único que debería preocuparse por lo que pueda pasar, si lo encuentro, es el vampiro.

Por alguna razón, Vlad no se sintió reconfortado por aquellas palabras.

Joss buscó en su mochila y sacó una gran caja de madera. La abrió con una resplandeciente llave de plata y sacó un pequeño objeto metálico que puso en manos de Vlad.

—Es un crucifijo de plata de ley. Los vampiros no pueden acercarse a las cruces. Y odian la plata.

Por un segundo, Vlad casi se echa a reír, pero entonces Joss sacó una gruesa estaca de madera de treinta centímetros de largo.

Cerró la mano alrededor de la cruz de plata. Jamás había visto un pedazo de madera que le diera más miedo.

Joss la sostuvo ante sus ojos. Vlad apretó la cruz con más fuerza todavía antes de devolvérsela y coger tímidamente la estaca de manos de su amigo.

—Justo entre las costillas y atravesando el corazón. Pero tienes que clavarla muy profundamente o se revuelven como locos.

Vlad tragó la saliva que se le había acumulado en la garganta.

—¿De verdad lo has hecho?

—Claro que sí. Hay que matar a esas cosas, Vlad. No tienes ni idea de lo que pueden hacer si se les deja campar a sus anchas. —Joss pasó la mano con cariño sobre una botella con la etiqueta «Extracto de ajo»—. Mi trabajo es matarlos... y me gusta hacerlo.

Las últimas cuatro palabras que salieron de los labios de Joss fueron demasiado para Vlad. Negó con la cabeza mientras su corazón latía a mil por hora.

—Joss, ¡es una locura! Estamos hablando de personas. Los vampiros no existen, ¡estás matando a personas!

Una sombra que Vlad no había visto nunca antes oscureció la expresión de Joss.

—No, Vlad. Yo mato monstruos. Monstruos capaces de sacar a una niña pequeña de la cama y matarla mientras su hermano mayor lo ve todo desde el pasillo, escondido detrás de la puerta, demasiado asustado para moverse o gritar.

Vlad miró a su amigo, incrédulo, perdido en el horror de lo que había conducido a Joss hasta aquel momento. Intentó calmar su corazón, pero este se negaba a abandonar su frenético ritmo, así que relajó los hombros y procuró parecer más tranquilo. O al menos, no como si fuera el mismísimo vampiro que Joss estaba buscando. Sopesó la estaca en la mano, intentando no pensar en la función para la que estaba diseñada.

—Guay. Vale, admitamos por un momento que todo lo que dices es cierto. ¿Qué haces? ¿Apareces de repente y les clavas esta cosa?

—Más o menos.

Vlad negó con la cabeza. No importaba cuánto se esforzara, no le veía el sentido a todo aquello.

—¿No dices «Hola, me llamo Joss y he venido a matarte», o algo así? ¿Simplemente les clavas la estaca en el pecho, y ya está?

Joss se encogió de hombros.

—No hace falta más. ¿Para qué perder el tiempo hablando? Eso solo serviría para darles ventaja.

—¿Y luego qué? ¿Los dejas ahí tirados con la esperanza de que estén muertos? —Vlad agitó una mano en señal de desagrado. Un asesino. Joss era un asesino. Y lo que era aún peor, no lo había visto venir. No estaba seguro de con quién estaba más enfadado, si con Joss por ser un cazador o consigo mismo por ser tan tonto de hacerse amigo de un cazador. Pensó que había que modificar el código de la amistad: no ligarás con la chica que le gusta a tu mejor amigo... ni le clavarás una estaca en el pecho.

Joss dejó el crucifijo en la caja y suspiró, como si Vlad estuviera exagerando.

—No entiendo tu reacción, tío. Sí, los dejo allí. Una vez el trabajo está hecho, está hecho. Contacto con la Sociedad para que lo limpien todo y me marchó a casa.

Vlad bajó la vista al suelo que los separaba. Eran solo unos centímetros, pero parecían un mundo.

—¿Y si fallas?

En un segundo, Joss lo cogió por la muñeca y se la retorció. Antes de darse cuenta de lo que estaba pasando, el cazador lo hizo girar y lo inmovilizó. En la mano derecha sostenía la estaca. Vlad no recordaba haberla soltado, pero el caso es que allí estaba, en manos de Joss y camino de su pecho.

Vlad sintió que se mareaba y el color desapareció de su rostro, dejándolo aún más pálido. Había hecho demasiadas preguntas. Joss había visto su tatuaje. Algo. Tenía que haber cometido algún error, porque de alguna manera se había dado cuenta de que él era el único vampiro de Bathory. Y estaba a punto de matarlo.

La punta plateada de la estaca brilló con la luz del sol, a solo unos centímetros del corazón de Vlad, que latía desahogado. Tenía los ojos desorbitados y su respiración era rápida y entrecortada. La voz de Joss susurrándole al oído le confirmó que no estaba muerto. Todavía.

—Yo nunca fallo. —Una fría determinación reverberó en sus palabras mientras bajaba la estaca y soltaba a su amigo. Entonces sonrió al ver la cara de pánico de Vlad—. Oye, entiendo que estés incómodo. Son demasiadas cosas así, de golpe. Pero no te preocupes. No te pido que claves estacas, solo que me ayudes a encontrarlo.

Todos los sentimientos de traición, terror y miedo que Vlad experimentaba explotaron a la vez. Apartó a Joss con manos temblorosas y lo miró furioso.

—¿Qué te pasa? ¡Me podías haber hecho daño!

Joss tiró la estaca al suelo, atónito.

—Solo estaba fardando un poco. Pensé que te haría gracia.

—Pues no es gracioso. —Vlad lo apartó con un hombro y le dedicó una mirada de terror y enfado mientras doblaba la esquina, camino de casa—. Y matar gente tampoco lo es.

Una vez en casa, cerró la puerta de un portazo y arrojó la mochila, que cruzó toda la habitación. Casi le dio a Amenti. Tanto Nelly como el gato lo miraron sorprendidos por aquella reacción.

—¿Vladimir? ¿Estás bien?

Vlad subió las escaleras corriendo, de dos en dos.

—¡Muy bien! Déjame solo, ¡estoy bien!

Cerró la puerta de su cuarto con otro portazo y se tiró en la cama, intentando borrar de su mente la imagen de la estaca.

Contempló con ojos llorosos el suave resplandor de su tatuaje. Una lágrima se le escapó y rodó por su mejilla. Nunca se había sentido tan solo, tan asustado ni tan increíblemente perdido y desamparado.

Es decir... desde que descubrió los cadáveres de sus padres cuatro años antes.

El deber de un hijo

Vlad miraba fijamente el reloj, deseando que los números cambiaran, queriendo acabar cuanto antes con aquello para poder pasar el día sintiéndose un poco menos triste por lo sucedido cuatro años atrás. Cuando en la pantalla del despertador vio que eran las doce y un minuto, se inclinó, se puso unas deportivas y se las ató de cualquier manera.

No es que quisiera salir en mitad de la noche, sobre todo con Joss por ahí, buscando un vampiro al que atravesar con su estaca de madera, pero no tenía otra opción. Algunas cosas eran más importantes que el miedo.

Aunque tampoco es que estuviera asustado.

Además, estaba casi seguro de que Joss aún no se había dado cuenta de que era un vampiro, pero de todas formas, se había propuesto no volver a invitarlo a cenar a casa nunca más. Se detuvo un momento, se ató la otra zapatilla y pensó cómo sería dejar fuera de su vida a uno de sus amigos. ¿Cómo iba a hacerlo? Joss era su colega. Un amigo equivocado, armado con una estaca y una amenaza potencial para su vida, pero aun así... Además, hacer cualquier cosa fuera de lo normal podría darle alguna pista sobre sus inusuales hábitos alimenticios.

Con las zapatillas por fin atadas, Vlad cogió el Lucis de la estantería superior de su armario, salió de su cuarto y entró en la biblioteca. Una fina línea de luz se colaba desde el dormitorio de Nelly. Cerró la puerta tras él y estaba a solo dos pasos de las escaleras cuando Amenti salió disparada de la oscuridad y se lanzó sobre su tobillo. Vlad susurró, molesto:

—¡Amenti! ¡No! ¡Para!

Amenti le lanzó otro zarpazo antes de huir escaleras abajo. Vlad miró la puerta del dormitorio de su tía. Era imposible que no hubiera oído el estruendo de las pisadas del enorme gato al salir despavorido.

Pero no había abierto la puerta.

Vlad bajó las escaleras con cuidado y salió por la puerta principal. Cualquier día, Nelly lo pillaría escabulléndose de casa y lo castigaría por toda la eternidad.

Fuera, la luna había pintado el suelo de azul y los árboles de un extraño y desvaído gris. La noche era lo bastante cálida para dejar la cazadora en casa, pero cuando llegó al centro del pueblo deseó haberla llevado consigo. Había algo extrañamente reconfortante en el tacto de la tela vaquera contra su piel. Y confort era una de las cosas que no sentía hoy en su paseo hacia el cementerio.

No había ido en todo un año, aunque aquella era la tercera vez que lo visitaba;

una por cada aniversario del accidente. Intentó ir durante el día, pero siempre había mucha gente. Así que en vez de eso, decidió mostrar su respeto unos minutos después de la medianoche, de ese modo, él y sus padres podían pasar un tiempo a solas recordando tiempos mejores sin que nadie lo viera llorar.

Recorrió todo el camino mirando de reojo cada pocos segundos, por si cierto Eddie Poe o un tal Joss lo seguían. Cuando por fin llegó a las afueras del pueblo, se detuvo ante la puerta del cementerio. A ambos lados de la verja se levantaban unos muros de ladrillo no muy altos y un arco de hierro forjado retorcido enmarcaba el camino de tierra que conducía a su interior. En lo alto del arco, unas letras identificaban el lugar que se extendía más allá de sus puertas: «Cementerio Camino Largo». Vlad no tenía ni idea de la procedencia de aquel nombre. En Bathory no había ningún camino que se llamara así, pero pensó mientras tragaba saliva que era un buen nombre para el lugar donde la gente enterraba a sus muertos. Bueno, quizá algo morboso.

Respiró hondo, se apartó el pelo de la cara con una mano temblorosa y entró en el cementerio con la mirada fija en el suelo.

No había nada peor que aquel dolor. Ni siquiera se podía comparar con el que sintió cuando se enfrentó a D'Ablo el año pasado. Ni con el ataque de Jasik. Ni con estar lejos de Otis, o salir huyendo de Joss, o esconderse de Eddie. Nada.

A mitad de camino del sendero principal, se detuvo para mirar a su alrededor. El cementerio estaba cubierto de malas hierbas y hiedra, y el musgo adornaba los troncos de los árboles. A su izquierda había una gran lápida. Sobre ella, se sentaba una mujer de piedra. En una mano sostenía una especie de guirnalda. A la luz de la luna, parecía viva y, con un escalofrío, Vlad esperó a que se moviera.

Para su gran alivio, no lo hizo.

A su derecha había una tumba que parecía un libro y, junto a ella, otra adornada con una estatua en forma de cordero. El musgo cubría el hociquillo del animal y, en la oscuridad de la noche, parecía como si sufriera alguna extraña enfermedad. Vlad giró la cabeza y vio un gran roble que marcaba el lugar donde estaban las tumbas de sus padres. Salió del sendero y avanzó sobre la hierba con cuidado de no pisar las otras tumbas. En parte porque le parecía de mala educación caminar sobre los restos de alguien, sobre todo si lo habías conocido. Y en parte, Vlad tragó saliva porque había visto demasiadas películas de muertos vivientes.

Solo eran películas, y lo sabía. Pura ficción. Pero aun así, no era capaz de pasar por encima de las tumbas por miedo a que alguien... o algo... saliera de debajo de la tierra y le agarrara un tobillo.

Avanzó con paso lento e inseguro hacia el roble mientras contemplaba las lápidas. Entonces la vio en la base del árbol: la tumba de sus padres.

Era pequeña, sencilla, de buen gusto. En las esquinas de la parte superior había hojas de hiedra esculpidas en la piedra que enmarcaban la siguiente inscripción: «En recuerdo de Tomas y Mellina Tod». Debajo estaban las fechas de sus nacimientos, la

de su boda y la de su muerte. En la parte inferior había un sencillo epitafio. Lo eligió Nelly, pues él no tuvo valor para hacerlo: «Os echaremos de menos».

Se arrodilló ante la lápida. Apartó las hojas secas y la tierra que se habían acumulado durante el pasado año. Bajó la vista al suelo e intentó no pensar en la última vez que los vio, o en el hecho de que sus cuerpos estuvieran a varios centímetros de profundidad, en la fría tierra. Cuando volvió a mirar la lápida, leyó la inscripción de nuevo y se aclaró la garganta.

—La gente siempre me dice que con el tiempo será menos duro. —Unas lágrimas calientes inundaron sus ojos. Las enjugó con el dorso de la mano y cogió aire lentamente—. La gente es idiota. —Se mordió el labio inferior y negó con la cabeza—. Sigue siendo muy difícil. A veces me pregunto si alguna vez dejaré de echaros de menos.

Un pequeño animal pasó corriendo entre los arbustos cercanos y se detuvo para mordisquear algún brote de trébol. Vlad lo contempló durante un momento, sumido en sus pensamientos. Se sentó, mientras rememoraba el día en que los encontró muertos, y repasó todos los detalles que podía recordar de aquel horrible momento y de los días posteriores, hasta que sintió un hormigueo en los pies que lo obligó a sentarse en el suelo. Tras lo que pareció una eternidad, se puso en pie y se sacudió la hierba y la tierra de los vaqueros. Deslizó una mano sobre la lápida y permitió que las lágrimas volvieran. Rodaron libremente por sus mejillas.

—Lo siento. Siento haber apagado el despertador. Si hubiera alguna forma de volver atrás, no lo apagaría.

Se estremeció mientras las silenciosas lágrimas daban paso al sonoro llanto. Después de un rato, se secó la cara con la manga y respiró hondo un par de veces, ahogando su pena durante unos momentos. Cuando se hubo calmado, susurró:

—Pero no puedo y tengo que aprender a vivir con ello.

Cuando salió del cementerio, caminó directo a casa mientras intentaba no pensar en sus padres. En lugar de eso, se concentró en Joss. Era evidente que tenía que hacer algo, pero no podía evitarlo ni contarle su gran secreto, así que no tenía muchas opciones. Al final decidió que tenía dos posibilidades y ninguna de las dos le gustaba.

Podía enfrentarse a Joss, atacar primero, tomarle la delantera y, con suerte, asustarlo para que se marchara, o podía manipularlo, ayudándolo a buscar al vampiro de Bathory. Si le daba unas cuantas pistas falsas, quizá pudiera alejarlo de él. Pero la idea de traicionar a un amigo le dejaba un amargo sabor de boca. ¿Cómo era aquel dicho sobre mantener a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca? Daba igual. Era una buena política.

De todas formas, si tenía que elegir entre su vida y la amistad de Joss, el asunto estaba muy claro.

Eddie... bueno, Eddie era harina de otro costal. Vlad avanzó entre las casas y llegó a la calle de su antiguo hogar, el lugar donde había vivido desde que era un bebé hasta que se marchó con Nelly. Miró de reojo a sus espaldas, asombrado de haber

llegado hasta allí, cuando él pensaba que estaba caminando de vuelta a la casa de su tía.

A la luz de la luna, el edificio parecía hueco, solitario y vacío. Se preguntó si volvería a vivir allí algún día. La casa era legalmente suya. Le había pedido a Nelly que la conservara hasta que cumpliera los dieciocho años. A veces soñaba que la arreglaba y que vivía allí con su propia familia.

Y otras veces deseaba que encogiera y desapareciera, que se plegara sobre sí misma hasta no verla más. Pero entonces recordaba algún pequeño detalle sobre sus padres y afloraban a sus ojos lágrimas de culpa que se llevaban consigo todos esos oscuros deseos y le recordaban que había una razón por la que la casa aún seguía en pie. Era un símbolo de su familia, algo que ni siquiera la muerte le podía arrebatar.

Al otro lado de la calle, un hombre caminaba hacia su antigua casa. Se detuvo y se volvió, como si buscara entre las sombras algo que le indicara que lo estaban observando. Vlad se escondió detrás de un árbol, esperó unos segundos y se asomó.

Conocía a aquel hombre. Era Jasik, el vampiro que lo había mordido.

Jasik subió al porche, abrió la puerta y entró. La puerta acababa de cerrarse cuando Vlad cruzó la calle corriendo. El corazón le golpeaba con fuerza las costillas, pero algo más poderoso que él lo empujaba, algo oscuro. Tenía que saber qué hacía Jasik dentro de su antigua casa, no podía evitarlo.

Había esperado que su primer encuentro con aquel vampiro fuera también el último, pero parecía que no iba a ser así.

Se acercó por detrás y se asomó por la ventana del comedor. La casa parecía vacía. Jasik debía de estar en el piso de arriba.

Con una mano temblorosa, abrió la puerta y la cerró tras de sí. En todas las películas de miedo que había visto se demostraba que aquello era una mala idea, pero siguió avanzando de todas formas e ignoró los latidos de su corazón. Toda la casa olía a humo y ceniza, aunque el fuego que se había llevado a sus padres había estado confinado únicamente a su dormitorio. Vlad intentó con todas sus fuerzas fijar la mirada en el suelo, pero no lo consiguió. El maletín de su padre estaba en la mesa del comedor, cubierto con una capa de telarañas y polvo. Dentro, todo estaría en perfectas condiciones, impecable, a pesar de los años. Como si su contenido hubiera viajado atrás en el tiempo, como hacía Vlad cada vez que entraba en aquella vieja casa.

Avanzó silenciosamente sobre los suelos de madera y subió las escaleras. Se detuvo y escuchó atentamente cualquier ruido que le diera una pista sobre dónde estaba Jasik. Se había metido en el despacho de su padre, al final del pasillo. Sonaba como si estuviera abriendo y cerrando los cajones del escritorio. Vlad se aproximó para echar un vistazo.

Jasik salió de repente del despacho y avanzó por el pasillo hacia el dormitorio principal.

Vlad se quedó inmóvil y se preparó para salir corriendo, seguro de que lo había

descubierto. Para su asombro, el vampiro entró en el cuarto sin ni siquiera mirarlo. Dejó escapar un suspiro y avanzó unos pasos por el pasillo, luego se escondió en una de las esquinas más oscuras, junto a un gran reloj de pie. La puerta del dormitorio estaba abierta, así que Vlad observó que el vampiro sacaba cosas que debía haber llevado consigo en su cartera. Lo oyó maldecir en voz alta en otro idioma. Aunque no pudo entender sus palabras, el tono era suficientemente revelador. Se preguntó si el idioma en que estaba hablando no sería el código elysiano. Pero daba igual. Lo que importaba era el porqué estaba tan enfadado.

Jasik se paseó por el cuarto, todavía murmurando entre dientes en aquel extraño lenguaje. Pasó los dedos sobre varias secciones de la pared y luego volvió a arrojar sus pertenencias de mala manera dentro de la cartera. La imagen habría resultado cómica si de uno de sus bolsillos no asomara un vial de color rojo, un vial al que Vlad estaba seguro le había visto escupir su sangre tras atacarlo frente a la casa de Nelly tres meses antes. Pensó en entrar en la mente de Jasik, pero estaba casi seguro de que eso delataría su presencia. Si Vlad sabía cuándo Otis entraba en su mente, seguro que Jasik también se daría cuenta si intentaba leer sus pensamientos.

El vampiro se volvió a poner la chaqueta y cogió su bolsa. Se detuvo un segundo, como si escuchara algo.

Vlad se llevó la mano a la boca y se quedó muy, muy quieto.

Jasik se volvió hacia el pasillo, lentamente.

Vlad se puso tenso. Lo había pillado. Era imposible que lo dejara marchar después de aquello con el resto de su sangre intacta. Aun así, no se movió, no respiró.

El vampiro salió al pasillo y se detuvo cerca del gran reloj. Las notas de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven escaparon de su bolsillo. Sacó un móvil y se lo colocó junto a la oreja.

—¿Sí?

Guardó silencio mientras escuchaba.

—Tengo la sangre del chaval, pero no el Lucis. Ahora voy a Elysia. —Se apartó de Vlad y bajó la voz—. Eso da igual. Por lo que he leído de las notas de Tomas, ni siquiera está en Bathory.

Una pausa, luego un suspiro.

—Pensé que quizá el hijo de Tomas me llevara hasta él, pero está claro que no tiene ni idea de nada, así que no hace falta que lo dejemos vivo durante más tiempo.

Jasik murmuró algo que Vlad no pudo oír, luego apretó un botón y se metió el móvil de nuevo en el bolsillo. Con la bolsa en una mano, bajó las escaleras sin decir nada. Vlad escuchó cómo se cerraba la puerta principal con un portazo y respiró profundamente aliviado.

Pero era un alivio temporal, porque Jasik había hablado de matarlo.

Después de una breve búsqueda dentro del despacho, Vlad se detuvo en la puerta del cuarto de sus padres. No había entrado allí desde el día en que murieron. Pero si Jasik había dejado alguna pista tras de sí sobre quién era y qué quería hacer con la

sangre de Vlad, entonces ahora no era el momento de ponerse a recordar tragedias. Entró y se obligó a contemplar los restos quemados del cuarto.

La luz plateada de la luna entraba a través de los tablones de la única ventana. Proporcionaba luz suficiente para que Vlad pudiera ver el cuarto de sus padres y los restos de la cama en la que durmieron.

No vio nada extraño o fuera de lugar, pero algo pasaba y Vlad necesitaba descubrirlo.

Incluso si tenía que viajar al corazón de Elysia sin contar con la ayuda y protección de Otis.

Un enemigo al descubierto

Vlad se concentró en el punto medio de su cuerpo y sus pies se elevaron del suelo. En unos segundos, estaba flotando frente a la ventana del cuarto de Henry.

Su amigo estaba en la cama, roncando ruidosamente.

Dio unos golpes en el cristal.

—Henry.

Henry resopló y dio media vuelta. La mano le colgaba por un lado de la cama.

Vlad golpeó con los nudillos el marco de la ventana.

—¡Henry, despierta!

Henry se incorporó de golpe y se frotó los ojos. Tras una breve mirada a su alrededor, vio a Vlad al otro lado de la ventana y se acercó, mientras ahogaba un bostezo.

—Hola... ya he visto esta peli. El vampiro vuela hasta la ventana, el tío le invita a pasar, el vampiro le chupa la sangre y la víctima se convierte en un secuaz más del chupasangre.

Henry abrió la ventana y se inclinó, ofreciendo a Vlad una sonrisa cansada y desorientada.

—No pienso invitarte a pasar.

Vlad puso los ojos en blanco.

—Tío, apártate para que pueda entrar, anda.

Henry dio un paso atrás y estiró los brazos por encima de la cabeza, ahogando otro bostezo.

—¿Sabes? Hay gente que duerme cuando se pone el sol.

Vlad entró por la ventana.

—Sí, y otra gente tiene que descubrir conspiraciones que tienen que ver con Elysia... y mi sangre.

La sonrisa de Henry se esfumó.

—¿Qué quieres decir?

Vlad abrió uno de los cajones del armario de Henry y le lanzó una camiseta.

—El vampiro que me mordió, escupió mi sangre en un vial que guarda en uno de sus bolsillos. Y esta noche lo he pillado entrando en mi antigua casa. Necesito que me lleves a Stokerton para averiguar por qué.

Henry lo miró con la boca desencajada.

Vlad escogió unos vaqueros y se los arrojó.

—¿Me vas a ayudar o no?

Su amigo se puso los pantalones y negó con la cabeza.

—¿Has olvidado que ninguno de los dos sabemos conducir?

Vlad estaba de rodillas, buscando los zapatos de Henry debajo de la cama.

—Eso ya lo sé, pero Greg tiene carné.

Henry suspiró y se puso los zapatos.

—¿Y me has despertado porque...?

Vlad suspiró.

—Necesito que lo mantengas ocupado mientras yo entro en Elysia.

—¿Solo? ¿Estás loco? No deberías acercarte a ese sitio sin Otis.

—No tengo otra opción, Henry. No sé si Otis está recibiendo mis cartas y ese tío está tramando algo. No puedo esperar. —Vlad lo miró con ojos suplicantes—. Tú despierta a tu hermano y habla con él, ¿vale?

Henry se puso la camiseta y salió al pasillo sin hacer ruido. Entró en el cuarto de su hermano y tras hablar entre susurros, un Greg medio grogui siguió a Henry en el camino de vuelta a su cuarto. Cuando entró, se rascaba la cabeza y tenía todo el pelo revuelto.

—¿Qué pasa, Vlad? Henry dice que tengo que llevarte en coche a Stokerton o no sé qué.

A sus espaldas, Henry se encogió de hombros. No podía hacer nada más.

Vlad se aclaró la garganta.

—Sí, ¿me llevarías?

—Bueno, antes tendrás que darme una razón. —Greg se cruzó de brazos frente a él—. Así que, ¿cuál es?

Vlad miró a Henry, que lo contempló con los ojos muy abiertos y expresión de no saber qué hacer. Entonces dijo:

—Veinte pavos.

Greg sonrió.

—Esa es una buena razón. Que sean treinta y trato hecho.

Vlad sacó dos billetes de su cartera y se los entregó.

Greg miró hacia atrás de reojo y bajó la voz aún más.

—Nos vemos fuera dentro de diez minutos. Me tengo que vestir. Y no hagáis ruido, si mamá y papá nos pillan, nos la cargamos.

Minutos después estaban en el coche camino de Stokerton. Greg hizo todo tipo de preguntas incómodas sobre la chica a la que Vlad iba a ver. No tenía otra explicación. Treinta pavos y dos horas de viaje en coche solo podían merecer la pena si había una chica de por medio. Por lo general Vlad no le hizo ni caso y Henry lo distraía de vez en cuando con preguntas sobre la próxima temporada de los Murciélagos de Bathory. Por fin llegaron a Stokerton y Vlad le fue indicando a Greg el recorrido a seguir por las calles hasta que se detuvieron frente a un edificio de oficinas de trece plantas que había visitado en sueños muchas veces.

—Esperad aquí. —Vlad abrió la puerta del coche y salió, ignorando la mirada de

preocupación que le dirigió Henry. La última vez que habían estado allí, su amigo fue testigo de cómo Vlad luchaba a muerte con D'Ablo. Dobló la esquina, se dirigió al agujero en la pared, cerca de un contenedor, y entró.

El túnel estaba lleno de porquería, tal y como lo recordaba. Avanzó por él hasta llegar a un conducto metálico que daba a la sala de calderas. Pasó por el estrecho hueco y abrió la rejilla que conducía a una de las celdas de detención de Elysia. Mientras subía hacia la celda, se le ocurrió que aquel plan acabaría en desastre si se encontraba la puerta de la celda cerrada. Por suerte, no lo estaba y no tuvo mayores problemas.

Avanzó por el pasillo y, después de escuchar durante un momento tras una puerta, entró en la sala vacía del Consejo. Atravesó la habitación y, haciendo un esfuerzo por recordar dónde estaba el ascensor, entornó ligeramente otra puerta.

Jasik pasó por delante y entró en un ascensor.

Vlad contempló cómo los números se iban iluminando hasta llegar al trece. Se acercó al ascensor y le dio al botón de llamada. Afortunadamente para él, el edificio estaba prácticamente vacío. Cuando llegó el ascensor, entró, tocó un glifo en la madera, como había hecho su tío el año anterior, y el panel se abrió para revelar un segundo juego de botones. Vlad presionó el número trece y esperó.

Cuando las puertas se abrieron, salió y buscó a Jasik con la mirada. Al final del pasillo había una reluciente puerta doble de color negro. Estaba abierta. Una luz dorada escapaba del interior. Vlad se acercó, deslizándose silenciosamente junto a la pared, y escuchó.

—¿Y? —Hubo una pausa y luego un grito ahogado—. Excelente, Jasik. ¿Y el chico?

—Ileso, como pediste.

Vlad contuvo la respiración y se asomó por una esquina. Jasik estaba sentado en una silla cerca de un gran escritorio negro. El otro hombre estaba frente a la ventana y en una mano sostenía el vial con la sangre de Vlad. Ninguno se percató de su presencia.

El hombre que estaba junto a la ventana echó los hombros hacia atrás, pero no apartó sus ojos del paisaje urbano.

—Bien. Quiero estar allí para ser testigo de su caída.

Jasik arqueó una ceja.

—Creía que pensabas que era el pravus.

El hombre guardó silencio y luego contestó con un tono calmado, casi suave:

—Y así es. Pero también debo demostrárselo al mundo, no quiero que quede ninguna duda. Y para hacerlo, debo arrebatarte la vida.

Jasik resopló.

—¿Y violar la regla más sagrada?

—En absoluto. Lo tengo todo preparado. ¿No crees que me devuelvan la presidencia tras matar a uno de los nuestros, verdad?

—Claro que no. —El tono de Jasik indicaba que no estaba muy seguro de si aquel hombre era un delincuente o no—. Bueno, ¿y si tienes razón y sobrevive?

El hombre se giró lentamente. Sus guantes negros brillaban en la tenue luz y su largo abrigo se balanceaba con el movimiento. Los pantalones negros de cuero se ajustaban a sus piernas, pero llevaba el pecho al descubierto. Vlad ahogó un grito al ver el gran agujero de su estómago. Tuvo que llevarse la mano a la boca para contener el alarido que amenazaba con escapar de su garganta.

D'Ablo sonrió a Jasik y alzó el vial de sangre a la luz.

—Entonces quiero estar allí para darle la bienvenida de rodillas.

Vlad se apartó. Aún tenía la mano sobre su boca. D'Ablo estaba vivo. ¿Cómo era posible? Lo recordaba todo. El callejón oscuro. La aterradora certeza cuando le apuntó con el Lucis y pasó el pulgar por el glifo. Incluso Otis había dicho que era mejor dejarlo morir. Y murió, justo ante sus ojos.

Y sin embargo, el hombre de la habitación era D'Ablo, con el mismo agujero, quizá ahora algo más pequeño, en el estómago.

Vlad se volvió a asomar. D'Ablo había abierto el vial y estaba olisqueando su contenido, como un hombre que oliese un buen vino. Lo alzó ligeramente, como si fuera a brindar, abrió la boca y vació en ella su contenido. Líquidos rubíes se derramaron sobre su lengua.

D'Ablo conservó el líquido en la boca durante unos segundos, saboreándolo. Tenía la cabeza ligeramente inclinada y los ojos cerrados. Vlad observó cómo la nuez de su enemigo subía y bajaba mientras la sangre se deslizaba por su garganta.

En el despacho reinaba un silencio total, como si el mismo aire temiera moverse. El corazón de Vlad latía con un ritmo rápido, enviando sangre a sus extremidades, pero sentía el cuerpo como dormido. Tras lo que le pareció una eternidad, algo rompió el silencio.

Al principio le pareció el murmullo de unas pisadas, como un ejército de arañas que avanzaban a gran distancia. Pero el ruido creció rápidamente, como si ese ejército hubiese comenzado a correr. Vlad observó hipnotizado, aterrado, que el agujero en el centro del cuerpo de D'Ablo comenzaba a moverse, a doblarse por los márgenes. Una tira de tejido atravesó el diámetro del agujero. Luego otra, formando una extraña red de carne, acompañada por el ahora ensordecedor ruido de arañas. El agujero de D'Ablo se estaba cerrando.

Una vez había empezado, el proceso se aceleró rápidamente. Las tiras dejaban paso al músculo. Tras los músculos, el tejido se había unido para formar órganos. Sobre los músculos, un revestimiento de piel. Cuando el ruido de arañas cesó, D'Ablo estaba de nuevo completado.

En silencio y con movimientos sigilosos, Vlad se fue apartando hacia el pasillo. A pesar de que avanzaba con mucho cuidado, tropezó con una maceta y a punto estuvo de tirarla. La planta se tambaleó, pero Vlad consiguió estabilizarla y prosiguió su avance.

Las cosas no podían ir peor. Su tío estaba desaparecido en acción y uno de sus mejores amigos quería matarlo. Pero no acababan ahí sus problemas.

D'Ablo estaba vivo.

Y peor aún, quería a Vlad muerto.

Bajó en el ascensor hasta la primera planta y salió tambaleándose por la puerta principal. Abrió la puerta del coche y se sentó junto a Henry.

Su amigo frunció el ceño.

—¿Va todo bien?

Vlad negó con la cabeza y se volvió hacia la ventanilla, esperando que Henry pillara la indirecta y lo dejara en paz. Solo había una persona en el mundo con la que quisiera hablar de la vuelta de D'Ablo, y no contestaba a sus cartas.

En el asiento del conductor, Greg rio entre dientes:

—Mujeres, uno nunca sabe a qué atenerse con ellas, ¿eh, Vlad?

El viaje a casa fue silencioso y, salvo por algún codazo o alguna mirada preocupada de Henry, lo dejaron pensar.

No tenía ni idea de cómo D'Ablo había sobrevivido al enorme agujero que el Lucis le había dejado en el estómago. Ni tampoco entendía cómo Otis no supo que D'Ablo no había muerto. ¿Y qué derecho tenía Vlad a sentir asco ante la visión de un vampiro alimentándose de su sangre, cuando él lo hacía todos los días de la sangre de otros? A veces se sentía un hipócrita.

Se recostó en el asiento y contempló cómo desaparecían las luces de la ciudad. Pronto no hubo nada que ver salvo las titilantes estrellas y los grandes y oscuros espacios. Cuando la gente le dijo lo difícil que sería su primer año en el instituto, nunca se imaginó algo así. Por supuesto los demás no tenían un monstruo vengativo y malvado que había vuelto de entre los muertos y estaba dispuesto a liquidarlo, ni a un cazador que, casualidades de la vida, resultaba ser uno de sus mejores amigos.

Suspiró. ¿Qué iba a hacer con respecto a Joss? No podía decirle la verdad, no podía correr ese riesgo, sobre todo si tenía en cuenta que su amigo iba armado con una estaca y ajos. Y ahora, con D'Ablo planeando su muerte... Bathory estaba a punto de convertirse en un lugar incómodo.

Quizá tuviera suerte y Joss se topara con D'Ablo antes de que este lo encontrara a él.

Vlad sonrió ante aquella idea y luego frunció el ceño.

No era ningún disparate.

Si Joss mataba a D'Ablo, asunto solucionado. Su amigo quedaría satisfecho por haber cazado al vampiro local. Él ya no tendría que preocuparse de que D'Ablo lo matara, suponiendo claro, que esta vez permaneciera muerto. Y no tendría que revelarle su secreto a Joss. Todos sus problemas quedarían resueltos y sin que Otis tuviera que intervenir.

Greg encendió al radio. Sonaba una antigua canción de los Killers que decía que todo saldría bien. Vlad se apoyó contra la ventanilla y miró las estrellas deseando, contra todo pronóstico, que tuvieran razón.

¿Tú también, Joss?

Vlad jadeaba, medio ahogado. Le dedicó al señor Hunjo una mirada suplicante y desesperada, pero el profesor de gimnasia hacía tiempo que había perdido su habilidad para apiadarse de un chaval agonizante, si es que alguna vez la había tenido. Gruñó:

—Muévase, Tod. Arriba esas rodillas.

Vlad dobló la esquina, pero no alzó las rodillas. Si las subía más se daría con ellas en la barbilla.

Joss corría a su lado. Parecía que aún no hubiera entrado en calor.

—¿Estás bien, Vlad?

Vlad masculló un par de palabras:

—Me... Muero... Hunjo... idiota. —Si las estacas y el ajo eran las dos cosas que podían matar a un vampiro, el profesor de gimnasia debía de ser la tercera.

Joss se mantuvo junto a Vlad hasta que pasaron de nuevo ante el señor Hunjo, y entonces dijo:

—No te preocupes. —Salió corriendo a toda pastilla y, antes de que Vlad pudiera alzar una ceja, exhausto, Joss tropezó en la pista.

Vlad corrió hacia él y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué haces? ¿Estás bien?

Joss se estremeció al apoyar la pierna izquierda.

—¡La rodilla!

El señor Hunjo gritó:

—¡Tod! Acompaña a McMillan a la enfermería.

Joss le pasó un brazo por el cuello y Vlad lo ayudó a avanzar hacia el pasillo. En cuanto salieron del gimnasio, Joss lo soltó y comenzó a caminar con normalidad. Vlad sonrió.

—Qué rápido te recuperas.

Su amigo se encogió de hombros.

—Eh, nos he salvado a los dos. A ti de la muerte y a mí del aburrimiento.

Vlad cogió aire. Estaba listo. Había repasado el plan durante dos semanas enteras y no había encontrado ningún fallo. Iba a funcionar.

—Oye, Joss, ¿podemos hablar un segundo?

Su amigo aguantó la puerta del baño para que pasara Vlad. Parecía cansado, probablemente debido a las salidas nocturnas en busca de monstruos desde que había realizado su confesión.

—Claro. Pasa a mi despacho.

Vlad se mordió el labio inferior, pensativo.

—¿Estás enfadado? O sea, después de que saliera corriendo aquel día, quizá ya no confíes tanto en mí.

Joss sonrió.

—No, hombre. No pasa nada. Pero no me gusta que pienses que estoy pirado y que voy por ahí matando gente.

—Y no lo pienso. Bueno, verás, cuando hace unas semanas me hablaste de los vampiros y los cazadores pensé que estabas un poco majara. Pero después de lo de anoche... ya no opino igual.

Joss abrió mucho los ojos y dijo en tono serio:

—¿Por qué? ¿Qué pasó anoche?

Vlad se aclaró la garganta y miró a su alrededor.

—Creo que vi un vampiro.

Joss se inclinó hacia él.

—¿Lo crees o lo sabes? Tienes que estar seguro, tío.

—Lo estoy. Tenía colmillos y estaba muy pálido. —Vlad asintió, sintiendo el peso de la comida en el estómago como una bola de plomo.

Joss asintió a su vez.

—Por lo que dices podría ser un chupasangre.

Vlad tragó saliva.

—Me atacó, luego se subió a un coche y salió hacia Stokerton.

Una terrible expresión cruzó el rostro de Joss, una extraña mezcla de curiosidad, sorpresa y perspicacia. Vlad se estaba preparando para experimentar la reacción de lucha o huida que acababan de estudiar en clase de biología, cuando Joss dijo:

—¿Te atacó y se marchó?

Vlad asintió, esperando que el brillo en los ojos de Joss no fuera desconfianza.

Su amigo sonrió.

—Estoy impresionado. Puede que al final tengas lo que hace falta para ser un cazador.

Sonó el timbre. Vlad se obligó a sonreír, condujo a Joss hacia la puerta y por el pasillo hasta el vestuario donde se cambiaban de ropa.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Joss pensó durante un segundo y luego dijo:

—Bueno, has dicho que se marchó en dirección a Stokerton. Le diré a mi tía que nos lleve allí mañana por la tarde e iremos de caza.

Vlad miró a Joss. No estaba seguro de si podría ver cómo mataba a un hermano vampiro, aunque fuera el mismísimo D'Ablo.

—¿Yo también voy?

—Pues claro. O sea, tú sabes qué pinta tiene. Además, quiero enseñarte cómo se hace. No suelo tener oportunidad de fardar. —Joss le guiñó un ojo y Vlad sintió que

se le revolvía el estómago—. Iré a buscarte a casa esta noche después de cenar para hablar de los detalles.

Vlad asintió sin decir palabra. Abrió la puerta de su taquilla y observó a Joss alejarse cojeando.

Durante el resto del día intentó no pensar en que vería morir a otro vampiro. Cuando llegó a casa aquella tarde la encontró vacía. Nelly tenía doble turno otra vez en el hospital. Dejó su mochila en el suelo y subió las escaleras. Buscó entre las estanterías de la biblioteca, pero no encontró prácticamente nada sobre cazavampiros. Según parecía, la única información disponible sobre ellos procedía de Bram Stoker. Vlad resopló. ¿Dónde estaba la sabiduría de Buffy cuando uno la necesitaba?

Entró en su cuarto y se sentó en la cama. Sentía los miembros llenos de energía nerviosa. En solo veinticuatro horas volvería a enfrentarse a D'Ablo.

No, Vlad. No pienses en eso.

Joss sería quien se enfrentaría a D'Ablo. Él solo se escondería detrás de algún contenedor de basura, esperando pasar desapercibido.

Sería lógico pensar que, tras abrir un boquete enorme en el estómago del vampiro, ahora tendría más confianza en sí mismo, pero lo cierto era que lo ocurrido el año pasado lo había aterrorizado. No disfrutaba matando. No disfrutaba haciendo daño a la gente. Ni siquiera cuando esa persona quería acabar con él.

Bajó las escaleras, entró en la cocina y cogió una bolsa de sangre de la nevera. La abrió de un mordisco y derramó el dulce y pegajoso líquido en una taza de café. Luego la metió en el microondas y presionó el botón de un minuto. Cuando pitó, sacó la taza y sopló el vapor antes de dar un buen trago.

Nelly no volvería hasta dentro de un par de horas, y él no tenía ni idea de cuándo se pasaría Joss, pero tenía la sensación de que no tardaría mucho más que su tía. Así que, sin nada que hacer salvo estudiar mates, Vlad se sentó frente a la tele con el mando en la mano. Daría rienda suelta a sus recientes frustraciones con el amenazador rey alienígena.

Varias horas después, y tras perder cuatro veces contra el ordenador, Vlad tiró el mando al suelo y se pasó los dedos por el pelo. Justo en ese momento, apareció Nelly cargada con bolsas de comida.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el instituto?

Vlad se mordió pensativo el labio inferior. Por un lado, quería contarle todo lo de Joss y D'Ablo a alguien que, de alguna forma, pudiera protegerlo. Pero por otro, no quería involucrar a Nelly. D'Ablo era peligroso, demasiado peligroso para la tutora de Vlad.

—Pues muy movidito.

A través de la ventana que había junto a la puerta vio a Joss subir las escaleras del porche. Un momento después, llamaba al timbre. Vlad se puso su calzado.

—Nelly, voy a dar una vuelta con Joss. Regresaré dentro de una hora. —Antes de que su tía le pudiera contestar, ya había salido por la puerta y caminaba junto a Joss

por la acera.

Su amigo parecía distante, distraído. Cuando comenzaron a hablar de vampiros, estaban ya a las afueras del pueblo.

Vlad miró la mochila de su colega con desconfianza.

—Bueno, ¿adónde vamos?

—A dar un paseo. Tengo que hacer un recado imprevisto. —Joss echó los hombros hacia atrás. A Vlad le pareció que se estaba pavoneando un poco—. Lo mejor será que no te vean, pero después repasaremos varias estrategias para mañana.

Pasaron por delante de la granja Barker y entraron en el bosque que comenzaba en los límites de Bathory. Tras subir una colina, se encontraron frente a un claro. En el centro de dicho claro había un hombre vestido de negro.

D'Ablo.

Vlad se quedó paralizado. Su corazón comenzó a subir el ritmo y a golpear con tanta fuerza contra sus costillas que casi lo propulsaba hacia delante. Agarró a Joss del brazo, lo arrastró hasta un árbol cercano e intentó pensar en cómo salir de aquella sin que los vieran. Podían deslizarse colina abajo sin decir una palabra, pero eso requeriría del silencio total y cómplice de Joss, algo que Vlad no estaba seguro de conseguir sin recurrir al control mental o a una muy, muy buena explicación. A no ser, claro, que pusiera en práctica su plan antes de tiempo.

Joss se soltó.

—¿Qué haces?

Vlad se asomó desde detrás del árbol para mirar a D'Ablo, y luego se volvió hacia Joss.

Se le había formado un gigantesco nudo en la garganta que le dificultaba hablar.

—¿Ves a ese tío de ahí? Ese es el vampiro.

Joss puso los ojos en blanco y se apartó del árbol. Para desesperación de Vlad, aquel movimiento atrajo la atención del vampiro. Vlad volvió a tirar del brazo de su amigo, pero este se soltó una vez más.

—Vlad, no te lo tomes a mal, pero soy cazador. Sé cómo identificar a un vampiro. Además...

Joss hizo señas a D'Ablo, que inclinó la cabeza a modo de respuesta.

Vlad miró a Joss, a D'Ablo y de nuevo a Joss. Algo no iba bien.

Su amigo le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Ese es el tío que me contrató.

Vlad observó a D'Ablo, que sonreía despreocupado. Luego vio la manera en que alzaba un poco la comisura del labio, tan sutilmente que estaba seguro de que Joss no se había dado cuenta. Contempló a su amigo, al pobre e inocente cazador, y supo que si no hacía algo, él sería la siguiente comida de D'Ablo. Cogió aire y salió al claro sin apartar los ojos del vampiro.

—¿Tú contrataste al cazador?

Los labios de D'Ablo se estiraron en una cruel sonrisa.

—No tenía elección. Créeme, chaval, me encantaría vengarme personalmente, pero, verás, nuestra escaramuza me dejó tocado y perdí la presidencia del Consejo. El año pasado matarte habría sido un acto de justicia elysiana. Este año, sin embargo, como el Consejo insiste en que podrías ser un vampiro, tienes derecho a dar tu versión y a un juicio justo. Si te mato sin el consentimiento del Consejo, estaría cometiendo un delito. Y si quiero tener alguna opción de recuperar la presidencia, cosa que acabaré consiguiendo, no puedo quebrantar nuestra ley más importante. Me condenarían a muerte, suponiendo que el Consejo llegase a la conclusión de que eres uno de los nuestros. Prefiero vivir.

Vlad miró el estómago de D'Ablo y recordó el agujero cerrándose con el sonido de un millar de arañas.

—Así que el Lucis...

—Sí, es el arma contra vampiros por excelencia. Tuve suerte. Si el año pasado hubieras sabido de lo que era capaz y hubieras apuntado más arriba, no estaríamos teniendo esta conversación. Claro está que, si no fuera por la sangre del pravus, seguiría herido y mutilado de por vida. Incompleto. —La mirada de D'Ablo pareció ensombrecerse por un momento. Luego su expresión se relajó y la comisura de su boca se alzó en una media sonrisa. Sus ojos brillaron con la luz de la luna—. Parece que te debo una. La sangre del pravus tiene un gran poder curativo.

—Yo no soy el pravus. —A Vlad le tembló la voz. Ni siquiera él mismo se creía lo que acababa de decir.

D'Ablo chasqueó la lengua.

—Oh, pues yo creo que sí. Y me parece que incluso a ti te cuesta negar esa posibilidad.

De repente se sintió triste. D'Ablo tenía razón, aunque él se empeñara en negar esa posibilidad.

Sopesó sus palabras con cuidado antes de proseguir.

—Si soy el pravus, eso significa que soy un vampiro. Así que, ¿por qué no me llevas a Elysia a que me interroguen y me juzguen por mis crímenes? ¿O es que piensas capturarme y utilizar mi sangre para tus propios fines?

D'Ablo alzó una ceja.

—No. No tengo pensado capturarte. Y yo no puedo matarte, pero quien sí puede hacerlo es el cazador. En realidad es bastante simple. Debo demostrar que eres el pravus, y la única forma de conseguirlo es hacer todo lo posible por matarte. Tienes lo que quiero, pero si te juzgan en el Consejo lo perdería.

Vlad se estremeció y miró a los ojos a D'Ablo.

—¿Qué quieres?

El vampiro dio un paso hacia delante y una pérfida sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Que qué quiero? Ocupar tu lugar como el pravus. Pero para eso, necesito tres objetos muy específicos... y por supuesto, tu vida.

Vlad dio un paso atrás, pero no dijo nada. Su corazón estaba extrañamente tranquilo, como si pensase que, si no hacía movimientos bruscos, quizá pudiera evitar que se lo arrancaran del pecho.

D'Ablo rio entre dientes con un murmullo grave y metálico.

—Si eres el pravus, como yo creo, necesito tu vida para realizar un ritual especial. Primero, obviamente, debo localizar las instrucciones precisas para realizar la última parte del ritual. Si consigues sobrevivir a esta noche, vendré a por ti. Después de todo, no estoy preparado para cuidar de un prisionero mientras busco el pasaje. Puede que me lleve años. Aunque espero conseguirlo mucho antes.

»No es un método infalible, claro, pero los textos que he consultado durante los últimos años dicen que una vez la ceremonia se haya completado, yo seré el que gobierne a los vampiros y esclavice a los humanos, y tu... te pudrirás. —Hizo una pausa como para que Vlad asimilara la transcendencia de aquellas palabras. Después, asintió hacia Joss, que se había mantenido extrañamente callado durante todo aquel tiempo. Casi como si se encontrara bajo el influjo de un hechizo—. Nuestro querido cazador, aquí presente, intentará matarte dentro de un momento. Si no lo consigue, habremos demostrado más allá de cualquier duda que eres el pravus. Y los incrédulos, los millones de vampiros que insisten en que la profecía no es más que un cuento de hadas, por fin se convencerán. Los creyentes se verán obligados a seguirme cuando me convierta en el pravus, una vez haya completado la ceremonia que ya está en proceso. Obedecerán mis leyes y mis normas sin hacer preguntas. Se acabaron los Consejos, la burocracia y el papeleo. Gobernaré sobre todos los vampiros con puño de hierro. —Su pecho subía y bajaba rápidamente con exaltadas respiraciones. Después, como si saliera de un trance, añadió—: Si mueres, es que estaba equivocado sobre ti, lo cual sería una pena, la verdad, pero ¿qué se le va a hacer? De cualquier forma, yo siempre salgo ganando.

Vlad sentía la boca seca. Incluso si sobrevivía a aquella noche, D'Ablo estaba decidido a matarlo. Tenía que poner fin a aquello. Escapar no era una opción. A no ser que en su huida consiguiera la ayuda de Otis. Pero eso requeriría un plan de huida, y no solamente de D'Ablo.

Miró a Jasik, que se ocultaba detrás del malvado vampiro y, de nuevo, su gran enemigo.

Se metió la mano en el bolsillo y se tranquilizó un poco. Aún tenía el Lucis. Podía acabar con todo aquello con un solo toque... apuntando bien. Pero necesitaba tiempo y espacio. Lentamente, alzó un pie del suelo y dio un paso atrás.

—Otis dijo que mi padre y tú erais amigos.

—Así era. Pero Tomas está muerto. ¿Qué mayor regalo puedo hacerle que enviarle a su hijo?

—¿Cómo sabías que Joss me traería hasta aquí? —Vlad dio otro paso. Dos más y estaría a la distancia idónea para agujerear a D'Ablo y su macabro plan. En cuanto a qué hacer después con Jasik y Joss... no tenía ni idea.

—Me lo preguntas como si influir en la mente humana fuera algo complicado. — Una sonrisa bailó en los labios del vampiro—. Y no es así. Como tampoco bloquear en su cabeza la idea de que Jasik y yo somos seres de la especie que caza, o mantenerlo a raya durante esta pequeña reunión.

—Pero ¿por qué has esperado todo un año? Bathory no es una gran ciudad y no soy difícil de encontrar. —Otro paso. Uno más y acabaría con esa actitud endiosada de D'Ablo.

—Porque, aunque eres muy importante —Vlad creyó detectar cierto sarcasmo en su voz, aunque no estaba del todo seguro—, estar completamente curado no basta para recuperar la presidencia. Sin embargo, si llevo al Consejo nueve meses de documentación sobre los procedimientos y los escondites de la Sociedad de Cazadores, comenzarán a verme con otros ojos, te lo aseguro.

Vlad resopló y levantó lentamente otro pie.

—¿No te parece patético hacerle la pelota así al Consejo?

La expresión de D'Ablo denotaba que estaba perdiendo la paciencia.

—Ya basta. Es la hora de enfrentarte a tu destino, Vladimir Tod.

Vlad metió la mano en el bolsillo y sacó el Lucis. Los sostuvo en alto y apuntó con él al pecho de D'Ablo.

—No tan rápido.

D'Ablo separó los labios y rio. Sus carcajadas eran extrañas, graves y espeluznantes, como si supiera algo que él desconocía.

Vlad pasó el pulgar por el glifo al final del Lucis y esperó a que la brillante luz blanca saliera despedida por el otro extremo. No pasó nada.

Lo intentó de nuevo, pero el Lucis se negaba a responder. Era como si estuviera roto.

La risa de D'Ablo se hizo casi ensordecedora.

—Deberías haber escuchado a tu tío cuando te dijo que llevaras el Lucis siempre contigo, Vladimir. Cualquier vampiro podría haberse colado en tu cuarto mientras estabas fuera estudiando biología humana, y llevárselo de la estantería superior de tu armario. Y si fuera un vampiro listo, reemplazaría el verdadero Lucis con otro falso para no levantar sospechas.

Jasik sonrió de oreja a oreja y alzó el Lucis, el verdadero. El corazón de Vlad aceleró su ritmo. Arrojó el falso Lucis al suelo y una oleada de pánico amenazó con atenzarlo. Alzó una mano, la posó sobre el hombro de Joss y susurró:

—Joss, ¿aún guardas esa caja en tu mochila?

Pero Joss no lo escuchaba. Tenía los ojos fijos en su muñeca.

Vlad apartó la mano. Su tatuaje brillaba. Abrió la boca, pero la cerró de nuevo, incapaz de explicarle la presencia de aquella extraña y resplandeciente marca. El corazón se le había alojado en la boca del estómago y se había llevado su voz con él.

—Todo este tiempo, ¿fingiste ser amigo mío cuando en realidad eras uno de ellos, Vlad? —Joss apartó el hombro, de repente libre del hechizo que lo había mantenido

inmóvil y en silencio. Abrió la cremallera de su mochila y le enseñó la caja. Con cuidado, casi con cariño, la sacó, le quitó el cerrojo y la abrió—. No quiero hacerlo. No tienes ni idea de lo mucho que me va a costar explicarle tu muerte a Henry.

Vlad contemplaba a Joss con detenimiento, casi incapaz de creer que uno de sus mejores amigos fuera a atentar contra su vida. Inventó disculpa tras disculpa en su mente, pero ninguna le parecía mínimamente creíble. ¿De qué tenía que disculparse? Joss era el que se equivocaba. Estuvo a punto de decirlo, pero había algo más que le llamó la atención; el hecho de que el cazador parecía ignorar la presencia de Jasik y D'Ablo... casi como si le estuvieran obligando a centrarse solo en Vlad y en la tarea que tenía ante sí.

Detrás de Joss, Jasik le entregó a D'Ablo el Lucis. El vampiro sonrió y se lo metió en el bolsillo de su chaqueta. Entre dientes dijo:

—Ya tenemos dos de los tres ingredientes necesarios. Y el tercero lo recogeremos pronto.

Joss sacó la estaca de madera y, al ver el brillo plateado de su punta, Vlad encontró de nuevo la voz.

—Henry lo sabe.

Joss frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Le dijiste que soy un cazador?

Vlad negó con la cabeza lentamente, mientras lanzaba miradas furtivas a los vampiros y al arma que sostenía su amigo.

—Sabe que soy un vampiro. Lo sabe desde que teníamos ocho años. Me guarda el secreto. Nelly también lo sabe. Bebo de bolsas de sangre donada, jamás de la fuente. Ya sé que piensas que los vampiros son monstruos malignos, pero yo no. Yo soy diferente.

Joss miró a Vlad con desconfianza.

—Mientes. Henry me lo cuenta todo.

—Menos esto. —A espaldas de Joss, D'Ablo le estaba susurrando algo a Jasik, que asintió. Vlad proyectó su mente hasta que le dolió la cabeza, pero no pudo leer los pensamientos de ninguno de los dos vampiros. La proyectó tanto como pudo y pensó en Otis. *¡Ayúdame, tío Otis! ¿Me oyes? ¡Está vivo y pretende matarme!*

Pero no obtuvo respuesta.

Dio un paso atrás muy lentamente y se preguntó si podría huir corriendo.

—Si me matas, Henry descubrirá que eres un cazador. Toda tu familia lo sabrá.

Joss se acercó, al mismo ritmo que Vlad se alejaba. La amabilidad había desaparecido de sus ojos.

—Viviré con eso. —Valoró el peso de la estaca en su mano y alzó una ceja—. Pero tú no.

Joss salió corriendo tras él. Le lanzó la estaca, con su reluciente punta resplandeciente por la luz de la luna. Vlad la esquivó y atravesó el claro a toda velocidad. Se volvió hacia Joss y alzó las manos.

—No tienes que hacer esto. Piensa. ¿Quién es el verdadero monstruo aquí? D'Ablo es quien ha ideado todo esto. Tú y yo somos amigos.

Miró a Joss a los ojos y proyectó su mente. Sintió como si una oleada de sangre le inundara la cabeza y se metió en su mente con facilidad.

Joss sostenía la estaca en sus manos. *Amigos o no, tengo que hacerlo, tengo que matar a Vlad para salvar a Cecile. Está muerta, sí, pero cada vez que acabo con un vampiro puedo sentir que su alma se hace un poco más ligera. Estoy mitigando su dolor, algo que no pude hacer en sus últimos momentos de vida.*

Pero espera... Vlad es un amigo. ¿Cómo voy a quitarle la vida a un chico con el que me llevo tan bien y que sabe lo que es perder a alguien cercano? No puedo... no puedo.

Vlad salió de sus pensamientos y aguardó con la esperanza de que todo acabara pronto. O al menos, que Joss y él pudieran estar del mismo lado, enfrentándose a D'Ablo y Jasik como un equipo.

Joss se detuvo un momento, pensando en lo que Vlad le había implantado en la mente. Luego, sacudió la cabeza, sacó un vial de la caja con la mano que tenía libre y le quitó la tapa. Sus ojos eran límpidos, fríos.

—Eres un chupasangre. Y no puedo dejar que vivas.

Vlad observó el vial con horror. Extracto de ajo. Genial.

Proyectó su mente de nuevo y entró en los pensamientos de Joss en un intento por tomar el control.

Un dolor terrible atravesó la cabeza del cazador, como si su cerebro se hubiera convertido en un campo de batalla. Se centró en la tarea que tenía entre manos, que apareció en su cerebro como una idea fija. *MataravladMataravladMataravlad...*

Se aferró al vial y permaneció allí, con los ojos fijos en la bestia, en el monstruo que se parecía tanto a la criatura que se llevó a su Cecile. *MataravladMataravladMataravlad.*

¿Un monstruo? Es Vlad. Uno de mis dos únicos amigos. Al menos debería hablar con él, ayudarlo a librarse de aquellos dos idiotas antes de cometer un terrible error.

Vlad salió de nuevo de su mente y miró a D'Ablo, seguro de que también había estado controlando sus pensamientos. Se aclaró la garganta, sin saber si su capacidad para manipular mentes bastaría para detener al cazador, y volvió a mirar el vial de cristal.

—¿Me vas a matar porque te lo ha ordenado un tipo cualquiera? ¿Un tío que, además, es un vampiro?

Joss frunció los labios y lo miró furioso, apretando con fuerza el vial y la estaca.

—Lo hago porque es lo correcto. Me importa un bledo todo lo demás. Esto va más allá de mi deber. Ahora es personal.

Vlad lo miró atónito.

—Estás pirado.

Joss echó el brazo hacia atrás y lanzó el vial al aire derramando su contenido en

una lluvia de gotitas de extracto de ajo. Vlad se agachó, pero varias gotas cayeron sobre su piel desnuda. Desesperado, agitó el brazo en el aire, pero entonces se preguntó por qué no se estaba quemando, o por qué no sentía náuseas por lo menos. Se olió la piel y respiró aliviado. No era extracto de ajo después de todo.

Por un momento, Joss abrió mucho los ojos, aterrorizado.

Vlad cogió el vial del suelo. La desgastada etiqueta decía: «Agua bendita». Negó con la cabeza, pero no pudo reprimir una risa ahogada. Arrojó el bote al suelo y miró a Joss, su amigo, su enemigo.

—Para que te enteres, las cruces tampoco funcionan. Son mitos, como que todos los vampiros son malvados.

Joss agarró con fuerza la estaca y la sostuvo en alto para que Vlad la viera bien.

—Pero esto no.

Con el corazón desatado, Vlad se atrevió a dar un paso hacia delante.

—Crees que sabes mucho de mí y de los que son como yo. Pero no es cierto. Crees que somos monstruos sin corazón, sin escrúpulos. Y te equivocas. Somos personas, Joss. Con familia, amigos, ideas, ¡y vidas! E igual que con los humanos, también los hay malvados. —Miró a D'Ablo—. Pero no todos somos así. Yo no.

—¿Crees que eres el único traicionado aquí, Vlad? ¡Tú le mientes a todo el mundo! ¡Nadie en Bathory sabe que eres un asesino! —Joss bajó la estaca, como si pretendiera clavársela debajo de las costillas.

Vlad sintió que le hervía la sangre de la rabia. Le arrebató la estaca a Joss y la tiró al suelo. La punta plateada se clavó en la blanda tierra.

—¿Cómo puedes ser amigo mío un minuto y mi enemigo al siguiente? ¡Eso no es normal! ¡No es justo! Vampiro o no, soy la misma persona de ayer, el mismo tío al que pediste que te acompañara esta noche. No he cambiado, Joss. ¿Por qué tú sí? —Las lágrimas amenazaban con rodar por sus mejillas, pero Vlad intentó con todas sus fuerzas contenerlas—. No soy ningún asesino.

Joss lo miró a los ojos. Su voz tembló en un susurro.

—Nunca había visto unos ojos púrpura. Ni siquiera en un vampiro. ¿Qué clase de monstruo eres tú?

Vlad se detuvo por un momento, sorprendido ante el tono del cazador. Parecía alucinado, pero sobre todo, asustado. Pestañeó, al saber que sus ojos se habían teñido de aquel extraño e iridiscente púrpura.

Miró a D'Ablo y a Jasik, que se habían apartado para contemplar el espectáculo. Por alguna razón, D'Ablo parecía enormemente complacido.

La rabia abandonó a Vlad repentinamente y se volvió hacia su amigo con mirada suplicante.

—No tienes que hacer esto. No matarías a un monstruo, matarías a un amigo. Por favor... no lo hagas.

Joss bajó los ojos hacia la estaca. Una lágrima recorrió su mejilla y cayó al suelo.

—Sé que ha sido difícil mudarse tanto y hacer nuevos amigos. Pero has hecho

uno, Joss. Nosotros somos amigos. —Sabía que podía entrar de nuevo en la mente de Joss para ver qué estaba pensando, pero no le apetecía saberlo. En su lugar, lo observó... y esperó.

—Mátalo. —La voz de D'Ablo sonó cruel y ronca.

Vlad se apartó rápidamente, olvidándose de Joss por un momento. Jasik apareció de ninguna parte, lo agarró por los brazos y lo inmovilizó. Vlad arqueó el cuerpo hacia delante, se soltó y salió corriendo hacia los árboles.

Pero se detuvo de golpe.

De repente, vio imágenes de D'Ablo y Jasik alimentándose de Joss. Pero no se le habían ocurrido a él. Las ideas procedían de otra persona. Vlad miró a D'Ablo, que asintió. Si huía, matarían a Joss y después irían a por él. No podía permitirlo. Joss era amigo suyo, aunque tuviera ideas equivocadas sobre los vampiros.

La voz de D'Ablo sonó tajante.

—No tiene por qué ser así, Vladimir. Tu amigo no tiene por qué sufrir.

Vlad se pasó la lengua por los protuberantes colmillos. No se había dado cuenta de que los tenía fuera.

—Otis vengará mi muerte. No tienes ni idea de la que te espera si me matas.

D'Ablo inclinó la cabeza. La sonrisa de sus labios era casi afectuosa.

—Me arriesgaré.

Vlad suspiró y sintió un calambre en el estómago. Le pareció oír a Joss susurrar a sus espaldas «Por ti, Cecile», pero no estaba seguro. Luego sintió como si lo golpearan con fuerza en la espalda y el tiempo se lentificó.

Volvió la cabeza mientras caía de rodillas. Joss estaba en pie, ante él, nervioso pero triunfante. Vlad respiró hondo y sintió que un líquido caliente salía de su pecho. Intentó respirar de nuevo, pero el aire no entraba en sus pulmones.

D'Ablo estaba arrodillado frente a él, observándolo con enorme interés. Vlad bajó la vista lentamente. Una punta de plata brillaba en su pecho. Alzó la mano y la tocó.

La estaca. Joss lo había ensartado.

Vlad la contempló, sorprendido. Sentía los párpados pesados, pero se obligó a mantener los ojos abiertos. Tenía la ropa empapada con algo que le hacía rugir el estómago. Casi le entraron ganas de reír, pero entonces tosió, y un dolor terrible le atravesó el pecho. Miró a Joss. Jasik se estaba acercando a él.

Vlad tosió de nuevo, pero a pesar del dolor, no gritó. Abrió la boca ensangrentada y consiguió susurrar.

—Joss, detrás de ti...

Pero ya no tenía aire. Joss había desaparecido. El claro, los vampiros, los árboles, el cielo, todo se desvaneció en un remolino de oscuridad. Como en un ensueño, deseó que Joss lograra huir de Jasik y D'Ablo... y que Otis vengara su muerte.

Intentó respirar una vez más, pero fue inútil.

La otra vida

Vlad se precipitó hacia el olvido negro de la muerte. Morir se le antojó algo muy extraño. Al principio sintió como si cayera, pero luego le pareció que lo levantaban entre muchas manos. Se le hizo una especie de vacío en el pecho y entonces logró respirar de nuevo. En la oscuridad de su mente, vio el rostro de Otis, serio, decidido y triste. La voz de Vikas invadió sus pensamientos.

—No te muevas, Mahlyenki Dyavol.

Y Vlad no se movió.

Minutos después, horas, días, no estaba seguro, unas luces perforaron la oscuridad. Azules y rojas. Se movían en círculos y con ellas llegó el sonido de una sirena.

Así que ya está, se dijo. He muerto y esta es la otra vida. Pensó que tendría que haber arpas, una gran puerta y gente volando alrededor con enormes alas. Pero no vio nada de eso. Solo había dolor y oscuridad, con algún extraño sonido ocasional, y luces de colores... Vaya timo.

Respiró hondo e ignoró el extraño sonido de palmadas que procedía de su pecho. El rostro de Otis apareció una vez más sobre él. Intentó hablar, avisar a su tío de D'Ablo y Joss, pero una ola de oscuridad lo inundó todo de nuevo.

Flotó en una especie de limbo durante mucho tiempo, justo al borde de la conciencia. Cuando volvió en sí de nuevo fue para escuchar la voz de Nelly. Pero su llanto no le dejó entender sus palabras. Intentó decirle que la echaría de menos, pero no consiguió abrir la boca.

El tiempo siguió avanzando y Vlad volvió a su limbo. Unas voces le hacían compañía, aunque no las reconocía a todas. Después de lo que le pareció una eternidad, abrió los ojos. Sintió los párpados pesados por el sueño, pero vio que estaba tumbado sobre una cama de almidonadas sábanas blancas. De la mano le salía un tubo que subía por una barra metálica y terminaba en una bolsa transparente, marcada con pegatinas de colores. Una de las pegatinas decía: «Morfina». De la otra mano salía otro tubo conectado a una bolsa de sangre.

Ahora entendía que no tuviera hambre.

¡Y estaba vivo! Le dolía el corazón, pero seguía latiendo. Los pulmones le ardían, pero seguía respirando. Le dolía todo el cuerpo... pero estaba vivo. No sabía cómo, pero había sobrevivido.

Quería darle las gracias a quien le había llevado allí, quería abrazar a alguien, a quien fuera, y decirle que lo quería, deseaba ver a Nelly y a Otis y a Henry. Y si

alguna vez conseguía salir del hospital, iba a llevar a Meredith Brookstone a la fiesta de la Libertad otra vez, y después, le iba a dar un beso que jamás olvidaría.

Estaba vivo. Increíblemente, estaba vivo.

Y estaba en el hospital... donde los médicos y las enfermeras seguramente se habrían percatado de su gusto por la sangre y sus colmillos afilados como cuchillas.

Vlad giró la cabeza, sintiéndose más ligero, y miró a la enfermera que estaba examinando el gráfico que salía de una máquina junto a su cama. Tenía los labios secos cuando los separó para hablar.

—¿Dónde estoy?

La enfermera alzó la vista y lo miró con ojos sorprendidos.

—En el Hospital General de Stokerton. ¿Te duele algo?

Vlad se humedeció los labios.

—No. Pero tengo sed.

Sin una palabra, la enfermera salió por la puerta. Cuando regresó, un momento después, llevaba un vaso de agua. Vlad bebió lentamente a través de una pajita. Se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Está mi tía aquí?

La enfermera sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Acaba de salir hace un momento. Creo que tu tío está en la sala de espera. ¿Quieres que lo llame?

Vlad la miró, sorprendido.

—¿Otis está aquí?

Sin contestar o sin esperar una respuesta de Vlad, la enfermera desapareció otra vez por la puerta, dejándolo solo en la habitación.

En un pequeño panel a su izquierda había unos botones. Vlad probó con varios hasta que dio con uno que subió el respaldo de la cama hasta dejarlo casi vertical. Después, levantó la sábana y vio con horror que llevaba uno de esos camisones a cuadros azules de hospital. Esperaba al menos que quien se lo hubiera puesto fuera un enfermero, aunque lo dudaba. Se pasó una mano con cuidado por el pecho y notó los vendajes que lo envolvían confortablemente.

Escuchó unos pasos apresurados por el pasillo y cómo el personal del hospital le llamaba la atención a alguien. La puerta del cuarto se abrió de golpe y apareció Otis con una profunda expresión de alivio. Cuando miró a Vlad a los ojos, suspiró.

—Gracias a Dios. Pensé que no lo conseguirías.

Vlad se estremeció ante una punzada de dolor en el pecho.

—Pues ya somos dos.

Otis cerró la puerta tras de sí y se acercó a la cama.

—¿Cómo te encuentras?

Aliviado. Aliviado por poder ver la cara de su tío otra vez después de haberse despedido de él mentalmente para siempre. Eso fue lo primero que le vino a la cabeza, pero no lo dijo. Aguantó las lágrimas e intentó mantener la voz calmada.

—Cansado. Pero por lo demás, bien. La enfermera dice que Nelly está aquí.

Otis asintió y contempló con anhelo la bolsa de sangre de Vlad. Tenía los ojos hundidos, como si no se hubiera alimentado en días.

—Acaba de salir con Henry a comer algo. Volverán dentro de nada.

El efecto calmante de la morfina lo abandonó por un momento y se aferró con fuerza a la mano de su tío.

—D'Ablo está vivo. No sé cómo. Bebió de mi sangre. Y... Joss...

Otis alzó una mano.

—Lo sabemos todo, Vladimir. Siento mucho no haber llegado a tiempo.

—Joss me clavó una estaca. Es el cazador. —Vlad luchó contra las lágrimas al recordarlo.

Su tío frunció el ceño.

—Lo sabemos.

—¿Quiénes?

Otis asintió.

—Vikas y yo. En cuanto recibí la carta donde me hablabas del ataque de Jasik, subí a un avión para venir aquí. Sin embargo, el Consejo de París me retuvo en Francia. Vikas me ayudó a escapar de Elysia hace solo unos días, después de probar que D'Ablo seguía vivo y coleando. Estábamos en el coche, a solo unos minutos de Bathory, cuando recibí tu grito telepático de socorro. Los dos intentamos alcanzarte con nuestras mentes, pero seguramente D'Ablo bloqueó todos nuestros mensajes. Sospecho que utilizó algún hechizo, pero no estoy seguro.

Las lágrimas inundaron los ojos de Otis.

—Cuando te vi allí tirado, con el trozo de madera clavado en la espalda y toda aquella sangre... —Tragó saliva—. Pensé que ya jamás tendría oportunidad de enseñarte todo lo que tenía pensado, que no podría mostrarte todo lo que me gustaría que vieras. Hay tantas cosas que no te he contado... Me gustaría pasar contigo mucho más tiempo y...

Vlad respiró hondo y tosió un poco ante el extraño burbujeo de su pecho.

—Esta es la primera vez que estoy en un hospital. ¿No se darán cuenta de que soy... diferente?

Otis se enjugó las lágrimas.

—Tardamos un poco en convencer a Nelly de que tenías que venir a Stokerton. Aquí tenemos médicos y enfermeras. Ahora estás bajo su cuidado, para no crear suspicacias.

Vlad lo miró sorprendido.

—¿Entonces esa enfermera...?

—Una de los nuestros, sí.

Alguien llamó suavemente a la puerta y, cuando se abrió, apareció Vikas. Aún llevaba el abrigo de piel y en su frente brillaban unas gotas de sudor.

—Hace calor en tu país, Vladimir.

Vlad sonrió.

—Sí, quizá deberías quitarte el abrigo.

Mientras Vikas le hacía caso, Vlad observó a Otis.

—Cuando Jasik me mordió, me sentí muy raro. Tenía calor, estaba mareado, cansado. Pero no me pasó eso cuando tú me diste mi marca. ¿Fue porque Jasik intentaba matarme?

En la habitación se hizo un extraño silencio durante unos minutos. Después, tras aclararse la garganta, Otis respondió:

—No, Vladimir. Jasik no intentaba matarte, eso iría contra la ley elysiana. Sin embargo, al igual que algunos vampiros creen que la sangre del pravus tiene grandes poderes curativos, otros piensan que si beben suficiente cantidad de su esencia, podrán soportar la luz del sol. Seguramente, Jasik cree que eres el pravus, o puede que bebiera mucha sangre, por si las moscas.

Vlad pensó en el agujero del estómago de D'Ablo y dejó escapar un trémulo suspiro. Se humedeció los labios.

—¿Y qué ha pasado con Joss?

Otis y Vikas intercambiaron miradas antes de que Otis contestara.

—Cuando llegamos al claro de Bathory, después de haberte buscado por todo el pueblo, te encontramos tirado en el suelo. Joss estaba a tu lado, en pie, con las manos ensangrentadas. De D'Ablo y Jasik no había ni rastro. Vikas comprobó que aún tenías pulso.

Vikas dejó su abrigo en una silla.

—Era muy débil, pero estabas vivo. Tu tío te examinó mientras yo interrogaba al chaval. No dijo nada, pero sus pensamientos lo delataron. Me ofrecí a destruirlo, pero Otis me negó ese placer. En su lugar, Nelly se lo llevó a casa y llamó a una ambulancia. Estaba muy disgustada.

Otis asintió muy serio.

—Vikas y yo decidimos tomar todas las precauciones posibles. Yo te agarré mientras él te sacaba la estaca. Luego me hice un corte en la muñeca y te di tanta sangre como pude.

Los ojos de Vlad se inundaron de lágrimas ante la generosidad de Otis. Luego negó con la cabeza.

—Pero ¿cómo sobreviví? O sea, cuentos de hadas aparte, ¿atravesar el corazón con una estaca no es mortal para todo bicho viviente?

De nuevo, Otis y Vikas se miraron, pero esta vez ninguno de los dos contestó.

Vlad los contempló durante un momento antes de proseguir.

—¿Qué pasó? ¿No acertó, no? Porque si lo hubiera hecho, no estaríamos teniendo esta conversación.

Otis clavó los ojos en el suelo, luego miró a Vikas y después a Vlad.

—Es posible que no te clavara la estaca en el corazón, sino que atravesara un pulmón, pero con lo rápido que empezaste a curarte cuando te puse la muñeca en la

boca... no hay forma de saberlo con seguridad.

Vlad miró a Vikas y no encontró respuestas en sus ojos. Después se volvió hacia su tío.

—Piensas que soy el pravus, ¿verdad?

Otis se puso blanco como una sábana, pero no dijo nada.

—Oye. —La voz de Vlad se quebró—. Mírame.

Tras un momento de duda, su tío hizo lo que le pedía.

—¿Crees que soy el pravus?

Otis cerró su mano sobre la de Vlad. Una intensa luz de esperanza se reflejó en sus ojos.

—Creo que un día serás un gran hombre, Vladimir. Y que las profecías y las costumbres no valen nada, son nuestras acciones las que deciden qué clase de hombres somos. —Le apretó la mano, y tensó la mandíbula con determinación—. Que tus acciones le hablen al mundo.

Vlad asintió, incapaz de decir nada.

Vikas apretó el hombro de Otis. Su tío alzó la vista y asintió, como si estuvieran manteniendo una conversación inaudible para Vlad. Otis miró una vez más a Vlad y se aclaró la garganta, con los ojos aún llenos de miedo.

—Voy a por Nelly. Querrá verte ahora mismo.

Vlad hizo un esfuerzo por no llorar y tragó saliva.

—¿Y qué pasa con D'Ablo?

Su tío se detuvo con la mano en el pomo de la puerta y carraspeó.

—Ha vuelto a Elysia para continuar con su presidencia.

Eso lo dejó sin palabras. Y si hubiera sabido qué decir, no lo habría hecho. A veces los silencios son más elocuentes.

Después de que Otis dejara la habitación, Vikas cerró la puerta y se volvió hacia Vlad. Sus oscuros ojos estaban llenos de preocupación.

—El chaval está aquí. Quiere hablar contigo.

Vlad frunció el ceño.

—¿Joss? —La mano se le fue instintivamente al vendaje.

Vikas asintió.

—Me quedaré contigo para que no haya problemas.

Vlad negó con la cabeza. No necesitaba una niñera ni un guardián. Joss, a pesar de todo, era su amigo. Pero cuando Vikas lo miró, Vlad supo que jamás podría comprender la amistad que existía entre él y el cazador. Dio un sorbo de agua y posó el vaso sobre la mesita junto a la cama.

—¿Cuándo podré verlo?

El vampiro se quedó muy quieto, observándolo como si quisiera decirle algo, pero cuando Vlad alzó una ceja, este simplemente se acercó a la puerta y la abrió sin decir ni una palabra.

Joss estaba en pie, en el pasillo, mirando fijamente el suelo entre sus pies. Entró

en la habitación sin apenas alzar la vista. Vikas cerró la puerta y se quedó detrás de él, en actitud protectora, hasta que Vlad negó con la cabeza. Entonces eligió la silla más cercana. Tendría que conformarse con eso.

Vlad intentó mantener una actitud fría, después de todo, aquel tío le había clavado una estaca.

—¿Qué haces aquí, Joss?

El cazador alzó la vista, pero solo por un momento.

—No he venido a disculparme, si eso es lo que esperas.

Vlad apretó los labios.

—Intentaste matarme, ¿y no eres capaz de pedir perdón? ¿No crees que al menos merezco eso?

Joss negó con la cabeza. El suelo aparentemente había perdido su interés, porque ahora miraba a Vlad directamente a los ojos.

—No significaría nada. No lo diría de corazón.

—No tienes que decirlo de corazón. —Vlad respiró hondo, pero no mucho, porque la presión de las vendas se lo impedía. Bajó la voz—. Pero sería un detalle por tu parte. Al menos finge que te importa que esté en la cama de un hospital.

Joss se estremeció. Sus ojos se humedecieron, pero no derramó ni una lágrima.

—Me importa.

Vlad le miró a los ojos.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por dinero? ¿Por diversión? ¿Porque soy un monstruo?

—Porque es mi trabajo. —Una lágrima traicionó su fría expresión y rodó por su mejilla. Se detuvo por un momento en la mandíbula antes de soltarse y caer al suelo.

—Prácticamente no sabes nada de nosotros. Temes lo que no conoces, y reaccionas con violencia a lo que temes. ¿Alguna vez has pensado en aprender algo más sobre la gente que matas? ¿No crees que les debes por lo menos eso? —Volvió a sentir un hormigueo en el pecho. Casi tosió, pero consiguió reprimir el impulso.

Los ojos del cazador ya no estaban húmedos.

—¿Quién soy yo para aprender nada de... ninguno de vosotros? Mis creencias han pasado de generación en generación. Son siglos de conocimiento y tradición.

—¿Alguna vez has probado a pensar por ti mismo? —Vlad lo miró furioso. Sus colmillos amenazaban con salir de las encías ante el olor de la sangre de Joss pulsando a través de sus venas, pero consiguió mantenerlos a raya—. Tengo suerte de que fallaras y me atravesaras un pulmón. ¿Por qué estás aquí? ¿Para rematar el trabajo, quizá?

Joss miró a Vikas.

—Con tu guardaespaldas aquí, eso sería una tontería por mi parte, ¿no crees?

Vlad sonrió.

—Tienes que admitir que es bastante estúpido que un cazador desarmado entre en una habitación con dos vampiros, ¿no te parece?

La profunda risa de Vikas retumbó en el cuarto.

Joss entornó los ojos.

—¿Quién dice que voy desarmado?

La risa de Vikas cesó de inmediato. Se incorporó y dio un paso hacia Joss, pero en seguida Vlad alzó una mano para detenerlo.

Se hizo el silencio en la habitación durante varios minutos.

—Oye —comenzó Vlad—. Cuidado con D'Ablo. Es mentiroso, malvado... tal y como yo lo veo, nos deja mal a todos los demás vampiros. Así que ten cuidado. Toma todas las medidas necesarias para protegerte.

Joss ladeó la cabeza.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque... —Se le quebró la voz y se dio cuenta de que estaba llorando, puesto que notó las mejillas húmedas—. Porque eres mi amigo.

Joss se mordió el labio inferior para que dejara de temblar. Caminó hacia la puerta, iba a girar el pomo cuando se volvió hacia Vlad.

—He venido para decirte que vuelvo a Santa Carla.

Vlad frunció el ceño.

—¿Y tu trabajo aquí?

Joss negó con la cabeza.

—La Sociedad de Cazadores no me asignó esta misión, ¿recuerdas? Este era un asunto privado. Por lo que a ellos respecta, y tal y como les voy a informar, en Bathory no hay vampiros. —Joss sostuvo la mirada de Vlad durante un momento, luego abrió la puerta y salió del cuarto. Se detuvo y miró hacia atrás de reojo—. Por cierto, quizá te hiriera de pasada un pulmón, pero no fallé. Yo jamás fallo.

Vlad presionó el botón del panel de la cama hasta que estuvo en posición horizontal. Lágrimas calientes rodaron por sus mejillas hasta la almohada.

Ya no había duda alguna. No podía seguir negándolo.

Él era el pravus.

Vikas se acercó.

—¿Tienes dolores, Diablillo?

Vlad negó lentamente con la cabeza.

Vikas suspiró.

—El peor dolor del mundo va más allá de lo físico. Supera incluso a cualquier otro dolor emocional y es la traición de un amigo.

Vlad cerró los ojos y, a pesar de sus esfuerzos por no llorar, más lágrimas escaparon de sus ojos.

—A mí también me traicionó un amigo, Vladimir. Quizá algún día compartamos historias sobre este dolor y encontraremos algo que nos haga reír.

Vlad dejó de luchar contra las lágrimas y permitió que fluyeran con naturalidad. Deseó estar solo para dar rienda suelta a su dolor y llorar en la almohada, pero parecía que su amigo ruso se negaba a marcharse.

Vikas guardó silencio durante un momento y luego dijo:

—Deberías dormir un poco. Tu tía llegará pronto y, con todas sus atenciones maternas, no te dejará descansar.

Vlad casi pudo escuchar la sonrisa en la voz de Vikas. Después oyó que apagaba la luz y cerraba la puerta.

Se aferró al vendaje del pecho y lloró.

Aunque no recordaba haberse quedado dormido, debió de hacerlo porque, cuando intentó abrir los ojos, sintió los párpados pegados por el sueño. Alzó una mano y se frotó los ojos para quitarse las legañas. El único sonido en la habitación era la máquina que controlaba su ritmo cardíaco y que pitaba de vez en cuando. Iba a pulsar el botón de llamada cuando la puerta de su habitación se abrió.

Entró Nelly. Se le había corrido el rímel y tenía oscuros círculos bajo los ojos. Cuando lo vio comenzó a llorar de nuevo y lo abrazó. Vlad hizo lo mismo y luego la apartó suavemente para poder entender lo que le decía entre sollozos.

—Estás bien. Otis dijo que te recuperarías, pero yo no estaba tan segura. Creía... ¡creía que te había perdido! —Ocultó el rostro entre sus manos de nuevo y Vlad la abrazó y dejó que se desahogara.

Luchó por contener las lágrimas, pero perdió la batalla y lloró en el hombro de Nelly mientras deseaba que todo volviera a ser normal. Deseó que todo el dolor y la pérdida que había sufrido, que los dos habían sufrido, desaparecieran. Por fin, se le acabaron las lágrimas e intentó incorporarse en una posición más cómoda, pero Nelly seguía aferrada a él.

Vikas abrió la puerta a Otis, que tardó varios minutos en convencer a Nelly para que se apartara de Vlad y llorara en su hombro. Henry estaba en el pasillo, con una venda en la frente y cara de preocupación. Tenía los ojos rojos e hinchados. Con un suspiro tembloroso, entró en el cuarto y cerró la puerta tras de sí. Su expresión pasó de triste a aliviada cuando se encontró con la mirada de su amigo.

Vlad le sonrió. Quería decir algo para reducir la tensión, para hacer desaparecer la pena, pero no se le ocurrió nada, así que simplemente se encogió de hombros y preguntó:

—¿Cuándo puedo volver a casa?

—Los médicos dicen que estarás aquí al menos un mes —dijo Otis por encima de los sollozos de Nelly—. Sin tener en cuenta lo rápido que te recuperes.

Vlad suspiró.

—¿Y cuánto tiempo te vas a quedar?

Su tío lo miró a los ojos. Un brillo de determinación iluminó su mirada.

—Hasta finales de verano. Y luego me marcharé en busca del ritual de pasaje que D'Ablo tanto necesita. Después de todo, mientras no lo tenga, estarás a salvo.

Vlad asintió, se sentía aliviado de que Otis se quedara un poco más, pero también

algo impotente ante la rabia y tristeza que lo abrumaban. Finalmente se rindió y decidió recostarse y cerrar los ojos de nuevo.

—Oye, ¿no has dormido ya bastante? —Henry estaba junto a su cama, probablemente sonriendo.

Vlad abrió los ojos. Ahí estaba. La sonrisa de Henry. Tras un segundo, Vlad lo imitó.

—Ya dormiré cuando me muera.

Nelly lo miró con ojos desorbitados.

—¡Vladimir! ¡No tiene gracia!

Vlad sonrió.

—Vale, pues ya dormiré cuando sea un no-muerto.

Henry la pilló al vuelo.

—Demasiado tarde.

Otis calmó las protestas de Nelly llevándosela hacia la puerta con promesas de café caliente. Vikas los siguió, tras intercambiar unas miradas con Vlad y su divertido lacayo.

Cuando se quedaron solos, Henry le dijo:

—Bueno, si lo de la estaca en el corazón no es más que un mito, ¿qué otros estereotipos serán falsos? O sea, ¿y tu fuerza sobrehumana?

—No pierdas la esperanza. —Vlad rio entre dientes y se estremeció ante el dolor del pecho.

Apuntó al vendaje en la cabeza de Henry.

—¿Qué te ha pasado?

Su amigo alzó la mano hasta la venda y frunció el ceño.

—Oh, esto. Pues fue una cosa muy rara. Tuve la sensación de que tenía que encontrarte, como que estabas en peligro o algo así. Pero apareció un tío de repente y me dio un golpe en la cabeza. Me desperté unas horas después y entonces me contaron que estabas herido. Tu tío me dijo que ese tal Jasik me había dejado fuera de juego el tiempo suficiente para clavarte la estaca.

—Caray, Henry. —Vlad negó con la cabeza, asombrado. Según parecía, D'Ablo y Jasik lo habían tenido todo bien planeado.

Henry adoptó un tono más serio.

—En cuanto a Joss...

Vlad miró la puerta.

—No quiero hablar de él. De hecho, preferiría olvidar todo lo que ha pasado.

Su amigo asintió y guardaron silencio durante unos momentos. Después, con total naturalidad, Henry sonrió y dijo:

—Eh, ¿has visto lo buenorra que está la enfermera del final del pasillo?

El lado bueno

Vlad se colocó la mochila sobre una zona de la espalda que le resultaba más cómoda, y siguió a Henry a través de las puertas del instituto Bathory. Durante la última semana de clases, la primavera había estado tonteando con el verano, por lo que el personal había puesto en marcha los ventiladores para no quedarse atrás. No había funcionado... las aspas giraban ruidosas, provocando dolores de cabeza a diestro y siniestro y enredando el pelo de todos, sin llegar a refrescar a nadie. Y no hay nada más desagradable que unos cuantos centenares de adolescentes obligados a estudiar ecuaciones mientras el sudor resbala por su piel.

A Vlad no le apetecía demasiado hablar desde que salió del hospital. Henry le había preguntado muchas veces sobre los detalles del ataque de Joss, siempre dispuesto a disculpar a su primo, pero Vlad no quería compartir aquello todavía. Lo que realmente quería era dejarlo todo atrás y recuperar su antigua vida: divertirse con Henry como antes de que apareciera Joss en su pequeño y pintoresco pueblo. Es curioso cuánto puede afectar a tus estudios que un amigo te clave una estaca en el corazón. Tuvo suerte de que Nelly convenciera a los profesores para que lo dejaran pasar al siguiente curso a pesar de haber perdido muchas clases. Sin embargo, los deberes lo ayudaron a recuperar algo del tiempo perdido, por lo que sus notas no se resentieron tanto como habían temido. Ahora mismo, no obstante, estaba deseando que llegaran las vacaciones de verano.

Vlad volvió la cabeza y contempló la taquilla de Joss, ahora vacía. No le había visto desde aquel día en el hospital. Cuando le dieron el alta, ya había dejado el pueblo y afortunadamente sin revelar a nadie su secreto. Por lo que él sabía, ni siquiera le había dicho nada a Henry. Puede que Joss fuera un asesino y la peor clase de amigo imaginable, pero al menos mantenía su palabra.

Henry apretó el hombro de Vlad. Los dos perdieron a un buen amigo aquel día.

Entonces Vlad lo vio. Pegado a su taquilla había un sobre cerrado con un sello de cera roja con las iniciales «S. C.». Sociedad de Cazadores. Abrió el sobre y sacó el pequeño pergamino que había en su interior. En él, escrita con tinta negra y la letra de Joss, había una sola frase: «Ya no somos amigos».

Con un estremecimiento, Vlad metió la nota de nuevo en el sobre.

Henry había cerrado su taquilla y estaba jugueteando con el cerrojo. Vlad lo contempló sin interés. Eddie Poe pasó a su lado y lo miró. Aparentemente no por haber estado a punto de morir se iba a librar de la presión de los medios. El problema de Eddie era algo a lo que tendría que enfrentarse algún día, pero de momento, con

saber que Joss no estaba por los alrededores para hacerle daño, le bastaba. Más que nada, solo quería que su primer año de instituto acabara de una vez. No es que esperase que el curso siguiente fuera mucho mejor, sobre todo si Eddie no superaba esa obsesión suya por los monstruos... pero, eh, soñar es gratis.

—¿Vlad?

Vlad agarró con fuerza la tira de su mochila. Se volvió y por un instante olvidó cómo formar frases coherentes. Resultaba curioso que la cara de una chica guapa pudiera dejarlo sin palabras.

Meredith sonrió.

—Me preguntaba si pensabas ir a la fiesta de la Libertad esta noche.

Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo adornada con un lazo de satén rosa. Vlad tuvo que hacer un esfuerzo para no acariciar aquella mata de sedoso pelo. Consiguió sonreír.

—Claro. ¿Vas a...? ¿Vas a bailar con alguien?

Las mejillas de Meredith enrojecieron un tono.

—Eso depende de ti.

Henry aprovechó para marcharse a su primera clase. Vlad dejó la mochila en su taquilla y sacó los libros para las primeras dos clases. Cerró la puerta, respiró profundamente y dejó escapar el aire despacio.

—¿Qué te parece si te acompaño a clase y hablamos un rato?

—Es que a primera hora voy a ayudar en la biblioteca.

El tímido gesto de Meredith se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja. Vlad le cogió los libros y avanzaron por el pasillo. Mientras caminaban, sus manos se encontraron. El corazón de Vlad, ya totalmente recuperado y fuerte, golpeaba contra sus costillas con un ritmo continuo. Cuando llegaron a la biblioteca, le apretó un poco la mano. Ella le contestó de la misma manera, y mientras se separaban, sus dedos permanecieron unidos un poco más.

Meredith habló en voz baja en el pasillo vacío.

—¿Nos vemos después de clase?

Vlad sonrió.

—Cuenta con ello.

Meredith cerró la puerta tras de sí y Vlad flotó por el pasillo hasta la clase de lengua. Aquella noche se celebraba la fiesta de la Libertad y, esta vez, Meredith se iba a alegrar de haber ido con él.

Agradecimientos

Los escritores escriben los libros, pero hay toda una legión de personas encargadas de perfeccionarlos, personas que no reciben todas las alabanzas que merecen. Me gustaría dar las gracias a mi increíble editora, Maureen Sullivan, por trabajar sin descanso, animarme a mejorar mi técnica, por sus inteligentes comentarios y su actitud positiva. Gracias a todo el mundo en Dutton, por hacer todo lo que está en sus manos para convertir mi sueño en realidad. Un agradecimiento especial merece el diseñador de la portada, Christian Funfhausen, por diseñar el *smiley* más alucinante que un autor de novelas vampíricas pueda desear. Y también quiero nombrar aquí a mi estupendo agente, Michael Bourret, por prestarme no solo un hombro donde llorar, sino también tus ojos, oídos e inteligencia. Sin ti, solo soy una currante con un teclado y sed de sangre.

Muchas, muchas gracias a la compañera y crítica más alucinante que una chica pueda tener, Jackie Kessler, que nunca deja de asombrarme con su talento y su intuición para saber cuándo necesito bombones. Gracias también a mi hermana, Dawn Vanniman, por creer en mí y por seguir queriendo a Seth. Y, por supuesto, gracias a Paul, Jacob y Alexandria, no sé cómo, pero conseguisteis dejarme el tiempo necesario para escribir otra novela y os quiero por eso.

Gracias también a los futuros cuidadores del reino de Brewtopía, a mi leal Horda de Seguidores, a todos los libreros y bibliotecarios que han presentado mi libro a los lectores, y a ti, la persona que sostiene este ejemplar, por darle a Vlad una posibilidad y acompañarlo en sus años de instituto.

Vlad y yo no lo podríamos hacer sin ti.



HEATHER BREWER (Michigan, EE. UU., 1973) es el pseudónimo que utiliza el escritor norteamericano Zac Brewer.

Brewer se graduó en el Lakeville High School en 1992 y continuó sus estudios en las universidades Mott Community College, Ferris State University y Central Michigan University. Siempre ha sido un gran aficionado de los libros y películas de terror. Saltó a la fama gracias a la serie de libros de fantasía juvenil *Las crónicas de Vladimir Tod*, que comenzó a publicar en 2007 y que continúa con el *spin-off* *The Slayer Chronicles*.

Actualmente vive en Missouri con su marido y sus dos hijos, y se dedica a la escritura a tiempo completo.